

Jorge Souza Jauffred y Godofredo Olivares (coords.)

Marca de agua

Experiencias de escritores
en torno a la lectura

AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR

Marca de agua

Experiencias de escritores
en torno a la lectura

AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR

Marca de agua: experiencias de escritores en torno a la lectura / Jorge Souza Jauffred y Godofredo Olivares Cortés coordinadores; presentación Patricia Rosas Chávez ; textos Ricardo Yáñez... [et al]. -- 1a ed. -- Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara: Editorial Universidad de Guadalajara, 2024. (Amigos de letras para volar).

ISBN 978-607-581-401-8

DOI: <https://doi.org/10.32870/9786075814018>

1. Autores mexicanos-Siglo XX-Libros y lectura 2. Autores mexicanos-Siglo XXI-Libros y lectura 3. Libros y lectura I. Souza Jauffred, Jorge, coordinador II. Olivares Cortés, Godofredo, coordinador III. Rosas Chávez, Patricia, presentación IV. Yáñez, Ricardo, autor V. Serie

860.997 2 .M31 CDD20

PQ7127 .M31 LC

YNL Thema

Jorge Souza Jauffred y Godofredo Olivares (coords.)

Marca de agua

Experiencias de escritores
en torno a la lectura





Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Sergio López Ruelas
**Dirección del Sistema Universitario
de Bibliotecas**

Francisco Javier González Madariaga
**Rectoría del Centro Universitario de Arte,
Arquitectura y Diseño**

Isabel López Pérez
**Secretaría Académica del Centro Universitario
de Arte, Arquitectura y Diseño**

Dolores Aurora Ortiz Minique
Directora de la División de Artes y Humanidades

Arturo Verdusco Godoy
Jefatura del Departamento de Teorías e Historia

Juana Eugenia Silva Guerrero
**Dirección del Instituto Transdisciplinar
en Literacidad**

Jorge Alfonso Souza Jauffred
Cátedra Hugo Gutiérrez Vega

Luis Gustavo Padilla Montes
**Rectoría del Centro Universitario de Ciencias
Económico Administrativas**

Missael Robles Robles
**Coordinación de Entidades Productivas para
la Generación de Recursos Complementarios**

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Primera edición electrónica, 2024



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltase <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Coordinación
Jorge Alfonso Souza Jauffred
Godofredo Olivares Cortés

Presentación
Patricia Rosas Chávez

© Textos
Patricia Rosas Chávez
Jorge Alfonso Souza Jauffred
Godofredo Olivares Cortés
Ricardo Yáñez López
Celia del Palacio Montiel
Luis Vicente de Aguinaga Zuno
Anja Aguilera Méndez
María Yolanda Zamora Puente
Laura Hernández Muñoz
Óscar Trejo Zaragoza
José Daniel López Hernández
Sara Velasco Gutiérrez
Francisco Javier Madrigal Toribio, "Pancho Madrigal"
Rogelio Villarreal Macías
Ana Claudia Zamudio Aguiar
Patricia Adriana Velasco Medina
Mario Adolfo Heredia Cubillos
Carolina Aranda Araiza
Blanca Bátiz Torres
Rossana Camarena Meillón
Ulises Zarazúa Villaseñor
Silvia Magdalena Quezada Camberos
Alfredo Tomás Ortega Ojeda
Jesús Cruz Flores
Patricia Carrillo Collard
Laura Solórzano Pérez
Gabriel Aurelio Martín Quiroz

D.R. © 2024, Universidad de Guadalajara



Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39,
interior 32-33, Industrial Los Belenes,
45150, Zapopan

editorial.udg.mx
publicaciones.udg.mx

ISBN 978-607-581-401-8
DOI: <https://doi.org/10.32870/9786075814018>

Noviembre de 2024

Hecho en México
Made in Mexico



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Todos los derechos de autor y conexos de este libro, así como de cualquiera de sus contenidos, se encuentran reservados y pertenecen a la Universidad de Guadalajara. Por lo que se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes. Queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, sea en el pasado, en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y texto y, en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitando a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y/o en alguna de sus partes. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar alguna de esas conductas sin autorización puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Índice

Presentación	11
---------------------------	-----------

Patricia Rosas Chávez

Una marca de agua es el destino	13
--	-----------

Jorge Souza Jauffred y Godofredo Olivares

Desciframientos	18
------------------------------	-----------

Ricardo Yáñez

Los libros que cambian la vida	22
---	-----------

Celia del Palacio

Lector de quiosco	27
--------------------------------	-----------

Luis Vicente de Aguinaga

De tianguis, galletas y besos.....	37
---	-----------

Anja Aguilera

De mi encuentro con los libros... ..	44
---	-----------

Yolanda Zamora

Entre letras y palabras.....	49
-------------------------------------	-----------

Laura Hernández Muñoz

Del gusto por la lectura al oficio de editar.....	62
--	-----------

Óscar Trejo Zaragoza

La letra con amor entra... y se queda 69

José Daniel López Hernández

La chispa que encendió mi afición..... 74

Sara Velasco

La lectura que cambió mi vida..... 82

Pancho Madrigal

Aquiles y yo 85

Rogelio Villarreal

Los libros como refugio 88

Ana Claudia Zamudio Aguiar

Yo quería ser psicóloga 96

Patricia Velasco

Bomarzo..... 108

Mario Heredia

Los libros donde nos leemos 114

Carolina Aranda Araiza

Caminos 120

Blanca Bátiz

Como el viento a las nubes 127

Rossana Camarena

De libros, padres y caminos propios 131

Ulises Zarazúa

Mi primer libro, la biografía de Dante136

Silvia Quezada

Mi propia marca de agua140

Alfredo T. Ortega

Reminiscencias lectoras148

Jesús Cruz Flores

Cómo convertirte en sirena o en lo que quieras ser.....156

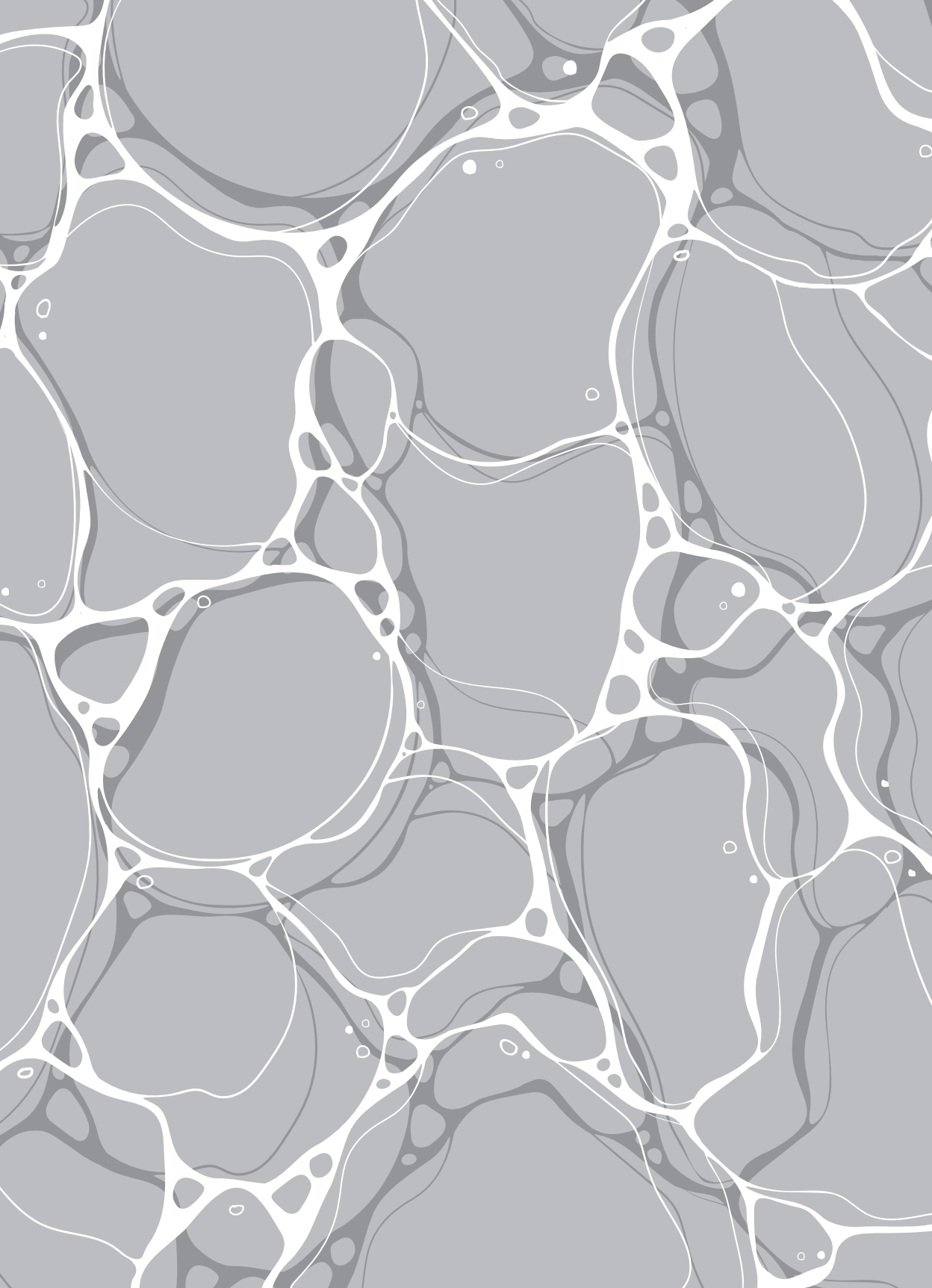
Patricia Carrillo

El Capitán Blood161

Laura Solórzano

**Cuautla Morelos y aquel plagio con buenas
intenciones166**

Gabriel Martín



Presentación

Patricia Rosas Chávez

A más de una década de creado, el programa universitario de fomento a la lectura Letras para Volar se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este programa, que atiende un problema social asentado en la base de la educación, realiza acciones, no sólo para el desarrollo de las habilidades de leer y escribir en el ámbito universitario, sino también se enfoca en promover el placer de la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, según datos del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, en México sólo una de cada cuatro personas tiene más de 25 libros en el hogar. Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por leer.

Las colecciones literarias de narrativa Caminante Fernando del Paso, de poesía Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo Fernando Carlos Vevia Romero, mediante sus tirajes numerosos, expresan un mensaje que la Universidad de Guadalajara quiere hacer llegar a toda la ciudadanía: leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

Marca de Agua es un libro realizado en el marco de este esfuerzo y busca motivar a la lectura y al encuentro del placer que surge de las letras. En alianza con el Seminario

de Cultura Mexicana corresponsalía Guadalajara, se pensó en evocar los textos y los autores que dejaron una impronta imborrable en destacados escritoras y escritores, para que sirvan como inspiración a nuestros estudiantes, trabajo extraordinariamente realizado por dos destacados autores jaliscienses, Jorge Souza y Godofredo Olivares. Sirvan estas líneas para agradecer su valiosa aportación para hacer realidad este libro.

¡Que ninguna universitaria y ningún universitario se quede sin leer!

Una marca de agua es el destino

Jorge Souza Jauffred y Godofredo Olivares

El agua es también un tipo de destino, ya no solamente el vano destino de las imágenes huidizas, el vano destino de un sueño que no se consuma, sino un destino esencial que sin cesar transforma la sustancia del ser.

Gaston Bachelard

El agua, como ha escrito Bachelard, es *un tipo de destino*; metáfora profunda y misteriosa para entender la relación entre el movimiento de ese elemento cristalino y el recorrido del ser humano sobre el mundo. A través de esas palabras, podemos intuir, al menos, la hondura y la ductilidad que puede alcanzar el agua tanto física como simbólicamente, y su innegable cercanía con cada uno de nosotros.

Misterioso elemento al que, sin razones claras, poco interrogamos, ha sido también objeto de las meditaciones de decenas de pensadores. Entre ellos, habitante de la Antigua Grecia, Heráclito, *el Oscuro*, quien la vislumbró fluyendo interminablemente por un cauce inagotable, sin repetirse nunca, sin jamás retornar; cubriendo el tiempo de los hombres con aguas siempre renovadas y dejando en claro que aquello que pasó, en caudal eterno, no volverá otra vez hasta nosotros. No fue el único. Otro filósofo griego, Empédocles, de quien se ha dicho que murió al arrojarse al volcán Etna, vio en el agua uno de los cuatro principios esenciales de la realidad, que con

el fuego, el aire y la tierra, interactúan incesantemente, movidos por las fuerzas del amor y el odio, para dar forma al universo.

Más aún, para los antiguos sabios de la China, el agua, integrada en los hexagramas del libro sagrado de las mutaciones, el *I Ching*, es el elemento receptivo, representativo de la madre universal, pero también del peligro; materia multiforme que nunca se repite y se muestra como una fuerza primordial en el juego cósmico que rodea al hombre. Siglos después, también en China, fueron escritas las palabras del *Tao Te Ching* por el “viejo maestro” Lao Tse, cuya existencia aún se debate:

*Nada en el mundo es más blando y débil que el agua;
Mas ¡no hay nada como el agua para erosionar lo duro y lo fuerte!
Y nada puede reemplazarla.*

Sería interminable mencionar las referencias al agua, baste con evocar las primeras palabras de *La Biblia*, para entender su poder simbólico: *En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.*

*

El agua, imposible ignorarlo, constituye tres cuartas partes del cuerpo humano y sin ella su vida se extinguiría en unos cuantos días. Agua, tesoro del sediento, abismo del melancólico; trazo que separa el mundo de los vivos de los múltiples inframundos de los mitos remotos; agua mágica que se transmuta en el vino anhelado; agua bendita que el hisopo reparte entre los feligreses; agua sanadora, agua-

mala, agua turbia, agua de tempestad, agua de roca, agua destilada, agua de torbellino, agua de rosas, agua de pesadilla, agua de sueños, agua que nos arrastra en su flujo maternal y fatal hacia la muerte.

Más cercano a nosotros en el tiempo, Amado Nervo le otorgó voz en su poema “La hermana agua” (eco lejano del hermano Francisco) y la dejó hablarnos, desde sus manifestaciones múltiples, como agua subterránea, como lluvia, río, hielo, nieve, vapor, para decir aquello que constituye su esencia... *El alma del Agua me ha hablado en la sombra* —escribió Nervo— *y yo la he oído, con recogimiento y con amor*. Y es que los poetas, intuyen, algunas veces, el poder evocador y fascinante de los cristales líquidos del agua. Francisco Segovia, por ejemplo, escribe:

*agua que a veces nos deja ver
lo que hay escondido al fondo
pero a veces nos revela simplemente
lo que está ante nuestros ojos ...*

Profundidad y superficie, todo es el agua. Y ¿qué cuando deja su marca en nosotros? ¿cuando su textura —¿su ternura?— (unas veces tranquila y acariciante; otras veces violenta, turbia, poderosa y temible) se adentra en nuestro tiempo, para conducirnos, como lo dice Bachelard, hacia nuestro destino? Como el agua, nuestras horas transcurren por un cauce ignorado hacia el océano de lo desconocido. Nuestras vidas, nos recuerda el poeta, *son los ríos que van a dar a la mar que es el morir*, nuestros instantes nacen marcados por la inevitable obligación de seguir su flujo insobornable, signo también del tiempo que nos arrastra a nuestro abismo; y en ese transcurrir, el agua de la luz y el agua de la sombra, el agua inagotable de la vida

nos marca para siempre, como al papel el sello que llamamos, precisamente, *Marca de agua*.

La *Marca de agua* es la huella que se imprime, casi transparente, en archivos, imágenes o documentos para proteger derechos de autor o para colocarlo como especie de firma sobre la piel del texto o de la imagen. Hace casi mil años, el papel *Fabriano* ya la grababa en su manufactura, para impedir, tal vez, falsificaciones. Así, en el corazón de los autores, una marca de agua, indeleble, profunda, inimitable, ha quedado grabada como consecuencia de sus primeros contactos con la lectura, con la escritura, con los libros, con las historias que germinan en la tierra de las Letras y la Literacidad.

Casi transparente, pero inequívoca, la *Marca de agua* se graba en las entrañas, en los recuerdos polvosos de la infancia, en las memorias de la juventud. Cuando las palabras obligan a erigir en el telón inagotable de la imaginación, intensos escenarios que ya no podrán jamás ser olvidados, la *Marca de agua* se presenta y se hunde en la piel, en los ojos, en el tacto de los creadores, para siempre.

Este libro es, en cierta forma, una secuencia de uno anterior, *Marca de fuego. Experiencias de escritores en torno a la lectura*, que encontró un estupendo recibimiento, tanto por el material contenido como por su valor testimonial. En sus páginas escribieron relevantes autores vinculados a Jalisco. Fueron estos rasgos los que propiciaron que cada capítulo se publicara en el suplemento cultural *Laberinto*, del diario *Milenio*, en forma periódica; lo que agradecemos con mucho afecto a su director José Luis Martínez.

En *Marca de agua. Experiencias de escritores en torno a la lectura*, se reúnen 24 nuevos testimonios, marcas de agua, de escritores que reflejan sus primeros acercamientos a los mundos literarios. Cada uno muestra, desde la intimidad de su biografía, aquella marca única e inimitable que le de-

jó su acercamiento a la lectura: la forma en que se adentró en aquellos primeros libros que plasmaron la huella imborrable de la que hablamos, en el corazón de su corazón.

Este libro es, entonces, un testigo de una parte del panorama literario contemporáneo y de los caminos recorridos por sus autores.

No queda sino agradecer a Patricia Rosas Chávez, que haya hecho posible esta afortunada continuidad, al integrar este nuevo título en las colecciones del programa universitario de fomento a la lectura Letras para Volar, que con tanto acierto dirige. Igualmente, nuestro agradecimiento al rector del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño, Francisco Javier González Madariaga, por el apoyo brindado a estas tareas, y al doctor Sergio López Ruelas, director del Sistema Universitario de Bibliotecas de la Universidad de Guadalajara, sin quien no hubiera sido posible concretar este esfuerzo. Igualmente, agradecemos a Sayri Karp, directora de la Editorial Universitaria de nuestra casa de estudio por la materialización de este libro.

Finalmente, dejamos para ustedes estas palabras de Francisco Segovia en torno al agua y a sus innumerables significados, uno de ellos, por qué no, cercano al fuego:

*agua que te mira mirarte en el estanque
y mira en tu mirada cómo
la dura geometría se hace blanda
y flamea como el fuego ...*

Guadalajara, Agosto 18 de 2024

Desciframientos

Ricardo Yáñez

I

No soy fanático de la lectura, pero leo; como respiro leo (no soy fanático de la respiración). Aprendí a leer y a escribir por mí mismo. Eso, que sonará exageradísimo, puede matizarse, pero no lo haremos y desde luego es cierto. No soy un yogui de la respiración, no soy un lector *assoluto*, pero leo, pero respiro, pero vivo. Y escribo como respiro, o eso creo, y escribo porque he leído, porque por la lectura sé quién soy, o más o menos.

Aunque aprendí a (el verbo correcto sería *supe*) leer y escribir muy, muy temprano, antes de los tres años cumplidos (¿será?, fue), hasta los doce prácticamente nada había leído, a no ser cosas de la escuela. Y hasta los diecisiete casi nada, excepto (¿qué más quieres?), sí, el *Quijote*. Entonces mi padre, que para entonces se definía como trcalero, compró un librero y, magia, los libros empezaron a llegar, a hacerse presentes, a solicitar (y dar) atención, cuidado.

A los doce mi tía Queta me leyó, no sé si todo o sólo el final, *De los Apeninos a los Andes*, relato inserto en el famoso y tan gustado como denostado libro de Edmundo de Amicis (Humberto Eco, si mal no recuerdo, lo tacha, como también a *El viejo y el mar*, de kitsch), Nunca he olvidado la frase final, lo siento (pero no tanto): “Eres tú, heroico niño, quien ha salvado a su madre”.

La frase me remite a las radionovelas, a las que mi madre, ¡en la madre!, era muy aficionada. Con ellas también crecí. *Una flor en el pantano*, *La ventana de enfrente*... No recuerdo otras, pero sí recuerdo, con mucha precisión, la entrada de estas dos. ¿Y eso qué tiene que ver con la lectura? Que por cursis y aparatosas, apantallantes, que fueran, estaban muy bien redactadas. Uno oía (o al menos yo, según eso) en ellas no tanto el aparato como lo bien escrito. Uno (o yo, según eso) leía lo que escuchaba.

Del escritor Fulano de Tal, decía el locutor (pienso que ese Fulano era ni más ni menos que el poeta cubano, tiene versos buenos, José Ángel Buesa, que vivió hasta el 82 del siglo pasado —lo acabo de saber), y yo me soñaba a mí mismo como escritor, no de radionovelas, pero sí. Sin duda. Sin duda se trataba de un sueño, del sueño de un casi niño, doce, trece años, que no entendía (todavía no entiendo) nada de la vida, aparte —quizá, sólo quizá— del sueño.

Un poco me he desviado, pero no. Para mí es imposible leer sin escuchar, sin escuchar la voz que en lo escrito me habla. Leyendo soy escucha, más que lector. No es que lea en voz alta (a veces lo hago, es muy recomendable), sino que en mi cabeza, vuelta escenario, foro, teatro, resuena, diré que límpida, la voz de lo que leo, la voz (y eso es rarísimo tratándose de escritores de otras lenguas; no leo sino en español) del escritor *que a mí me habla*. No sólo a mí, lo sé, pero sí a mí.

Dice Neruda en sus memorias que para conocer una ciudad hay que caminarla. Estuve en Nueva York, la caminé. No conocí ningún museo, no quise ver la Estatua de la Libertad... Estuve en Los Ángeles. No quise saber nada de Hollywood. Eso no significa que no conozca Los Ángeles, que no conozca Nueva York. Ésta sobre todo la caminé y

la caminé. En la otra, donde sólo estuve dos días, anduve algunas cuabras. Mas respiré su aire, su tono, su estilo, su modo de ser. Así leo yo, no siempre (o pocas veces; no tan pocas, la verdad) libros completos, sino fragmentos. Hago por los libros caminatas, breves o largas, y a mi ver sustanciosas.

Alguna vez el poeta potosino-regiomontano Margarito Cuéllar escribió —me parece que escribió, a lo mejor sólo lo dijo— que yo decía que no o casi no leía y sin embargo todos los libros de mi estudio estaban por mí mismo subrayados. No lo dudo. Mas eso no quiere decir que los haya leído de pe a pa. Subrayé, y no siempre subrayo, lo que le leí. Y ahí que quede.

O no. Una amiga jalapeña, Themis Ortega, dice, de otra manera, que leo por intuición: sólo lo que me sirve, no más. Otro amigo, que ahora vive en Europa, Raúl Acosta, dijo en público alguna vez que yo era muy buen lector, lo que definitivamente me sorprendió. Agregó de inmediato: “de personas”. No lo sé. No soy quien para decirlo; sé que si acaso lo fuera se debería a que aprendí a leer tempranamente, por mí mismo, o casi solamente por mí mismo (la explicación sería larga, razón por la cual la evito).

Empecé a leer después de los 17 años, muy tarde. Desordenadamente, por supuesto. Llevado por el viento. Las últimas 50 páginas del *Quijote*, en letra chiquitita, con la que ahora no podría, las leí (creo que antes de los 17) en una mañana. Luego de terminar *Crimen y castigo*, no recuerdo a qué edad, probablemente antes de los 20, anduve una semana como loco, no como Raskolnikov, pero sí padeciéndolo, compadeciéndolo, cargando con su peso sobre mis hombros. Entre los 20 y 21, sabrá Dios, ya pasó mucho tiempo, soñé un poema de Octavio Paz que aún no había leído. Me desperté no sé si sudoroso, sí angustiado,

y abrí la primera edición de *Libertad bajo palabra*, que ya no recuerdo si me habían prestado o regalado y que luego en la Facultad de Filosofía y Letras (UdG) me robarían. Allí estaba mi sueño.

¿Sueño lo que leo, leo lo que sueño? Leer para mí es un sueño, un oráculo, un descifrarme. Un reconocermelo, sueño y nada más. Algo que alguna vez despertará a lo negro, de donde vino.

II

Leer es leer a los demás, y a través de los demás leerse a uno mismo, leer el universo que uno mismo no puede ser sin los demás. Los demás, contra lo que decía o dijo Sartre, no son el infierno, sino el cosmos, el, eso sí, difícil cosmos. Mas facilísimo si uno acuerda con él estar de acuerdo. Mis lecturas no son mis lecturas, soy yo –desde los demás, que quién sabe cómo me saben. Mis lecturas son lo que dijeron de mí, sin conocerme, otros. Mis lecturas son la lectura que de mi yo, sin conocerme, otros hicieron, hacen. Inciden en mi yo para que yo no sea sino el naufragio de mi yo, y el mar que soy.

Los libros que cambian la vida

Celia del Palacio

Que ¿cuál ha sido el libro que mayor influencia ha tenido en mi vida? Que ¿cuál es mi libro favorito?

Son preguntas difíciles de responder. Y se prestan a respuestas estándar: *la Biblia*, *Cien Años de Soledad* o qué sé yo.

No tengo un libro favorito. No tengo UN libro que haya influenciado mi vida. No hay manera de saber qué me llevó a querer escribir, por ejemplo. O qué me llevó a seguir leyendo, buscar otros libros y no dejar de buscarlos hasta el día de hoy. Tampoco leo *El Quijote* o ningún otro libro una vez al año, como dicen hacer otras personas.

Pero es verdad que en ciertos momentos de la vida me han acompañado libros que han sido importantes. Leí —y me leyeron— en la infancia muchos cuentos de hadas. No me explico una niñez sin ellos. Crecí en una familia que leía materiales de variopinta calidad, pero a mí me quedaba claro que había que leer. Que era una manera inequívoca de espantar el aburrimiento, la soledad y el miedo.

Tuve personas a mi alrededor que me regalaron libros, muchos libros, desde las novelas adaptadas como *Mujercitas* o *Belleza Negra*, a otras adaptaciones más complejas como *La Divina Comedia*, en cuyo infierno disfruté enormemente los castigos a quienes los merecían.

Sin duda un hito, una puerta a la magia, fue *El Principito* de Saint Exupéry. ¿Cómo es que tiene ese poder evocador que hasta el día de hoy me hace llorar? ¿Será la

inocencia de la infancia perdida? ¿Será la amistad entre dos seres tan distintos? Pensándolo ahora, tal vez fue ese libro el que me encendió la llama de la fantasía. Fue ese tono del autor al tomarse tan en serio a los niños lo que me cautivó. Fui una niña muy querida, pero mis opiniones no les parecían importantes. Tuve que adoptar el lenguaje de los adultos, los temas de los adultos, fingir que no me aburrían soberanamente, para ser tomada en cuenta. Es lo que hace la edad adulta: uno se acostumbra a hablar como adulto, vestir como adulto, y fingir que le interesan los números, las regresiones y las correlaciones, para ser tomado en serio. Una verdadera pena. Si hay un libro al que regreso de tanto en tanto es *El Principito* y recorriendo sus páginas, lloro por haberme dejado arrebatar la infancia y haber olvidado lo verdaderamente importante.

En la adolescencia, leer *El Lobo Estepario* o *Siddharta* de Herman Hesse significó subir otro peldaño. La manera como describía el brillo de los muebles, el color de la hierba, despertó mi imaginación. También frecuenté la poesía. Neruda me dio palabras para contar y cantar al amor y al sufrimiento del amor.

Todavía en la preparatoria, descubrí a Jean Paul Sartre y a Camus. Debo decir que, si hablamos de un impacto duradero, *La Náusea* y *El Extranjero* me hicieron ver la vida de otra manera; podría decir que me hicieron crecer y darme cuenta de que había un enorme bagaje de conocimientos más allá de la pequeña ciudad que era entonces Guadalajara y de mi estrecho colegio de monjas.

Al borde de la edad adulta leía ya en otros idiomas y cambié a Neruda por Cummings, por Sylvia Plath, por Apollinaire; cambié a Hesse por Balzac, por Zola y por Ray Bradbury. Ese último me llevó de los pequeños pueblos de Norteamérica a las aventuras en otros mundos. Literal-

mente me abrió la puerta del universo. Junto con Orwell y Huxley, Bradbury me llevó a futuros ominosos que me llevaron a pensar en mi papel en el mundo.

Sigo leyendo *Fahrenheit 451* y la última vez me puso los pelos de punta al descubrir ahí, escritas hace 70 años, las mismas situaciones que veo cada día en clase: jóvenes que no leen, que escuchan música con sus audífonos y prefieren las pantallas donde una sola versión de la realidad los conduce a no pensar, a vivir a toda prisa y usar cualquier sustancia para adormecer el profundo dolor de la nada. Bien podrían quemarse todos los libros del mundo: no les despiertan interés.

Por supuesto García Márquez me regaló la exuberancia y la magia en *Cien Años de Soledad*, me regresó a las raíces del amor, de la pasión, en *El Amor en los Tiempos del Cólera* y me mostró la historia, contada desde la humanidad más descarnada de los personajes en *El General en su Laberinto*.

En los últimos tiempos, en que me veo obligada a leer por obligación, a leer como deber para el trabajo, es refrescante sumirse en la lectura por placer (a veces culposos). Mientras me escapaba de las teorías sociológicas y de los predictores de la violencia contra los periodistas, me encontré de nuevo los libros de Gerardo Gutiérrez Cham.

Había leído *Viaje a los Olivos*, una novela a la que se aplican todos los criterios que Seymour Menton estableció para la entonces nueva novela histórica y que ahora llamamos novela posmoderna. En ella, el autor se refiere al viaje de los nativos americanos que Cristóbal Colón llevó de regreso a España en su primer recorrido. La recreación del lenguaje, las alegorías barrocas, los fuegos de artificio que se despliegan sin descanso en cada párrafo, la hacen una novela notable por el minucioso trabajo litera-

rio y la investigación histórica. No es una novela de fácil lectura, pero la recompensa es enorme.

Esta vez leí, del mismo autor, *Tichy en Bielefeld*. Fue una excelente manera de escapar a las lecturas por obligación. El libro hizo lo que hace la buena literatura: me devolvió la magia. Pude recorrer las calles de Praga, las de Kyjov y por supuesto las de Bielefeld en compañía de este extraño y extraordinario fotógrafo que vivió como indigente durante años, que construyó sus propias cámaras y que con ellas capturó la belleza de las mujeres en fotografías que revelaba de manera descuidada y que dejaba al alcance de las ratas en su habitación. Mucho después, las imágenes fueron exhibidas en museos y galerías importantes del mundo, sin que su autor se presentara a las inauguraciones ni reclamara las regalías.

Gerardo Cham narra, con la maestría que le caracteriza, la vida de Miroslav Tichy, su estancia en los pabellones psiquiátricos y sus recorridos por las calles de Kyjov en busca de mujeres bellas qué fotografiar. Pero contraponen a esa vida, la historia de una joven anoréxica que vive en Bielefeld y que es admiradora del fotógrafo. En una exposición sobre él, conoce a un muchacho que se está quedando ciego y que colecciona las fotografías de Tichy que han circulado en mercado negro.

Más allá de estas historias que confluyen, el autor explora el significado del arte, sus potencialidades en personas que viven en el margen.

Cham nos hace ver el sufrimiento oculto de quienes no se adaptan a la norma, “los monstruos”, cuya vida interior es rica, aunque llena de tormentos y una vez más —como ya había hecho en *Snapshot*, su novela anterior— nos lleva a psiquiátricos y hospitales donde se recluye a esos seres “anormales”. En fin, la novela es una reflexión

también sobre el poder sanador del arte y las paradojas de esos seres aparentemente tocados por la desgracia, pero infinitamente llenos de luz y talento. Esta novela me regresó las ganas de escribir. Esas que había perdido en los tratados de sociología y las violencias contra periodistas.

Estoy convencida de que uno lleva a cuentas las lecturas que ha hecho y según el momento de la vida, unas significarán más que otras. Algunas volverán con la fuerza del recuerdo y la emoción de la primera vez, otras se perderán en el abismo del olvido. En los años que me quedan, espero encontrarme con lecturas que re-definan mi vida o al menos me salven, como en la infancia, del aburrimiento, la soledad y el miedo. Esas son las mejores.

Lector de quiosco

Luis Vicente de Aguinaga

a mi madre, que recuerda bien aquellos días

Mi vida como lector empezó no tanto con libros como con revistas, y en un momento dado también con periódicos. Ese momento de la niñez está relacionado en mi memoria con mis abuelas, tanto la materna como la paterna. Ambas fueron buenas lectoras. Mi abuela materna, Olga Síder, leía revistas y semanarios, además de no uno, sino varios periódicos al día. Mi abuela paterna, Rosa Cortés, no era muy distinta en ese aspecto. Recuerdo la cama de mi abuela Rosa casi totalmente cubierta de periódicos y revistas, al punto de que, siendo yo muy pequeño, me preguntaba en qué parte de la cama podría ella dormir llegada la noche.

Las revistas que se leían en ambas casas eran *Selecciones*, *Contenido*, *Impacto*, *Siempre!* y, a partir de cierta época, *Proceso*. Los periódicos variaban. Mi abuela Olga, en Guadalajara, leía *El Occidental*, *El Informador* y más adelante *Siglo 21*, *Público* y *Mural*. Mi abuela Rosa, en Tepic, no solamente leía sino que colaboraba en un periódico llamado *El Observador*. Conseguía también periódicos de la capital del país, como *Excélsior* y *El Sol de México*, este último motivada por un interés muy particular, ya que mi tío Pedro Luis editaba la sección de sociales y escribía en ella.

En mi niñez abundaban, por lo menos cuando estaba de visita con mis abuelos, esas lecturas. Yo tendría nueve,

tal vez diez años, cuando mi abuela Olga, percatándose de mis intereses, me regaló una suscripción a *Selecciones*, revista que su esposo, mi abuelo Vicente, juzgaba —no sin razón— de propaganda estadounidense. Me gustaban mucho las anécdotas y chistes que los editores acomodaban en los rincones de las páginas en las que concluían los artículos más extensos, de manera que aquellas humoradas hacían las veces de punto final o, según se vea, de transición a la siguiente lectura, como un cambio de tono y de ritmo después de haber terminado un texto largo.

Muchas veces yo evitaba leer los textos extensos y me dirigía precisamente a los breves, dando por sentado que se trataba de piezas humorísticas. Recuerdo que un día, en mi casa, tomé un ejemplar de *Selecciones*, me dirigí a la cocina, donde mi mamá estaba horneando un pastel, y le pregunté: “¿Quieres que te lea un chiste?” Cuando ella me contestó que sí, abrí la revista un poco al azar, me dirigí al final de un artículo cualquiera y comencé a leer en voz alta un texto desconocido para mí. Conforme lo leía, iba dándome cuenta de que, por alguna razón que no habría podido explicar en ese momento, el texto en cuestión era no un chiste ni un recuerdo gracioso sino una especie de alabanza de los árboles, escrita por añadidura en un estilo reflexivo y moderado. Cuando terminé de leerlo, mi mamá observó: “Eso no es un chiste”. Yo entendí entonces que en esos rincones de la revista me toparía de vez en cuando con meditaciones o estampas escritas en un estilo que no sabría reconocer. Hoy pienso que aquel día probablemente leí por vez primera un poema en prosa.

Los formatos de *Selecciones* y *Contenido* eran muy semejantes entre sí: parecían libros de bolsillo. Números atrasados de una y otra se acumulaban en libreros y escaleras en la casa de mi familia paterna. También en *Conteni-*

do había secciones humorísticas que yo disfrutaba mucho. Eran revistas distintas. A esa edad yo entendía claramente que los artículos de *Selecciones* hablaban menos de México que de los Estados Unidos o incluso de su bestia negra, la Unión Soviética, mientras que los artículos de *Contenido* se referían más bien a México, en particular a los gobernantes nacionales o regionales que por alguna razón estaban en aquel momento en los titulares. Los chistes de *Contenido* eran, además, un poco más picantes que los de *Selecciones*, y a mi abuela Rosa no le gustaba mucho verme leerlos, aunque al mismo tiempo era evidente su alegría de verme leer en general.

Abro aquí un paréntesis para decir que, ya en mi adolescencia, mi abuela paterna me regaló un libro que sería decisivo en el robustecimiento de mi vocación literaria, cosa que yo ya presentía: nada menos que la *Biblia*. Sorprendida porque directamente le pregunté si tenía una *Biblia* que me prestara, no sólo me regaló su ejemplar de la edición de Nácar y Colunga en la Biblioteca de Autores Cristianos: me lo dedicó también, y lo hizo además con tanto amor y devoción que yo preferí no explicarle que la *Biblia* me atraía por motivos literarios, no religiosos. Pocos libros me han acogido con tanta generosidad entre sus palabras como esa *Biblia* ya un poco desvencijada, con su Job, sus Lamentaciones y su Eclesiastés.

Vuelvo, aunque suene terco, a *Selecciones* y *Contenido*, que me parecen hoy, en retrospectiva, muy notables en un aspecto: a diferencia de lo que pasaba con los periódicos, en ellas no proliferaban los errores de ortografía ni las faltas de sintaxis. Y no lo digo porque a mí me interesara señalar esos errores; ocurría más bien que la brecha entre periódicos y revistas era evidente y, ahora que lo pienso, también educativa, por mucho que a mí

no me interesara leer diarios o revistas para educarme ni mucho menos.

Debo añadir que, además de ser una revista, *Selecciones* publicaba también libros de cocina, guías turísticas, cursos de inglés, manuales de mecánica y discos. Vendían, por ejemplo, una caja de discos LP de los Beatles en la que canciones como *and your bird can sing* y *Ticket to ride* se llamaban “El petirrojo” y “Boleto para ti”, respectivamente. Un libro de aquel catálogo me fascinaba en particular: se titulaba *El gran libro de lo asombroso e inaudito* y era un verdadero gabinete de curiosidades. Contenía, en varias partes y secciones, artículos a propósito de cualquier posible maravilla del universo, la historia o la imaginación, ya fueran las grandes pirámides, los vampiros, los eclipses, los crímenes de Jack el Destripador o esa gran obsesión del sensacionalismo norteamericano: el asesinato de Kennedy. Cuando pienso en ese libro, repito esa frase que nos conecta como un mantra con todo amuleto de los tiempos pasados que nos resistimos a dar por perdido: “Por ahí ha de seguir”. Lo cierto es que ni aquel mismo *Libro de lo asombroso e inaudito* sabría despejar el misterioso destino que le fue deparado entre los objetos que alguna vez me pertenecieron.

Ese libro, por cierto, no lo compré yo, como sí compré algunos otros artículos de *Selecciones*. Lo compró seguramente mi abuela Olga, quien luego me dejó llevármelo prestado. Nunca se lo devolví, como no le devolví algunos libros que todavía conservo. Son ellos, los libros, los que me devuelven el recuerdo de mi abuela cuando veo su firma en las primeras o las últimas páginas. Mis ejemplares de *Las muertas* de Ibarguengoitia, de *La ciudad y los perros* de Vargas Llosa y de *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* de Paz fueron suyos antes que míos.

Por aquel tiempo la presencia de mi padre se había hecho más frecuente. Yo vivía en Guadalajara desde 1974 (tenía entonces tres años) con mi madre y mi hermano Víctor. La relación de mis papás era inestable y, por decir lo menos, intermitente. Por ahí de 1980 o 1981 mi papá vivió de corrido poco menos de un año con quienes, para mí, siempre conformaremos, tratándose de mi niñez, la palabra “nosotros”: mi mamá, mi hermano, yo. Fue uno de los varios intentos de restaurar el equilibrio matrimonial que mi madre y él hicieron. Durante aquel año me aficioné a leer las tiras cómicas que aparecían en *El Informador*, periódico con el que mi padre llegaba todos los días a la hora de la comida, y aprendí a resolver los formidables crucigramas, perfectamente simétricos, que se publicaban en aquella página de tiras cómicas bajo la firma de Homero Alfaro, nombre que aún hoy recuerdo con admiración y gratitud.

Una de las medidas disciplinarias que mi papá intentó imponernos fue que no leyéramos más de un cuento al día. Los “cuentos” eran, en el vocabulario infantil de la época, las historietas de “monitos”, como también les decíamos. Había historietas por toda la casa: en los baños, en las recámaras, en la cocina, en lo que aristocráticamente llamábamos la sala de la tele, que apenas era un poco más que una transición entre la sala y una de las recámaras. Por todas partes había ejemplares de *Archi*, *La pequeña Lulú*, *Sal y Pimienta* y los personajes de Walt Disney. La censura paterna fue recibida con agitación y horror. ¿Cómo podríamos limitarnos tan sólo a una pequeña dosis diaria de *Lorenzo y Pepita*, por ejemplo?

Nuestra pasión por las historietas no tardó en hacerse indiscriminada. En las temporadas que pasábamos en Tepic visitábamos, en los portales del centro, un local es-

pléndido. Aurora, su dueña, vendía semanarios políticos, periódicos de todos los colores, revistas y, por supuesto, cuentos. Me aficioné a *Memín Pinguín* y, de regreso en Guadalajara, ese gusto me condujo a otros éxitos de la editorial Vid, especialmente *Lágrimas, risas y amor*. Un día, de visita en casa de mis abuelos, descubrí que una de mis tías compraba esos cuentos. Logré que me prestara dos o tres números. Cuando mi abuelo Vicente me llevó a la casa, me preguntó con malévola ingenuidad: “¿Qué andas leyendo?” Mi tía, que iba en el coche, trató de impedir que le mostrara las historietas al patriarca, pero ya era demasiado tarde. Cuando se las mostré, mi abuelo las tomó con la mano derecha, sin dejar de conducir, y las echó a la calle por la ventanilla. Debo admitir que fue un acto supremo de crítica literaria. Todavía hoy, al recordarlo, pienso en esa gran incomprendida, la pobre Yolanda Vargas Dulché.

Entre los libros de mi padre figuraba un *Pequeño Larousse ilustrado* que aprendí a consultar con cierta pericia sin otro fin que resolver mejor aquellos crucigramas. Muy útiles me fueron también las revistas que leía, sobre todo *Selecciones*, cuya sección titulada “Enriquezca su vocabulario” era como un examen mensual de léxico, sólo que divertido, a diferencia de las pruebas escolares. Por más que hago memoria, no guardo ningún recuerdo de las clases de lengua o de literatura que haya recibido en la escuela primaria. Sí recuerdo, en cambio, que a la hora de la salida, si tenía un poco de dinero, caminaba unos pasos hasta un puesto de periódicos, donde compraba revistas deportivas y una historieta cuyos personajes —un pulpo, una moneda de un centavo, una cabra— jugaban en las no muy exitosas Chivas del Club Guadalajara de aquellos años. Una de sus aventuras era particularmente descabellada: navegando en las tranquilas aguas de Chapala, los

personajes de ¡*Chivas, Chivas, ra, ra, ra!* se veían de pronto zarandeados por una tempestad y amenazados por una suerte de monstruo acuático, acaso el embajador en Jalisco de algún *loch* escocés. Después de vencerlo, alcanzaban a regresar a tiempo al estadio Jalisco para derrotar al adversario en turno con goles anotados por su jugador estrella, el infalible Chivito.

Más allá de aquella historieta, la suerte de las verdaderas Chivas me tenía sin cuidado. A mí me gustaban los Leones Negros de la Universidad de Guadalajara y era seguidor, como sigo siéndolo, del Atlante. Tal vez mi propensión a la soledad me llevó a elegir esos equipos, cuyos destinos más bien melancólicos no conmovían casi a nadie. No me importaba: yo leía en los periódicos las crónicas de sus partidos, los veía en la televisión las raras veces que los transmitían o sintonizaba en la radio las estaciones en las que algún locutor casualmente las narraba. Una nota de tres o cuatro párrafos en un viejo diario podía emocionarme más que un partido en vivo de los equipos que llenaban estadios y encendían a las multitudes.

Ese mismo aparato de radio me servía para oír, mañana tras mañana, noche tras noche, las canciones de Lolita de la Colina, Rafael Pérez Botija, Manuel Alejandro, Juan Carlos Calderón o Juan Gabriel que cantaban Lupita D'Alessio, Rocío Dúrcal, Raphael, Emmanuel o José José. Mis aficiones musicales eran, como puede verse, un desastre, casi tanto como mis aficiones futbolísticas, pero aún hoy me da por ver en aquellas canciones una modesta escuela de oído poético. Sin ir más lejos, la mañana del día en que apunto estos recuerdos traía en la mente la tonada de “La mentira” de Álvaro Carrillo, cuya letra está formada por cantidades de cuatro sílabas, siempre acentuada la tercera, de forma que no exagero al decir que los

pies métricos grecolatinos llegaron a mi conocimiento por la vía de un bolero:

se – teol – VI – da
 que – me – QUIE – res
 a – pe – SAR – de
 lo – que – DI – ces
 pues – lle – VA – mos
 en – el – AL – ma
 ci – ca – TRI – ces
 im – po – SI – bles
 de – bo – RRAR...

Y así, hasta que la canción termina, ya derrotada nuestra endeble resistencia emocional. Canturrear es una forma sentimental de releer.

Del asesinato de John Lennon vine a enterarme no a través de la radio, sino viendo en la televisión un partido de fut-bol americano. Aquella noche vi en el rostro de mis padres un gesto de pasmo, dolor e indignación que no se les borró de la cara durante algunos años, ya no tanto por el asesinato del rockero inglés como porque poco después tomaron la decisión de divorciarse y emprender, como suele decirse, cada uno su propio camino. Eran muy jóvenes: ninguno de los dos había cumplido aún treinta años.

Tras el divorcio, mi papá dejó atrás una parte de sus libros y revistas. Recuerdo un maravilloso *Diccionario Larousse de ciencias y técnicas*, varios números de revistas en inglés como *Time* y *Newsweek* y ejemplares de algunos libros que tal vez con el tiempo leería, como *La democracia en México* de Pablo González Casanova, que no me interesaba en absoluto, y *El principio del placer* de José Emilio Pacheco, en la edición compacta y austera de Joaquín

Mortiz, de la que años más tarde me deshice, junto con muchos otros libros, por idiota.

Hay un libro de los que mi papá dejó en casa que siempre ha sido para mí un enigma. Es, con toda seguridad, el primer libro de poemas que leí, siendo ya casi un adolescente. Se llama *Poemas para empapelar un grito* (Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1972) y de su autor, Marcos Goldfarb, no sé absolutamente nada, como no sea que dedicó el ejemplar el 20 de septiembre de 1977 a un tal Pedrito que bien podría ser mi tío Pedro Luis. El contenido no me parece ni mejor ni peor que muchísima poesía latinoamericana de las décadas de 1960 y 1970. Escrito sin comas ni casi puntos, en versos confesionales teñidos de malditismo y delirio, expresa un dolor que al parecer es el de un sudamericano exiliado en Estados Unidos y un fervor homoerótico apenas velado por una delgada capa de símbolos. Llevo años diciéndome que debo escribir al menos un par de páginas a propósito de Goldfarb, cuyo libro sin duda me puso en el camino de la poesía contemporánea.

Leí aquel poemario de Goldfarb a comienzos de los años 80, cuando estaba en primero de secundaria. Por esos tiempos mi afición infantil por las historietas había dado lugar a otra muy parecida, pero cualitativamente distinta: me gustaba leer adaptaciones gráficas de grandes novelas, de *Don Quijote* a *Drácula* pasando por *Los tres mosqueteros*. Y, si bien seguía leyendo *El gran libro de lo asombroso e inaudito*, frecuentaba también (de modo un tanto aleatorio, lo confieso) las enciclopedias que mi madre compraba tomo por tomo en supermercados o puestos de revistas, como la *Primera enciclopedia Grijalbo* y la *Historia del Arte* de la editorial Salvat.

Pero, ya que hablo de historias, reparo en que la historia de mis lecturas adolescentes —enganchada, como

un vagón de tren, a otro vagón: el de mis primeros pasos como autor de poemas y artículos de crítica literaria— ya es, como se dice, otro boleto. Para todo hay tiempo, como se dice también, y no faltará ocasión para canjear ese otro boleto.

De tianguis, galletas y besos

Anja Aguilera

Los tianguis vistos desde las alturas

Durante años creí que se trataba de una excéntrica fascinación la mía por los tianguis, porque ¿alguna vez has volado sobre la Ciudad de México a mediodía? Uno de mis espectáculos favoritos cuando el avión desciende y se acerca más y más a tierra, es ver las miniaturas de toldos rosa mexicano de los ciudadanos mercados sobre ruedas. Sorprendentes mosaicos formando todo tipo de cruces a través de calles y avenidas, salpicando de color las grises cuadras de la Gran Tenochtitlán. También el académico y urbanista Joseph Heathcott fue seducido por aquellos patrones que los llamativos toldos impactan desde las alturas de nuestros tianguis. Para él “cada pedazo de color es una historia de trabajo duro y lucha”. Su afición a estos espacios de comercio semifijo lo llevó a crear el interesante proyecto fotográfico *Street Markets, Mexico City*, en 2018, consistente en colorear los tianguis en tomas aéreas a blanco y negro de la ciudad.

El atractivo etéreo se complementa con la experiencia a ras de suelo, debajo de esas telas magenta que desde la Conquista sorprendían las miradas extranjeras, como leemos en las exacerbadas descripciones que de los tianguis hacían Cortés y Bernal Díaz del Castillo en sus *Cartas de Relación* y en la *Historia verdadera...* respectivamente; sobre todo del tianguis de Tlatelolco que, comentan tales

cronistas, reunía hasta 60,000 personas al día, o la función filosófica que le atribuía Ruth, la chica que en 2013 se hizo viral en redes por querer “ir al tianguis a pensar cosas” y su mamá no la dejaba salir.

Y ahora te preguntarás, ¿cuál es la relación entre los tianguis y sus toldos con esa primera experiencia lectora que abrasó mi alma y la marcó hasta ahora? Pues bien, cada verano papá nos enviaba de vacaciones a casa de mis abuelos maternos, en la ahora nombrada CDMX. Las fotos de aquella época, finales de los 80, confirman mi visita a Reino Aventura, al monumento a Álvaro Obregón, al museo del Carmen —aunque faltan fotos de las momias— y otros lugares.

Sin embargo, en mi memoria, la más presente anécdota es aquella visita matutina al tianguis que se sigue poniendo los jueves, a dos calles de casa de mi abuelo y que yo disfrutaba por su tenderete de ropa y zapatos para Barbies y el puesto de elotes de maíz cacahuacintle en palito, con mayonesa, queso y chile en polvo.

Afuera de la lechería se colocaba un tendido de libros en el piso. Los había nuevos y usados, grandes y pequeños, con tapas ilustradas y de colores sólidos. No recuerdo quién escogió aquel par de volúmenes, ¿mamá me dejaría hacerlo, los tomaría ella?, ¿bajo qué criterio se escogen libros para las hijas?, una respuesta que nunca experimentaré. Ella los pagó y depositó en mis manos como un regalo excepcional. Tuve que caminar algunos pasos lejos de los techos provisionales para descubrir que uno tenía la cubierta blanca, y el otro, de color azul. En el primero pude descifrar un nombre extranjero y un título peculiar: *El patito feo y otros cuentos*, de Hans Christian Andersen, y le acompañaba la ilustración de un pato bebé caminando entre sollozos por el bosque. Nada feo me pareció, mas

fue el primer gancho que me impulsó a abrirlo y hojearlo todavía en la calle. ¡Oh, sorpresa!, todas las páginas estaban llenas de palabras, no había ilustraciones, y supe entonces que se trataba de un “verdadero libro”, un libro para niñas grandes que ya leían de corrido y no necesitaban reforzar las oraciones con “dibujitos”. El segundo título era *El Principito*, que contaba con las clásicas ilustraciones del mismo Saint Exupéry, por las que me decanté a leerlo primero... En definitiva, *El Principito* no es un libro infantil, lo leí siete veces desde entonces para comprender sus metáforas y gracias a esa experiencia lectora aún ahora me provocan desazón las personas que miden la belleza de las cosas por su precio.

El patito... lo leí un año después. Los cuentos que más recuerdo son “Pulgarcita”, “El traje nuevo del emperador” y “La Sirenita”, que fue mi favorito hasta que Disney lanzó la película animada y omitió la sangre, los cadáveres y las dagas con promesas de vida eterna.

Cuando voy de visita con mi abuelo todavía disfruto deambular bajo la engañosa luz rosada que se cuela por las telas de los toldos. Mamá no volvió a comprarme nada en ese puesto del tianguis, ni yo compro más ropa para muñecas, sin embargo, aquellos libros representan mi paso de la primera infancia a la pubertad lectora, con todo y que ya había leído pasajes de más ni menos que *El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* como relataré más adelante.

Galletas y caballería

¿Cuántas latas de galletas reposan en los cajones de tu casa albergando hilos y botones huérfanos o fotografías de personas que no conoces? Una caja de galletas en to-

da casa mexicana no desvela grandes misterios, mejor dicho, abrirla puede traer una ligera decepción cuando en vez de contener golosinas, encuentras enseres de costura. Otra experiencia que encendió mi ser como lectora viene de uno de esos cachivaches metálicos, mas no por su interior, sino por sus decorados en relieve.

Crecí en un poblado pesquero en el que no existían los supermercados ni grandes almacenes. La ciudad más próxima era entonces Acapulco y papá solía viajar allá por negocios cada tanto. Lo mejor de aquellos viajes pasaba a su regreso, ya que venía cargado con juguetes para mi hermano, un perfume para mamá, libros para mí y alguna delicia que encontrara en Woolworth.

No recuerdo mi edad de entonces. Creo que cursaba tercero de primaria cuando papá llegó de Acapulco con una bellísima caja metálica de galletas Mac'Ma. Su contenido complació a todos —ahora sé que es el surtido Castilla— pero yo quedé intrigadísima con la ilustración de la tapa en relieve y, aún más, con la frase que rezaba en la parte inferior: “Y denme de comer o, si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer a su dueño no vale dos habas”. ¿Por qué usaban una frase así para una caja de galletas?, ¿no es contradictorio que un reclamo por falta de comida viniera en un empaque de galletas finas?

Le pregunté a papá el significado. Sin mediar palabra, él se dirigió al librero de la sala y sacó un tomo de la colección de cuatro libros idénticos a la vista. Buscó el pasaje y me lo extendió para que lo leyera. Era el capítulo 47 de la segunda parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, donde se relata la horrible broma que el matrimonio de duques le hace al buen Sancho cuando lo nombran gobernante de una ínsula en que debía mandar, pero no podía “mondar” ni una vaina. De inmediato mi sim-

patía fue ganada por el sabio escudero y el médico Pedro Recio se ha mantenido en mi lista de seres más odiosos en la vida real y literaria. Leí varios capítulos más, e intenté leer la novela desde el inicio, pues los grabados de Doré complementaban con eficacia las palabras antiguas que yo no entendía. Deseché la empresa porque faltaba el tomo uno y por culpa de *La bruja de los miércoles*, novela de Ruth Chew que arrobó mi atención con sus aspiradoras voladoras, sus gatos flacuchos y demás aventuras que ocurrían en pleno siglo veinte.

La obra de Cervantes me ha acompañado desde entonces: en la secundaria me divertí con los pasajes que nos leyó el maestro Benito, y en la universidad le dediqué un año completo de estudio. Ahora lo disfruto a través del tarot que ideara con sus personajes la escritora Yolanda Ramírez Michel. Cada vez que releo sus aventuras me regala una sonrisa y vuelve la admiración por el genio con que se ha escrito.

La caja de galletas fue baúl de tesoros infantiles y al *Quijote* incompleto se lo comió una plaga de polillas, no obstante, ambos son como las biblias: siempre hay uno en cada hogar, guardado como objeto valiosísimo, aunque no contenga galletas ni sea leído jamás.

Cien besos y poca soledad

¿Cuál es el regalo más grande que recibiste de tu primer gran amor? El mío fue un pasaje sin retorno al mundo literario del siglo veinte, a la dimensión infinita de los libros que salvan y acompañan durante la feroz etapa de secundaria.

Muchos años después, frente a un ejemplar de biblioteca, la Anja universitaria había de recordar aquella tarde

remota en que Samuel Toro la llevó a conocer el realismo mágico bajo un limonero con cien besos mediante.

Sí, él, con su mirada tan practicada, su fino labio inferior ligeramente torcido a la derecha, la mano del mismo lado en su delgada cintura y la siniestra extendiendo la célebre novela frente a mí, sin saber aún la marca indeleble que tal lectura dejaría en mi existencia.

Mi amor adolescente fue un legado de primeras grandes experiencias, de él aprendí a disfrutar las largas caminatas, la práctica epistolar, los besos de ocho minutos —lo supe porque de fondo se escuchaba “Be my lover” y “Scatman” y luego sumé la duración de ambas melodías—, y a compartir impresiones sobre las lecturas con otras personas, así como a imaginar nuevas historias a partir de esos mundos inventados.

A los catorce años probé los besos en el cuello, así como la elaborada prosa y la narrativa enmarañada de Gabriel García Márquez. Busqué identificarme en cada “personaja” de la novela: la matriarca Úrsula, Amaranta, Rebeca, las Remedios, Amaranta Úrsula, y hasta Pilar Ternera. Me enamoré de los hermanos Buendía y lloré al imaginar a José Arcadio amarrado bajo el almendro mientras a Aureliano Rodrigo lo devoraban las hormigas. Deposité los atributos de Melquiades en cada uno de los “húngaros” que llegaba con la feria en mayo al terreno que hacía frontera con el edificio de mi secundaria.

Desde entonces supe que mis parejas debían ser lectores con quienes nos enriqueciéramos y estimuláramos el intelecto, que disfrutaran como yo leer, comentar un texto y experimentarlo en todas sus posibilidades. Hallazgo más importante aún, fue que los relatos absurdos y fantásticos de mi abuela también son literatura, sólo que

permanecían flotantes en el universo de la oralidad y no escritos, como en *Cien años de soledad*.

Con Samuel Toro seguimos intercambiando libros, fluidos y charlas bajo el limonero, hasta que decidí estudiar Literatura en la UNAM y tuve que mudarme. Por él conocí a Pearl S. Buck, descubrimos juntos a Rulfo y siempre volvíamos a García Márquez con su inagotable imaginación tropical. En mi época preparatoria disfruté leer a Pacheco, a Fuentes con la perturbadora *Aura*, me aficioné a los dramas de Usigli. Conocí la poesía de Alfonsina Storni y de Sabines y en mis cartas a Samuel comenzaría, torpemente, a dejarme influir por cada uno de sus versos.

La dulzura del primer amor se disolvió con la distancia. Llegaron nuevos besos, nuevas miradas y nuevas expectativas. Lo que perdura de entonces es la pasión por la lectura, la fascinación por los mundos ideales, y la fe en la palabra escrita como necesidad sobre el mundo y sus cosas.

De mi encuentro con los libros...

Yolanda Zamora

Hablar de mi ingreso al “borgiano paraíso” de los libros implica, antes que nada, agradecer profundamente el hecho de que nací y crecí en una familia que siempre privilegió la vivencia de las artes: la música, la danza, la pintura... y, sobre todo, ¡los libros!

Debo decir también, y no menos importante, que tuve la fortuna de recibir la riqueza de la oralidad, esto es, ir a la cama cada día con la alegría de escuchar un cuento. Así, mi imaginación de niña fue ricamente estimulada por los relatos que me narraba mi Nana Carmen, quien me tomó por su cuenta, me cargó de amuletos y abalorios con los que yo jugaba y me encantaba “hacer sonar” y sembró en mi fantasía todo tipo de imaginarios prodigios. Fue así que me inició en una manera muy especial de mirar la realidad cotidiana: ¡alerta al milagro!

Infancia

Entre mis primeros recuerdos, debo haber tenido quizá cinco años, está la imagen de mi padre llegando a casa con una gran caja de cartón, mostrándola a sus tres hijas (yo la de en medio), con una sonrisa que anticipaba el gozo. Mis hermanas y yo ayudamos, entusiasmadas, a abrir aquella caja y a romper, con cierta desesperación, la envoltura marrón de papel de estraza: Eran los veinte tomos de *¡El tesoro de la Juventud!*

Aquellos libros contenían todo un mundo: *Hombres y mujeres célebres*, *El libro de América Latina*, *Juegos y pasatiempos*, *El libro de la poesía*, *El libro de los “por qué”*, *Los países y sus costumbres...* con hermosas ilustraciones: hadas danzando sobre las notas musicales, paisajes, pinturas, retratos... y la sección de *Narraciones interesantes* con todos los cuentos clásicos del mundo, ilustrados muchos de ellos, a color. ¡Saltamos de alegría!

Supé que tenía que aprender a leer para poder disfrutar de esas delicias, y así fue como aprendí las letras, con ayuda de mi madre, antes incluso de entrar a primero de primaria. Y leí, leí y leí... durante toda mi infancia, los veinte libros de *El tesoro de la juventud*. Ahí están todavía, ocupando la parte superior de mis libreros, los venerados libros verdes, de pasta dura y gastados por el tiempo. (Aún escucho, atrapadas entre sus páginas, las risas infantiles de mis hermanas y yo).

Dos libros más, marcaron mi infancia: *Corazón, diario de un niño*, de Edmundo de Amicis, que fue mi libro de lectura de quinto año, con sus entrañables personajes: Enrique Bottini, Garrone, y “el albañilito” ... contenía cuentos extraordinarios llenos de ternura, como *El pequeño vigía lombardo*, *De los Apeninos a los Andes*, *El enfermero del Chacho*, *El pequeño escribiente florentino...* entre otros.

Un libro más marcaría mi entrada a la riqueza del encuentro humano: *El Principito*, que “me domesticó”, por identificación: ¡cuántas veces llegué a sentirme, yo misma, un ser de otro planeta! y me ha acompañado siempre, hasta la fecha, conformando uno de mis tesoros personales: Una colección de libros de *El Principito*, en diferentes idiomas, editoriales y formatos, titulada: *De tu risa y el color del trigo...*

Eventualmente me aficioné también a las historias: *La zorra y el cuervo*, *La pequeña Lulú*, *La familia Bu-*

rrón, Archi, Leyendas de la colonia, Tom y Jerry, El Pato Donald... entre otras.

Adolescencia

No podían faltar en esta etapa los clásicos juveniles de autores como Julio Verne, H.G Wells o Rudyard Kipling... Sin embargo, el héroe de mi adolescencia fue, sin duda: *Tarzán de los monos* de Edgar Rice Burroughs.

Leí toda la colección de novelas: unos libros argentinos, Editorial Tor, de formato pequeño y portadas a todo color, novelas que mi padre traía a casa, semana a semana, y luego de leerlas él mismo, nos las compartía: *Tarzán de los monos, Las fieras de Tarzán, El regreso de Tarzán, El hijo de Tarzán, La ciudad de Ur, El tesoro de Tarzán...* Para mí fue cautivante conocer la historia de John Clayton Lord Greystoke, hijo de un matrimonio inglés que, luego de un naufragio, se internó en la jungla y ahí nació su pequeño hijo, frágil criatura rescatada por Kala, la gorila, a la muerte de sus padres. Kala había perdido a su propia cría y se dedicó a cuidar a aquel cachorro de blanco, hasta que creció, se enfrentó a Kerchak, lo venció y a la postre se convirtió en “Tarzán, rey de los monos”. ¡Cómo podría yo olvidar esos libros que me llenaron la mente de salvas y apasionantes aventuras!

Juventud

La bruja de abril y otros cuentos de Ray Bradbury, regalo de un gran amigo, fue la puerta de entrada hacia la obra de este autor norteamericano de ciencia ficción que me atrapó desde la primera vez que lo leí. Libro a libro, emprendí la tarea de leer, prácticamente, casi toda su obra: *Cróni-*

cas marcianas, Fahrenheit 451, El hombre ilustrado, Las doradas manzanas del sol, El árbol de las brujas... Bradbury me develó cómo es que la literatura podía “anticipar” el derrumbe del planeta por la voracidad de los humanos, y su afán insaciable de riqueza, conquista y poder, y cómo los libros serían su salvación. Bradbury: “ciencia y humanismo” es un binomio excepcional, no exento de amor bondadoso al ser humano.

Durante el bachillerato, me topé con la literatura europea: Hermann Hesse, Oscar Wilde, Giovanni Papini, Fiódor Dostoievski, Arthur Rimbaud y los poetas malditos; Umberto Eco... libros que disfruté y me han acompañado toda la vida.

Y, como una abundante y fecunda tormenta de verano se proyectó ante el mundo la literatura latinoamericana, el realismo mágico y lo real maravilloso: Juan Rulfo, Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Julio Cortázar, Elena Garro, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez... ¡Me apasionó! Fue la delicia de reconocernos en ellos, de encontrar nuestra voz en las páginas de *Pedro Páramo, Aura, Piedra de sol, Cien años de soledad, Los recuerdos del porvenir, Rayuela, El reino de este mundo...*

Recuerdo haber pensado, al recorrer con fruición las páginas del mítico Macondo y sus habitantes, y en relación con su autor: *¡Este hombre, escribe como nosotros vivíamos en la casa de mi infancia...!*

Umbral hacia la madurez como lectora...

Como he dado cuenta en este texto, que ya se ha alargado mucho (no podría ser de otra manera), el libro siempre fue para mí tan cotidiano, tan normal y tan delicioso, que no podría prescindir de su compañía.

Debo cerrar esta relación con el agradecimiento profundo a una gran amiga, actualmente radicada en Barcelona, quien, un cumpleaños, me entregó un pequeño gran libro que me comprometió con la vida: *El arte de amar*, de Erich Fromm. Lo leí, lo releí apasionadamente, una y otra vez, hasta que comprendí que el amor es un arte; que se elige amar o no, que se aprende “a golpe de error” y que, finalmente, saber amar es el más grande reto a lograr y, más aún, es todo lo que un ser humano necesita para darle sentido a su existencia.

Este libro de ensayo, fue la puerta de entrada a la apasionante reflexión que cuestiona nuestro “estar en el mundo” y que me llevaría, más tarde y decididamente, por los senderos, maravillosamente laberínticos, de la filosofía.

Hablar de ello será, sin embargo... ¡tema para otra ocasión!

En un ardiente verano

Entre letras y palabras

Laura Hernández Muñoz

Cuando las letras cobraron vida

A los tres años de edad, antes de saber leer y escribir, ya contaba cuentos que ilustraba en el reverso de los blocs de notas de mi padre que era comerciante. Dos triángulos invertidos hacían el cuerpo, un círculo, la cara, y cuatro rayitas, brazos y piernas; además, le ponía un casco y una espada porque mi personaje era una amazona. Mi escritorio era el tercer peldaño de la escalera que comunicaba el patio central de la casa con el de los lavaderos. Mi casa era muy grande, tenía corral con gallinas, árboles frutales y un fantasma. Vivíamos en Tamazula de Gordiano, pueblo que durante la zafra del ingenio azucarero se llenaba de tizne, por eso mi papá mandaba poner una lona que cubriera el patio, al que llamé “eclipse de invierno”. Esa semioscuridad avivaba mi imaginación para crear historias.

Ante mi precocidad, mis padres me llevaron al colegio de monjas Sor Juana Inés de la Cruz, en donde, con tres años, me colocaron en primero de párvulos; a los cuatro, cuando descubrí la magia de la unión de las letras formando palabras, me enamoré de la lectura. Desde entonces no he dejado de leer.

Los domingos mi padre tenía un ritual que consistía en llevarnos a las cuatro hijas, después de misa de 12, al puesto de revistas en donde vendían las historietas de *Archi*, *La pequeña Lulú*, *Superman*, *Vidas ejemplares*, *Literatu-*

ra universal, y películas que habían proyectado en las salas de cine. Cada una de nosotras escogía su revista favorita. Esto era genial porque al compartirlas, leíamos cuatro publicaciones a la semana. Por medio de estas historietas o cuentos —que también así se les llamaban—, accedí al mundo de *Los hermanos Karamazov*, *La guerra y la paz*, *Gengis Khan*, *Elena de Troya*, *Quo vadis*, *20,000 leguas de viaje submarino*. Los personajes dibujados con sus diálogos insertos en una ventana ovalada hacían que me adentrara en sus mundos —ahora les dicen *comics*—, de ahí fue que comencé a utilizar el estilo para ilustrar mis historias y narrárselas a mi hermana menor y a mis primas. Cuando vi que tenía éxito, construí un pequeño teatro con una caja de cartón en la que, a manera de película —al menos eso creía yo—, mostraba la historia que había dibujado sobre una tira de papel de estraza, esta, la tira de papel, se encontraba sujeta a un palo en cada uno de los extremos de la caja. Cobraba diez centavos por persona.

Primeros encuentros con los libros

En mi casa teníamos los seis tomos de *El libro de oro de los niños*, en los que aprendí sobre mitología griega con todos sus héroes y dioses. Ahí descubrí a Hipólita, reina de las Amazonas, mi heroína; a Arquímedes y su grito “¡Eureka!”, a Sócrates, a Platón y a Aristóteles con sus conceptos filosóficos; a Benjamín Franklin, Tomás Alva Edison, Copérnico, Servet, Galileo y a muchos más con sus descubrimientos en la ciencia. No podían faltar Abraham, Jacob, José y Moisés; cuánto aprendí en esos libros sobre personajes de la *Biblia* —porque en casa teníamos prohibido abrirla, aunque estaba colocada sobre un atril en la sala; prohibición que para mí siempre resultó un desafío.

Las imágenes grabadas por Gustave Doré me cautivaron, eran magníficas. El arca de Noé sobre las aguas del diluvio; Moisés y las Tablas de la ley; José interpretando los sueños del faraón. Ante mí, desfilaban imágenes que al mirarlas parecían contar otra historia. No entendía la razón de prohibir su lectura, la *Biblia* era el mejor compendio literario de la humanidad. Todas las virtudes y maldades conviviendo; ese libro era de una vigencia atemporal que mostraba los cuerpos desnudos, tal como Dios los había echado al mundo, entonces entendí: “¡Por eso nos prohíben que la abramos, hay muchos encuerados!”.

Y, hablando de literatura, también en esos libros de oro estaban los escritores universales: Dante, Shakespeare, Cervantes, Dostoievski, Víctor Hugo, por citar algunos. Recuerdo las horas de lectura sosteniendo alguno de esos ejemplares de tapas azules con letras doradas e ilustraciones a colores; el olor a papel me agradaba, era parte de la atmósfera que se creaba al abrir el tomo elegido, eran seis. Sin embargo, el libro que marcó mi niñez fue *Corazón: diario de un niño*, de Edmundo De Amicis. Aún recuerdo vivamente los relatos: “De los Apeninos a los Andes”, “El pequeño partisano”. Cuánto sufrí acompañando a Marco Rossi viajando desde Italia hasta Argentina en busca de su madre. Poco después, llegó como regalo en mi décimo cumpleaños *El principito*, un libro de tapas blancas con dibujos hechos por el mismo autor, Antoine de Saint-Exupéry, los cuales me introdujeron a un mundo de aventuras por galaxias fantásticas, además del romanticismo filosófico de la rosa y el zorro, cuyas frases guardé en mis cuadernos y en mi corazón. Hasta el día de hoy es uno de mis libros favoritos porque leerlo me hace reflexionar sobre las cosas importantes de la vida que me provocan escribir.

Los veranos los pasábamos en Atotonilco, pueblo donde vivían los abuelos paternos. Ahí descubrí la que sería otra de mis pasiones, la ópera, porque mi tío Samuel, el menor de los hermanos de mi papá, después de comer, se encerraba en la sala de terciopelo rojo a escuchar unos discos negros que ponía en la consola. Una tarde, el sonido de las voces graves y agudas me atrajo hasta cruzar de puntillas la puerta de aquella sala. Mi tío me vio, y tomándome de la cintura, me sentó junto a él y me explicó lo que sucedía en la voz del tenor. Era Rigoletto, el bufón de la corte de Mantua, que lloraba desconsolado al abrir un costal y ver muerta a su bella hija. Yo me estremecí; la música hablaba comunicando emociones. Giuseppe Verdi, el autor, era un gran escritor que musicalizaba palabras. Desde ese día me senté el resto de las vacaciones a escuchar diferentes obras que mi tío me explicaba. Por mis oídos entraba la música, por mi imaginación, la historia. Viví la tragedia de Cio-Cio San en *Madame Butterfly*, de Puccini; la victoria del capitán Calaf en *Turandot*; el canto de los esclavos en *Nabucco*, y el amor de Edmundo por Margarita en *La Traviatta*, obras de Verdi, esta última inspirada en la obra de Alexander Dumas: *La Dama de las camelias*. Para mí, escuchar ópera es leer libros con los oídos.

Adolescencia es camino

La lectura de los veinte tomos de *El tesoro de la juventud*, durante los años de secundaria y preparatoria, abrió aún más mi apetito lector a nuevos conocimientos, pero uno de los factores más importantes para ser lectora y escritora fueron las charlas de sobremesa. Mis padres eran excelentes narradores; mi madre nos contaba las películas que veía en el cine, lo hacía tan bien que casi nos hacía verlas,

y mi papá nos narraba los episodios de la historia familiar que habían estado involucrados en la Guerra Cristera y en la política de México.

A los siete años de edad, cuando había hecho la Primera Comunión, ya para el fin de ciclo de tercero de primaria, nos fuimos a vivir a Guadalajara porque mis hermanas mayores entrarían a la secundaria en el Colegio Victoria. Me dio mucha tristeza dejar aquella casa con mi escritorio-peldaño, con su eclipse y el fantasma que jalaba las cobijas a medianoche y escondía cosas.

Guadalajara me pareció maravillosa, era como un libro de historia abierto; mi papá me llevaba a caminar por el centro y los portales, en donde había personas que se convirtieron en personajes de Guadalajara como el General Hilachas, Padahoy, la Reyna, Firulais.

La casa a la que llegamos a vivir, por avenida del Bosque, estaba frente a la de don Guadalupe Zuno, un hermoso edificio de piedra de tezontle. En la azotea, mi papá mandó construir un cuarto de estudio que fue mi refugio porque ahí podía leer y escribir con entera libertad, y tenía un librero que fui llenando con mis ejemplares favoritos de Emilio Salgari y Julio Verne, los cuales me transportaban a lugares remotos y maravillosos que algún día iría a conocer.

En el Banco Nacional de México a mi papá le regalaban libros, así llegaron a la casa las obras de don Agustín Yáñez. La que más me gustó fue *Flor de juegos antiguos* porque conocía bien el barrio del Santuario; al leerlo, imaginaba lo que sucedía; también *Las tierras flacas*, por sus refranes rurales, me recordaba cómo hablaba la gente del campo en Tepatitlán y Atotonilco.

En la secundaria me sedujo *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll. El simbolismo en la historia me

fascinó, aunque a veces solo lograba entenderlo hasta después de varias lecturas. A la par de estas obras, en el colegio de La Vera-Cruz, que era de monjas españolas, nos obligaban a leer *Staurofila*, de Néstora Téllez —una autora nacida en el siglo XIX—, era una historia épica sobre la luz y la oscuridad, amor y traición. Como adolescentes nos atrapaba, pero yo prefería leer *Los miserables*, de Víctor Hugo; *Oliver Twist*, de Charles Dickens; *Crimen y castigo*, de Fiódor Dostoievski, y *La guerra y la paz*, de León Tolstói. Lo mío era el drama humano, lo real. Jean Valjean es uno de mis personajes favoritos por su generosidad y valor, el estereotipo del hombre heroico que se conduce del dolor de la mujer caída en desgracia; además, la historia tiene como telón de fondo la Revolución francesa que añade tensión. Dickens es diferente, muestra la miseria de la clase trabajadora inglesa y sus consecuencias, y de manera cruda cuenta la vida de Oliver en el orfanato. Dostoievski es el creador de una de las primeras novelas psicológicas y políticas; en su ingenio, nombró a su protagonista “Raskolnikov”, que significa “dividido en dos”. Se dice que este personaje inspiró la historia de *El doctor Jekyll y el señor Hyde*. Ya se cumplieron 150 años de la creación de esta gran novela que sigue vigente en los estudios de la psicología de la personalidad. También de Dostoievski leí *Los hermanos Kamarazov*, *Ofendidos y humillados*, *El idiota*. Su lectura me marcó sensiblemente. Era muy joven para entender la locura, la maldad, la injusticia y la crueldad, sin embargo, la prosa de Dostoievski es tan cautivadora en el manejo de las relaciones y emociones humanas que no podía dejar de leer a pesar, a veces, de lo denso de los diálogos. Otro libro de mis consentidos es *La guerra y la paz*, lo leí a instancias de mi maestra de francés porque era una versión en español, pero cuando hablaban los personajes

franceses lo hacían en su lengua, dándole un toque encantador a esta versión.

Mis maestros favoritos

Cuando cursaba la preparatoria, entraron a mi vida *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, dos joyas literarias. Cada historia me hizo reflexionar sobre la genial construcción del tema, la riqueza del lenguaje y la poesía entreverada con la terrible realidad. Lo sencillo es lo más difícil en la literatura, para Rulfo no lo fue porque él era así, sencillo, humilde y amoroso. El sufrimiento de la infancia lo convirtió en la riqueza de sus temas en “Diles que no me maten”; “¿No oyes ladrar los perros?” volcó el dolor por la muerte de su padre durante la Guerra Cristera (según yo). De *Pedro Páramo*, todos sus personajes son entrañables; me cautivó Juan Preciado con su ingenua timidez que va en busca del padre a quien no conoce por encargo de su madre que le da un pañuelo bordado con orilla de lágrimas. Desde las primeras líneas, Rulfo me atrapó con su manera poética de describir el Valle de la Media Luna y el encuentro de Juan con el arriero Abundio que lo conduce a Comala, reino de la muerte donde vivos y muertos conviven en el mismo plano. Esto me intrigó porque la historia la cuentan los fantasmas que siguen vivos sin saber que ya murieron. Me recordaba los cuentos de doña Petra, la cocinera que teníamos en Tamazula, ella contaba muchas historias de “aparecidos” que también me influyeron al crear mis historias.

La lectura de *Pedro Páramo* me inspiraba y retaba al mismo tiempo a tratar de escribir un texto con el estilo de Rulfo, difícil tarea; él con dos obras se hizo inmortal.

Borges comentó: “El mérito de una obra no está en la longitud, sino en su delicado ajuste verbal”.

Borges, el maestro, bardo ciego, me deslumbró en la lectura de *El Aleph*. Me remite a la búsqueda del yo propio en el laberinto del espíritu. Borges es relator y protagonista, como sus lectores que, al leerlo, quedamos atrapados en las escaleras infinitas que no llevan a ningún lado y recuerdan las de las esculturas en el jardín del inglés Edward James, en Xilitla. Beatriz, la clarividente con sus distracciones patológicas, ¿quizás referencia a la Beatrice de Dante? El maestro jugaba con sus personajes, el inicio lo indica:

Las bravatas de Carlos transparentaban el íntimo terror de que yo no viera el prodigio; Carlos, para defender su delirio, para no saber que estaba loco, tenía que matarme. Sentí un confuso malestar, que trate de atribuir a la rigidez, y no a la operación de un narcótico. Cerré los ojos, los abrí. Entonces vi el Aleph.

Borges es el maestro que no pretende enseñar, pero en sus libros encierra un laberinto de conocimientos que hay que buscar en un salón de espejos que muestra que solo somos el sueño del otro que nos sueña o tal vez lo soñamos, o soñemos, cuando despiertos encontremos la salida al final del libro. Desde esta lectura, me quedó la fijación por los espejos, que, sin darme cuenta, quedó reflejada en mi novela *La visitante de los espejos*. Definitivamente, la influencia de Borges en mi escritura siempre está presente.

Ahora hablaré de ella, la mujer que me atrapó con su ejemplo de vida y con su obra: Juana Inés de Asbaje Ramírez de Santillana, Sor Juan Inés de la Cruz. Desde la

primera vez que la estudié y leí en el colegio quedé prendada de su personalidad libre y decidida. En los libros de la biblioteca de su abuelo aprendió griego y latín, y con la gente natural, el náhuatl. Su vida, antes de entrar al convento es fascinante. Sus Redondillas me impresionaron porque decía la verdad; había siglos entre su vida y la mía pero sus palabras eran actuales, vigentes, por eso me gustaron tanto, en ellas están las palabras que muchas veces no nos atrevemos las mujeres a decir a los hombres. Leo, releo su obra y algo queda prendido en mi mente y espíritu después de cada lectura; es como si lo escrito hace siglos se adecuara a la edad de quien lo lee. Siento que ella conecta de una manera especial conmigo.

¿Qué la hizo destacar en la corte novohispana? Su inteligencia, viveza de espíritu, facilidad para aprender y talento para crear poesía deslumbrante, rica en conceptos ingeniosos que hacían referencia a la mitología grecolatina y una profundidad filosófica poco común en una jovencita, además de su belleza física. Ella defendió el derecho de la mujer para acceder a la educación, y el de los indígenas y los pobres para ser tratados dignamente con justicia social.

[...] me encendí yo de manera en el deseo de saber leer [...] supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando lo supo mi madre, a quien la maestra lo ocultó por darle el gusto por entero y recibir el galardón por justo; creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden.

En su celda del convento de San Jerónimo desarrolló varios géneros literarios e hizo estudios de astronomía, música y gastronomía. Su obra más importante es el largo poema: *Primero sueño*; las más polémicas: *Carta Atena-*

górica donde habla que el destino de las mujeres “con razón” es un destino de libertad de conciencia, libertad de pensamiento en el terreno de lo sagrado y en el terreno vivencial. En *Respuesta a Sor Filotea* aboga por la construcción de una sociedad más participativa donde mujeres y hombres por igual aprendan la apertura de conciencia para tener una mayor responsabilidad humana. Estos conceptos siempre me hacen reflexionar en tiempo presente sobre mi proyecto de vida como escritora.

Lo que soy como escritora y poeta se lo debo a los cientos de libros que he leído; sus autores me enseñaron estilo, sintaxis, ortografía, porque de tanto leer se va aprendiendo de los mejores; por ejemplo, Mario Vargas Llosa, con su ensayo *La orgía perpetua*, hizo que me adentrara en la obra de Gustave Flaubert y aprendiera alguno de los métodos que utilizaba para escribir. Respecto a Vargas Llosa, me sorprendió que en su discurso *Elogio de la lectura y la ficción*, al recibir el premio Nobel de Literatura dice: “aprendí a leer a los cinco años, en la clase del hermano Justiniano [...]. Es la cosa más importante que me ha pasado en la vida. Casi setenta años después recuerdo con nitidez cómo esa magia, traducir las palabras de los libros en imágenes, enriqueció mi vida, rompiendo las barreras del tiempo y del espacio”.

Estas palabras las hago mías porque fue lo que sentí al aprender a leer. Quizás, a todos los escritores les sucede lo mismo, por eso nuestros comienzos en la lectura parecen iguales.

Los maestros aparecen

En la Universidad de Guadalajara tuve la suerte de contar con maestros como don Guadalupe Zuno que me adentró

en el mundo de Teilhard de Chardin. Una luz nueva me iluminó, la filosofía, que influye hasta el día de hoy en la creación de mi poesía, narrativa y obras de teatro.

Ingresé al taller del doctor Elías Nandino cuando estaba en la Casa de la Cultura de Jalisco, gracias a mi amiga pintora María Luisa González Aréchiga. Ahí me encontré con Dante Medina, Jorge Esquinca, Jorge Souza y con algunos más que soñábamos con ser poetas. El maestro, con su fina ironía, al leer mis textos me llamó: la Sor Juana del siglo xx. Eran tardes deliciosas en las que la sabiduría y buen trato del poeta nos hacía creer en nuestro futuro en las letras.

Después asistí por varios años al taller de Juan José Arreola en la capilla del Exconvento del Carmen; con él aprendí a describir la belleza de la palabra hablada y la escrita, de lo cotidiano, del campo y las costumbres del pueblo, pero lo más importante, a narrar con las palabras justas. Y así fueron llegando Vicente Leñero, Agustín Monsreal, Eliseo Alberto, Ricardo Garibay, Gloria Velázquez, Luis Armenta (querido y admirado). Cuánto aprendí de todos ellos. No solo era compartir su conocimiento, ellos transmitían la pasión que sentían por la palabra y la lectura.

En la SOGEM hice un curso sobre literatura del tercer milenio impartido por una maestra que vino de Morelia —no recuerdo su nombre—, pero hizo que me adentrara en la obra de Octavio Paz, en especial en *Los hijos del limo* y *El laberinto de la soledad*. Leer, estudiar, aprender; sed insaciable que no se calma sino con más lectura y aprendizaje.

La vida continuó y me llevó a Madrid con la beca de Cultura Hispánica. Por primera vez me encontraba sola frente a un mundo soñado y desafiante. Entre el estudio de las materias de doctorado, escribí la obra de teatro *Po-*

bre tonto soñador para el concurso Tirso de Molina. No lo gané, pero sí el comentario de Puig, un crítico literario catalán que leyó mi obra gracias a una amiga periodista, Concha Albert, que estaba en la misma residencia estudiantil. Las palabras de Puig escritas en una hoja de papel marquilla me alentaron para seguir escribiendo teatro. Años después, gané el premio Miguel Marón convocado por Bellas Artes de Jalisco. En el presente, de nuevo revive la emoción y el compromiso de poner en escena las obras que dejé dormidas durante tantos años al ponerlas en manos de Jesús Hernández, director de teatro muy talentoso que actualmente está en la ciudad de México en Bellas Artes.

Ser poeta es un regalo maravilloso de la vida. En la actualidad tengo publicados seis poemarios, uno de los cuales, *Fénix*, fue editado por Mantis Editores.

Ser lectora ávida me convirtió en escritora de tiempo completo. Poesía, ensayo, novela, cuento, literatura infantil, obras de teatro. Son 23 los libros nacidos del infinito gozo de la creación que se convierte en una compañera insaciable que, ni dormida, me deja en paz porque a veces, a las tres de la madrugada me urge a levantarme para que escriba el verso que al día siguiente será poema, o la idea de un cuento, o una novela, una obra de teatro. Muchas veces, al estar leyendo un libro me inspiro para escribir algo propio.

Repaso con la mirada mi biblioteca y son tantos los autores que me acompañan: Octavio Paz y Antonio Gala, Alfonsina Storni, Miguel de Cervantes, Federico Nietzsche, Virginia Woolf, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Luis Armenta, Gastón Bachelard, Edmond Jabès, Marguerite Yourcenar, Edgar Allan Poe, Juan Villoro, Sor Juana Inés de la Cruz, Irene Vallejo, Franz Kafka, John Steinbeck,

Gustav Jung, Elena Garro, Rosario Castellanos, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Federico García Lorca, Miguel Hernández, los hermanos Machado, Juan Rulfo, Pablo Neruda, Hernán Cortés, Platón, Julio Cortázar, Agustín Yáñez, Carmen Villoro, y Juan José Arreola... por citar algunos que habitan en mi estudio, los demás autores, aunque no los nombre, los llevo en mi mente y en mi corazón.

Gracias a todos ellos por haberme dado momentos de gozo en mi experiencia lectora.

Junio 10 de 2024

Del gusto por la lectura al oficio de editar

Óscar Trejo Zaragoza

En casa, contribuía en mi infancia a mantener libre de polvo la biblioteca familiar; muy eventualmente por cierto. Mis primeras lecturas se iniciaron en primero de primaria, gracias a mi exceso de júbilo en el salón de clases, por decirlo elegantemente. Cursé los años iniciales de mi educación básica en el Colegio “Anáhuac” Chapalita, con el sacerdote salesiano Alberto Salazar López. Al padre Salazar es a quien le debo mi contacto inicial con la lectura; aunque no entendía nada de lo que estaba leyendo, siendo más preciso, memorizando. Resulta que quienes no guardábamos el mejor comportamiento en clase, es decir, aquellos que caíamos en “exceso de júbilo”, como lo escribí líneas arriba, nos remitían a la dirección al concluir las clases a las cinco de la tarde, ya que en aquellos ayeresténíamos un horario mixto; de ocho de la mañana a doce del día y de las tres a las cinco de la tarde. Me enorgullece contar que era un asiduo huésped de la dirección del colegio. En un librero había un buen número de libros, quinientos tal vez; la gran mayoría de literatura universal, particularmente española.

Después de valorar mi falta cometida, el padre Salazar me pedía que eligiera un libro y lo abriera al azar. Así, tenía que memorizar uno, dos, tres párrafos; una o dos páginas. Hasta que recitaba de memoria las líneas asignadas, me podía ir a casa. El Padre se encargaba de llamarle por teléfono a mis papás, para informarles que me quedaría

“castigado” e indicarles a qué hora podrían pasar por mí. Ellos se acostumbraron a mi horario extendido.

Al padre Salazar le debo el ejercicio continuo de mi memoria, construir una buena ortografía y tener mis primeras atisbos de conocimiento literario. Alfonso X, Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, Sta. Teresa de Jesús, Lope de Rueda, Cervantes y hasta Miguel de Unamuno, fueron mis primeros acercamientos literarios. Como ya lo mencioné, no entendía ni la “o por lo redondo”, pero me puedo jactar que empecé a “leer” a los clásicos a los seis años; su comprensión vino muchos años después, particularmente la de Miguel de Unamuno.

Transcurren los años y en 1966, ya radicado en la ciudad de México por razones laborales de mi padre, hago mi primera comunión a los once años. Entre los obsequios que recibí, estaba un ejemplar de *“Corazón. Diario de un niño”* de Edmundo de Amicis. Me apasionó; particularmente los cuentos mensuales que leía el maestro. Este fue el primer libro que disfruté, comprendí y despertó mi gusto por la lectura.

Poco tiempo después, descubrí en la biblioteca familiar un poemario de un escritor español, quien ya tenía casi dos décadas exiliado en México, aunque en 1922 había llegado a vivir brevemente en nuestro país por voluntad propia. Leí un poema de ese libro que me emocionó, me lo aprendí de memoria y me invitó a leer más poesía. Por supuesto que no tenía ni la más cercana idea de quién era el autor.

Por esos juegos del destino, mi abuela paterna, Ana María Serrano, era cercana a los círculos intelectuales de la ciudad, especialmente al del exilio español. Al percatarse que me gustaba la poesía y me sabía de memoria dos o tres poemas, me llevó a la fiesta del cumpleaños 84 del poeta, autor del poema aprendido, que se celebró en casa

de un amigo mutuo de mi abuela y él; era el 11 de abril de 1968. Yo estaba a unos días de cumplir trece años. Me lo presentó y me pidió que le recitara el poema que me sabía de memoria. Titubeante inicié...

*¡Qué pena si este camino fuera de muchísimas leguas
y siempre se repitieran
los mismos pueblos, las mismas ventas,
los mismos rebaños, las mismas recuas!
¡Qué pena si esta vida nuestra tuviera —esta vida nuestra—
mil años de existencia!
¿Quién la haría hasta el fin llevadera?
¿Quién la soportaría toda sin protesta?
¿Quién lee diez siglos en la historia y no la cierra
al ver las mismas cosas siempre con distinta fecha?
Los mismos hombres, las mismas guerras,
los mismos tiranos, las mismas cadenas,
los mismos farsantes, las mismas sectas
¡y los mismos, los mismos poetas!
¡Qué pena,
que sea así todo siempre, siempre de la misma manera!*

El ilustre León Felipe me aplaudió, me dio un inolvidable abrazo y me invitó a visitarlo en su casa; ya no lo volví a ver. Murió el 18 de septiembre de ese trágico 1968.

A partir de ese acontecimiento en mi vida, se incrementó mi gusto por la lectura e inicié la formación de mi propia biblioteca.

Empecé como trabajador de la cultura en 1974 en el Polyforum Cultural Siqueiros y paralelamente, mi acervo bibliotecario crecía; navegaba con velas desplegadas.

—¿A qué hora llega tu papá? —me inquirió enérgico Augusto Benedico, a quien Lorenzo de Rodas, director de

mi obra *¿Qué pasa aquí?*, me presentó en el primer día de lectura del texto. Lorenzo le precisó que yo era el autor y Augusto espetó a la vez que dejaba el libreto sobre una mesa: —Yo no trabajo en la obra de un jovenzuelo —y se fue. Por supuesto que conocía el texto desde algunas semanas antes e incluso, virtió comentarios favorables sobre el tema y la dramaturgia; pero no me conocía. Hice un gran esfuerzo por no chillar. Me contuve y refugié en un camerino del Teatro 11 de Julio. Era octubre de 1976. Rectificó, ofreció disculpas y se reintegró al elenco. Fue difícil para un actor de la trayectoria de Augusto, asimilar mis 21 años de edad. Así iniciaba mi trayectoria profesional como dramaturgo. Fueron mis primeras páginas públicas.

Retorno a mi tierra en 1984 y me integro inicial y brevemente al Ayuntamiento de Tlaquepaque como director de Acción Social y Cultural, fue una breve etapa en la que solo puedo rescatar la compra del ex hospital de Refugio para convertirlo en centro cultural.

Fue precisamente en la inauguración del Centro Cultural El Refugio, cuando recibí la invitación de Doña Martha González de Hernández Allende, entonces jefa del Departamento de Bellas Artes (hoy Secretaría de Cultura), para incorporarme a la dependencia. Ahí, empezaron a fluir mis inquietudes por incentivar a los dramaturgos jaliscienses, convocándolos a través de concursos de teatro; como parte de los premios, además de lo económico, fue la publicación de un libro con las obras ganadoras de los tres primeros lugares. Así, en 1985 “edité” el primero del concurso “Expresión Escénica Jalisciense I”. El volumen lo integraron *Saltimbanquis*, de Arturo del Castillo; *Misericordia*, de Hugo Salcedo y *Espejos en la noche*, de Rubén López Navarro; en ese orden. La edición es poco menos que espantosa, considerando mi nula experiencia en la mate-

ria y la falta de conocimientos en el oficio. No sé si para los autores fue premio o castigo. Al año siguiente, se realizó el segundo concurso “Expresión Escénica Jalisciense II”, conformando el volumen las obras ganadoras: *San Juan de Dios*, de Hugo Salcedo; *Una copia del poder*, de Gabriel Bárcenas y *Luna negra*, de Rubén López Navarro; el resultado de la edición también fue poco gratificante; muy lejos de ser una buena edición.

En 1988, a pocos meses de concluir la administración estatal, Jaime Álvarez del Castillo iniciaba actividades con Editorial Ágata. Nos conocimos cuando dentro de sus responsabilidades en el periódico *El Informador* estaba el Suplemento Cultural, que dirigían José Luis Meza Inda y Luis Sandoval Godoy, en el cual colaboré domingo a domingo desde 1985 a 1995. Jaime me propone la segunda edición de mi obra *¿Qué pasa aquí?* (la primera me la publicó la Universidad de Guadalajara a través de su Dirección de Publicaciones, bajo el cuidado de Lorenzo Figueroa en 1987), para ser uno de los primeros libros editados e impresos en Editorial Ágata.

Una tarde de los primeros días de enero de 1989, me reúno con Jaime en sus oficinas provisionales de Ágata (se estaban construyendo los dos edificios que albergarían la editorial). En esas fechas, la maquinaria se encontraba en *El Informador* y las oficinas, en la calle de Belén; en pleno centro de Guadalajara. Después de exponerme sus proyectos al frente de la editorial, me afirma contundentemente: “Editorial que no publica sus propios libros, no es editorial”. Sentencia irrefutable. Me invita a incorporarme a Editorial Ágata como responsable de las ediciones. Acepto sin dudar y me doy a la tarea de aprender lo referente al trabajo de edición. Así, el 15 de enero de 1989 me incorporo como responsable editorial de Ágata,

que desempeñé hasta la suspensión de actividades de la misma, en 2022. Un ejemplar publicado por la UNAM, *El libro y sus orillas* de Roberto Zavala Ruiz, fue un gran apoyo para perfeccionar las ediciones. No me podía dar el lujo de aplicar el sabio proverbio popular que reza: “echando a perder, se aprende”. Era una inversión privada, no había mucho margen de error.

Para abrir las puertas de la nueva editorial con distribuidoras y librerías, tanto locales como nacionales, recurrí a escritores amigos míos con un prestigio cimentado. Así, el primer libro que salió de las prensas de Ágata fue *Señora*, obra de teatro de Vicente Leñero, en 1989 y le siguieron otras ediciones más de su autoría. Asimismo obras de Elías Nandino, Hugo Argüelles, Ricardo Garibay, Amalia Guerra, Wolfgang Vogt, Constancio Hernández Allende, Luis Reyes de la Maza, Carmen Castañeda, Jesús González Dávila y muchos autores más.

Con el objetivo de entrar al mercado editorial, instauré diversas colecciones: teatro, poesía, narrativa y nuevos valores, entre otras. Se publicaron literatura, arte, historia e investigación, primordialmente de jaliscienses o sobre Jalisco.

Editorial Ágata fue una editorial regional, incluso, regionalista. Editamos y publicamos más de 300 títulos a lo largo de 33 años de trabajo constante. La pandemia en 2020, fue el principio del cierre de actividades.

Sigo ejerciendo el trabajo de editor, ahora en Zafiro Publicaciones (empresa filial de Ágata y el periódico *El Informador*). Son libros de diversos sellos editoriales que se editan e imprimen en la empresa. En síntesis, los últimos treinta y cinco años de mi vida laboral los he dedicado a la edición de libros. Desde Ágata, han sido varios cientos de libros los que han pasado por mis ojos, ya sea

para ser publicados o que no han sido aprobados en primera instancia para ese fin; o bien, libros de otras editoriales y ediciones de autor que deben ser revisados, diseñados, formados, diagramados y en su caso, corregidos.

Por gusto siempre y como una forma de ganarme la vida muchos años, los libros han sido parte sustancial de mi tránsito por este planeta. He vivido un gran trecho de mi existencia entre tinta y papel.

En fin, espero que algunas de estas ediciones sobrevivan más allá del tiempo y continúen contribuyendo y difundiendo la historia y el talento jalisciense.

La letra con amor entra... y se queda

José Daniel López Hernández

Crecer en casa de los abuelos representó mi inicio en el mundo de los libros y la lectura, enfrentarme a un enorme librero (ahora parece más chico, pero en ese entonces me parecía inacabable) lleno de diversos volúmenes de todos tamaños y colores, no hacía más que incentivar mi curiosidad por descubrir lo que en ellos me aguardaba.

Recuerdo con gozo las tardes en que después de terminar las faenas del día, mi abuela me sentaba a su lado y con todo cuidado me leía las narraciones que se encontraban en un vetusto libro que en su portada decía *Compendio de historia sagrada* ahí fue cuando escuché por primera vez de un joven que fue echado a un pozo lleno de leones feroces, la muerte de un niño a manos de su hermano usando como arma una quijada de burro o la forma en que un hombre partió el mar en dos para que miles de personas cruzarán caminando por entre sus aguas. Todas estas fantásticas historias no hacían más que acrecentar mi interés y más aún cuando mi abuela Teté me mostraba los bellísimos grabados que acompañaban a cada pasaje de ese mundo de fantasía, de grandes hazañas, de acciones maravillosas y actos imposibles que llenaban mi cabeza y hacían volar la imaginación.

En casa nunca faltó que leer; un indispensable era el periódico que todas las mañanas iba a recoger con Don Gil, el voceador del barrio que combinaba sus gritos de las últimas noticias a media avenida, con un cálido saludo al

frente de su puesto de lámina, mientras doblaba el diario en partes para que fuera más fácil llevarlo; este ritual era más esperado los días domingo, la sección dedicada a las caricaturas se convertía en el premio por la espera de cada semana; así pues, mientras mojaba con saliva alguno de mis dedos para imprimir en ellos la cara de algún personaje, iba leyendo las aventuras de un fantasma que recorría la selva, las hazañas de un intrépido y elegante mago, el día a día de las familias de Lorenzo y Pepita o de Pancho y Ramona y ni qué decir de la astucia de un niño mudo y calvo que siempre tenía una solución para cada problema en que se involucraba.

Conforme fui avanzando en la lectura siempre tuvieron el cuidado de acercarme a más libros que se han convertido en referente especial y que hoy recuerdo con cariño, uno de ellos es el que me entregó mi abuelo y que a su vez recibió de su madre, el llamado *El tesoro de la juventud* conocido también como “la enciclopedia de conocimientos” en donde se podían encontrar temas diversos, como la historia de la Tierra, el libro de los por qué, cosas que debemos saber, la vida de hombres y mujeres célebres, el libro de las narraciones interesantes y una sección dedicada especialmente a juegos y pasatiempos en la que descubrí el apartado dedicado a los trucos de magia, con cartas, pañuelos o monedas, a los que entregaba tardes enteras para tratar de aprenderlos y así sorprender a mi familiar audiencia. Con el tiempo descubrí que personajes de la talla de Miguel de Unamuno, José Enrique Rodó, Luis G. Urbina, entre otros eruditos, eran los colaboradores especiales de esa obra y que nutrían con sus investigaciones las páginas de este grandioso libro, a la par de su contenido, el propio objeto despertaba una fascinación en mí; con él aprendí a manipular con cuidado sus forros, hojear

sus amarillentas páginas, mientras disfrutaba de ese característico olor a libro viejo que aún me emociona cada que lo rememoro o cuando lo evoco al entrar a una librería de usado. He de agradecer que en sus páginas aprendí a descifrar enigmas, desde saber por qué las polillas vuelan alrededor de un foco, hasta desentrañar el misterio de la formación de huracanes y arcoíris.

Los pequeños libros de vidas ejemplares en donde podía conocer la historia de santos, santas y mártires, llenos de gente que levitaba, que podía estar en varios lugares a la vez, que conocía el pensamiento de los demás o que tenía la facultad de abandonar momentáneamente su cuerpo al entrar en éxtasis, eran para mí una especie de *cómics* de superhéroes que hacían esperar con ansias la siguiente entrega.

La abuela era benefactora de una fundación de misioneros mexicanos que se formaban para recorrer la profundidad del Amazonas, las estepas del África o para dominar la lengua y la cultura de comunidades de Asia, en donde los usos y las costumbres son totalmente diferentes a las que yo de niño conocía; leer estas vivencias en la revista *Almas* que mensualmente llegaba a casa con una nota de gratitud o mejor aún acompañada de alguna fotografía o postal de lugares inhóspitos y totalmente desconocidos, me hacía sentir la misma emoción que cuando el silbato del cartero anunciaba la llegada de una carta de la menor de mis tías, que quizás influenciada por esas mismas lecturas, partió al Ecuador para adentrarse en la profundidad de su selva y así narrarnos a través de sus misivas (que leía una y otra vez) y su perfecta caligrafía, cómo tuvieron que sacar una pitón de la choza en que dormían, cómo se sobrepusieron al escrúpulo de cenar un mono asado o prepararse para disfrutar de la *chicha*, una bebida comunitaria

que, para ser preparada, tiene que ser masticada y regurgitada por quienes la elaboran, para luego ser compartida de forma ritual entre la tribu de los quechuas y sus invitados. En otra ocasión, la lectura de la carta fue más impresionante, pues narraba con detalle, cómo un grupo de indígenas aniquiló a dos religiosas atravesándola sin piedad con sus lanzas y flechas. Todo este universo de narraciones, fantasía o realidad que la superaba nutrió mi imaginario y despertó el anhelo de saber más, entender más, y en los libros halle esa oportunidad.

Un cúmulo de datos de cultura general, de temas varios, historias de vidas que superaron alguna vicisitud o simplemente una anécdota graciosa, con un buen remate de humor negro y que hacían de “la risa, remedio infalible”, era lo que se podía encontrar en la revista *Selecciones del Reader's Digest*, que una vez que los adultos de casa agotaban sus artículos, quedaba a mi disposición para leerla en dosis hasta llegar al esperado final de la contraportada que mostraba la imagen de alguna pintura y que contribuyó en acercarme a la belleza y valoración del arte. La suscripción al *Selecciones* venía con algunos beneficios, el mejor, creo yo, fue la oportunidad de adquirir una enciclopedia de varios volúmenes, de lomos tintos y rugosos que resguardaban (desde mi perspectiva de niño) todo el conocimiento que existía; esa enciclopedia ayudó a resolver las tareas y se convirtió en fuente de consulta regular.

La mirada y el interés se volcaron sobre Guadalajara, la ciudad que mis abuelos recorrieron, la que habitaron en su centro histórico, en la que convivieron con personajes como Polidor, el General Hilachas, el padre Severo Díaz Galindo, donde visitaron la Copa de Leche o compraron su calzado en las zapaterías Las Tres B o adquirieron ropa en El Famoso 33, en la que vieron correr descalza a María

Félix o comieron pollo con Valentina. Una Guadalajara de limpias calles, la de un jardín del templo de La Soledad custodiado por fieras esculturas de leones, esa Guadalajara de imponentes construcciones fue la que me presentaron mis abuelos a través de sus narraciones y que inocularon el germen de la historia, de las tradiciones, de la arquitectura y del patrimonio. Hubo entonces que recurrir a libros como *Guadalajara alma y piedra*, la colección sobre Guadalajara que revisa sus barrios, sus habitantes, sus fuentes, sus adobes y canteras recordables, o los editados por el maestro Ramón Mata Torres, producto de los cursos de información sobre Guadalajara o de las publicaciones especializadas sobre alguna construcción como los templos virreinales, el Paseo Filipense o los recuerdos de una capital tapatía que ya se fue, pero que al leerlos me permitía cotejar esos datos, con la historia de vida de mis abuelos y que ahora a la distancia me permiten recordarlos y agradecerles desde el corazón, porque gracias a su cuidado y cariño, incitaron en mí el gusto por la historia, que más que una carrera, se ha convertido para mí en una forma de reconectar con el pasado, con las letras y con quienes acompañaron mi formación preocupados, sí, por mi entender, pero siempre guiados por el amor.

La chispa que encendió mi afición

Sara Velasco

Infancia

Nací en el barrio de San Felipe de Jesús “al otro lado del río”, en el sector Libertad. Asistí a la escuela primaria “de la cuarenta”, llamada así popularmente porque de la Calzada Independencia hacia el oriente las calles eran entonces más conocidas por números que por nombres. Unos salones de mi escuela eran de adobe sin enjarrar y con pisos de cemento. Había dos o tres cuadras con casas después de la primaria y luego solo llanos. En esos llanos y por algunas temporadas vendían jicamas por metros. Entre los surcos, un hombre medía un metro y con ayuda de su azadón aflojaba la tierra para arrancar con las manos las jicamas jalándolas de las hojas hasta formar un manojo, lo medio sacudía y entregaba al comprador.

Con mi maestra de primer año, aprendí a leer y escribir. La de segundo a quinto año era tía de los famosos cantantes “Hermanos Reyes” y sólo enseñaba gramática y aritmética; y con la de sexto año, “descubrí” que además había también historia, geografía, geometría, civismo.

Mis lecturas fueron los cuentos de *La familia Burrón*, que ahora les llaman *comics*, pero antes, cuentos. Valían un peso, pero había una señora que los alquilaba por cinco centavos y por determinados días, así que los leía varias veces para desquitar los centavos y de esta manera me aficioné a leer. También leía mis libros de texto y los me-

morizaba, sobre todo las recitaciones, que así les llamaba yo antes de saber que eran poemas. Muchos años después supe que leía a Machado, Martí, Nervo.

Fue tan importante mi memorización que en todos los festivales o ceremonias del tipo que fuera siempre fui elegida para recitar y jamás, ni maestras ni directora, me preguntaban nada absolutamente y yo recitaba lo que quería y hasta dizque composiciones que hacía a Colón, Cuauhtémoc o lo que fuera.

Una vez hubo un concurso de no sé qué y la directora me pidió que escribiera una composición. Recuerdo el título: “Mi estado, sus hombres y sus recursos”. Claro que no gané, pero a nadie le importó, menos a mí.

Cuando tenía ocho o nueve años cayó en mis manos un libro que tal vez sería de mis hermanos mayores y lo leí de principio a fin. *Cuentos, leyendas y poemas*, de Miguel Salinas, séptima edición de 1945 el año en que nací. Conozco los datos porque lo conservo, aunque todo maltratado. Sí, ahora sé que es una antología, pero entonces era para mí un libro diferente de los de lectura de la escuela. Venían trozos de Rubén Darío, el Duque de Rivas, Fernán Caballero, Moratín, María Enriqueta, Ricardo Palma, González Martínez... Pero el relato que encendió la chispa para enamorarme de la lectura para siempre fue “Mi única mentira”, de Rafael Delgado. Lo leí mil veces y desde entonces no dejé de leer.

Como no había libros ni en mi casa ni en mi escuela, de chiripa, lo poquísimo que quién sabe por qué encontraba de lo que fuera, sin seleccionar, lo leía completo varias veces. Así leí *Los mayas*, *Los aztecas*, *Juana de Arco*, *Marco Polo*, *Historias de misioneros en África*.

La impresión más grande que tuve en mi infancia fue cuando por primera vez conocí un lugar con anaqueles

llenos de libros de piso a techo. Tenía diez años y una tarea de la primaria hizo que mi mamá me llevara al centro. Llegamos en un camión de la línea Oblatos Colonias cuya terminal estaba en la calle 34. Mis ojos de diez años seguramente brillaban azorados por estar en un recinto en penumbra, silencioso, con mesas y sillas pesadas de madera y los muros repletos de libros. Varios hombres hacían guardia en diferentes espacios vigilando para que nadie maltratara los libros. Entré en ese enorme salón, casi de puntas, como para no romper el encanto de algo que parecía sagrado. No sé qué me sorprendió y fascinó más: descubrir que existían tantos libros juntos en un solo lugar o la magia de que con sólo escribir en una papeleta el tema buscado (que no recuerdo cuál era) podía tener en mi mesa, como por un hechizo, lo buscado.

Mi recuerdo es tan nítido y maravilloso todavía ahora, que tengo la sensación de haberme quedado allí por siempre. La entrada era por la calle Hidalgo en el edificio que fue Seminario, luego Liceo de Varones y ahora Museo Regional de Guadalajara y que Ixca Farías y Guadalupe Zuno describen con exactitud, la Biblioteca del Estado de Jalisco dirigida por José Cornejo Franco. Mucho tiempo después trabajé de bibliotecaria por veintidós años en lo que fue una de las capillas con su convento anexo que se construyeron en torno al Santuario de Guadalupe, pero ni la sombra de mis recuerdos.

Secundaria

Ingresé a primer año de secundaria en la Escuela Normal de Jalisco que entonces estaba en lo que fue el convento del templo de San Diego de Alcalá. En la parte alta estaban la secundaria y la Normal y en la baja, la primaria anexa.

El segundo año nos pasaron al edificio nuevo que se inauguró en 1958 durante el gobierno de Agustín Yáñez y que a mis compañeros y a mí nos tocó estrenar. Allí en tercero de secundaria con una maestra extraordinaria, Margarita Ochoa, esposa del doctor Pedro Rodríguez Lomelí, encargado durante muchos años de la sección literaria del diario *El Informador*, me llegó por fin un libro que corrió el velo de mis ojos: *Literatura española*, de Soledad Anaya Solórzano. Años más tarde, supe que esta autora era tapatía y que forma parte importante de las páginas de la historia del magisterio mexicano. Conservo el libro, gordo, todo destartado, undécima edición de 1959 con seiscientas cuarenta y cinco páginas, y ¡oh, sorpresa! Entonces... lo que yo recitaba tenía un origen, orden, fecha, país. Entonces... hay historia, desarrollo, biografías, entonces...

Desfilaban ante mis ojos juglares, lenguas romances, el mío Cid, siglos de oro, Cervantes, teatro, místicos, cronistas, escritores mexicanos y hasta el modernismo, todo a medio digerir en un año.

Letras

Me titulé de profesora en 1963 y en junio de ese año salió un anuncio en el periódico en el que se promovía el ingreso de maestros de primaria en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara para cursar tres maestrías: Letras, Historia y Filosofía y... sin saber exactamente qué era, me inscribí.

La facultad, que compartía su espacio con la Escuela de Música, estaba en lo que ahora es la rectoría en Juárez y Tolsá y mis maestros Adalberto Navarro Sánchez y Arturo Rivas Sáinz eran el eje de la maestría en Letras en cursos por anualidades. Otro mundo se me fue abrien-

do poco a poco. A veces don Adalberto me daba la clase en alguna de las bancas de los corredores frente a los jardines. Todo iba bien hasta que me avisaron mis tías, que vivían en Ciudad de México, que había una oportunidad para trabajar en una escuela porque aquí no lo había conseguido. Así que casi al final del curso del primer año fui a despedirme de mis maestros, regresé el *Confabulario total* que me había prestado el maestro Adalberto y fui a México dejando desierta la maestría en Letras ese año pues yo era la única alumna.

En la capital del país trabajé en una escuela de la colonia Guerrero en el turno matutino y en otra, en la Peralvillo, en el vespertino. No tuve tiempo para leer. Sólo recuerdo haber disfrutado de la vida de Isadora Duncan en un libro de 1959 que quién sabe cómo llegó a mis manos y que me encantó.

Al regresar a mi tierra natal volví a inscribirme en el primer año de Letras, pero dos cambios me esperaban: la escuela ya no estaba en Tolsá y Juárez sino en el nuevo edificio frente a la Normal junto a las escuelas de Leyes y de Economía. Y la otra sorpresa, que ya no fui la única alumna, sino que éramos nueve o diez.

Jaliscienses

Después de los cuatro años de la maestría en Letras, la casualidad me llevó a impartir clases en la Escuela Preparatoria número 3 de la Universidad de Guadalajara. Un día un alumno me preguntó si había algún libro de literatura jalisciense además de la española y de la mexicana y le contesté que no. Sin embargo, me quedé pensando si le había dicho la verdad y después investigué, trabajosamente, pues en la década de los setenta no había internet ni

celulares ni ninguno de los artefactos actuales. Confirmé que sólo había textos sueltos de algunos escritores, pero no todos reunidos. Entonces se me ocurrió hacerlo yo, por supuesto pensando ingenuamente solo en Azuela, Arreola, Rulfo, Yáñez, y otros tantos.

Al visitar la Biblioteca Pública, que estaba en el Agua Azul y rebuscar en la hemeroteca durante muchos días, encontré un gran tesoro de textos bellísimos desde el siglo XIX, pero pocos datos de sus autores. Poco a poco, con papel y lápiz, transcribí lo que fui encontrando. Luego seguí con autores conocidos por lo que entrevisté a mis maestros Arturo Rivas Sáinz, Luis Sandoval Godoy y Alfonso Toral Moreno para solicitarles su biografía e incluirlos. Y la lista crecía, un escritor me llevaba a otro y un libro a otro hasta reunir una buena cantidad de ellos de antes y después de los escritores consagrados y hasta quienes en esos momentos iniciaban su escritura. A la brevísima semblanza le agregaba una selección de sus obras.

A la Preparatoria 3 llegó la noticia de que la Universidad de Guadalajara acababa de adquirir un moderno equipo de encuadernación y se me ocurrió llevar mi trabajo de más de mil cuartillas que hice en máquina de escribir. Después me pidieron la firma de un aval para su posible publicación; se la pedí al maestro Adalberto Navarro Sánchez quien luego de leer el manojito de copias en papel carbón, entregó su dictamen a la editorial que estaba en el Tecnológico. Más tarde me dijeron que era muy extenso el libro y por lo tanto alto el costo, por lo que tenían que dividirlo en dos tomos. Pasaron tres años para publicar la primera parte y otros tres años más para la segunda.

Me enamoré tanto de los escritores jaliscienses que les sigo siendo fiel.

Motivaciones

Por azares del destino trabajé durante muchos años en una secundaria técnica. En aquellos ayerres los programas escolares se componían de ocho unidades durante el curso de un año. Una vez tuve la idea de pedir permiso al director para separarme del programa en el transcurso de una unidad para calificarla de distinta manera. Nunca me negó el permiso. Entonces, hice una revisión del acervo de la pequeña biblioteca de la escuela, seleccioné cincuenta libros de los que me parecían más adecuados para ellos pues tenía seis grupos de cincuenta alumnos cada uno de tercero y a la hora de mi clase en lugar de ir al aula correspondiente iban a la biblioteca.

Repartía un libro a cada uno y la consigna era leerlo completo durante las clases de que constaba la unidad. Podían sentarse en las sillas, en el suelo, acostarse o tomar la posición que les pareciera más cómoda. A veces, si lo deseaban, poníamos música clásica y ellos podían apagar el radio a su gusto.

En algunas ocasiones en vez de la biblioteca leíamos debajo de algún árbol frondoso, aunque hubiera más distractores. Previamente sabían que leer y comentar su libro valdría un diez de calificación o cinco, si no lo hacían. No era difícil convencerlos pues muchos no iban a tener un diez de calificación en alguna unidad ni en todo el curso y la mayoría no leería un libro de literatura completo en su vida, por lo que era una manera sencilla y una buena oportunidad para hacerlo.

A la mitad del término de la unidad, le iba pidiendo a cada uno que comentara lo que estaba leyendo durante cinco o diez minutos para que todos lo escucharan. Esta estrategia nunca falló porque provocaba el antojo o la comparación y apreciaciones de sus respectivos libros.

Obviamente, antes de iniciar estas sesiones ya les había leído fragmentos de José Agustín y ya los había llevado a una actividad fuera de la escuela. Fue muy sencillo: primero conseguir permiso del director, que nunca me negó; luego, lograr —gratuitamente— un teatro o auditorio, llamarle a mi amigo Félix Vargas, director de teatro, pintor y narrador, para avisarle día, hora y lugar. A mis adolescentes nada más les decía que iban a conocer a un escritor y que calificaría solo la manera de entrar, salir y comportarse en un teatro. Al llegar ya estaba allí, en el escenario, al centro de una larga mesa Félix Vargas con un grupo de actores y actrices de cada lado. Ellas con vestido típico y peinado de trenzas y moños y ellos con sombreros pues los cuentos son de tema campesino. Con su respectivo libro cada uno, hacían la lectura de varios relatos. A veces Félix Vargas llevaba a algún guitarrista, y en otras, invitaba a Luis Manuel “el de la paloma” (recientemente fallecido) para que cantara en varios dialectos.

Para la poesía, mi invitada era María Luisa Burillo quien, igual en un escenario, hacía lectura de sus poemas seguida del diálogo con los alumnos que siempre resultaba muy agradable.

Mi esperanza secreta era que alguno de estos adolescentes, de hace tres o cuatro décadas, aunque fuera uno solo de ellos cada año, encontrara su “única mentira” de algún Rafael Delgado, como la casualidad hizo conmigo en mi niñez.

La lectura que cambió mi vida

Pancho Madrigal

Como muchos individuos de mi generación, yo aprendí a leer impulsado por una verdadera urgencia; aunque mi urgencia —como en cantidad de mis congéneres— no era la de empezar a beber de las fuentes de la sabiduría para esclarecer mi intelecto a la luz de las nobles ciencias, ni siquiera la intención de granjearme la aprobación de mi familia o de mi profesora de “parvulitos”. La razón de esa urgencia —más bien, desesperación— por descifrar la incógnita que ocultaban esos diminutos signos que la gente de razón llamaba *letras*, provenía del deseo de empezar de una buena vez a disfrutar de las maravillosas aventuras contenidas en aquella enorme variedad de historietas —*cuentos*, les llamábamos entonces— que se exhibían en los puestos de revistas y periódicos, o colgados de un cordón junto a las mesitas banqueteras vendedoras de dulces, nieve raspada y frutas verdes con limón, sal y picante, que mostraban un cartón con la leyenda: “Se alquilan cuentos”. En esas revistas se leían títulos como: *Supermán*, *Dick Tracy*, *Los Supersabios*, *La familia Burrón*, *Tarzán*, *La pequeña Lulú*, *El Llanero Solitario*, *La Zorra y el Cuervo*, *El Pato Donald*, *Tom y Jerry*, *Roy Rogers*, *Súper Ratón*, *El Pájaro Loco*, *Archie* y tantos otros, que sería muy tardado enumerar. Además del título, sus vistosas portadas, por medio de dinámicas y coloridas imágenes, nos ofrecían adelantos de las interesantísimas historias que sus páginas interiores contenían.

Por suerte, la vida me dotó de una hermana tres años mayor que yo, que nació con alma de profesora —oficio que ejerció hasta el final de su vida—, y ella se encargó —mediante los poco didácticos pero muy eficaces recursos acostumbrados en esa época—, de hacer que yo, prematuramente, entendiera muy bien el significado de cada misterioso garabato.

Así, fui feliz llenando mi mente simple, llana, y libre de pretensiones de intelectualidad, de fantásticas aventuras en las que por momentos me adentraba tanto que, con harta frecuencia, en mi imaginación intrépida me convertía en el protagonista de empresas heroicas y osadas hazañas.

Luego vino un primer cambio en mi conciencia de lector, ocurrido durante los primeros años de mi enseñanza escolar, al caer en mis manos el libro de lectura reglamentario titulado *Rosas de la infancia*. Una selección de textos (cuentos, leyendas, relatos, fábulas, parábolas y poesías) hecha por los profesores normalistas don Abel Ayala y don Antonio Pons, que incluía plumas tan renombradas como Benjamín Franklin, Samaniego, Andersen, León Tolstoi, Víctor Hugo, Amado Nervo, Julio Torri, Guillermo Prieto, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, José Santos Chocano, Manuel José Othón, y muchos otros nombres igualmente connotados. Entonces descubrí que había otra forma de comunicación escrita capaz de interesarme, emocionarme y conmoverme, aun sin el divertido apoyo visual de los “monitos”, que se llama *Literatura*.

Después vinieron las obligadas lecturas de la educación media, que los profesores —muchas veces improvisados— nos imponían. Obras clásicas mal seleccionadas por lo pesado y aburrido que para un joven poco preparado aún para lecturas de ese calibre pueden resultar, y lejos

de ser estimulantes, suelen marcar una etapa oscura de entre pereza, miedo y alejamiento de la lectura. Vinieron también las otras obras, más atractivas, que nos eran recomendadas por los mismos compañeros de clase o amigos más experimentados en el ejercicio apasionante de la lectura. Así, fui descubriendo a los grandes autores nacionales y extranjeros, y cada nuevo autor iba siendo mi favorito, hasta que llegaba otro a reemplazarlo.

Cuando se reúne en nuestro librero el suficiente acervo de títulos y autores, se hace indispensable el muy disfrutable ejercicio de ir separando los tomos que nos prometemos volver a ellos y releer las veces que se nos antoje. Luego, cuando ya la edad nos hace la jugarreta de ir enflacando nuestra memoria, descubrimos que no todo es tragedia, pues cada libro que empezamos a releer, es como si lo leyéramos por primera vez.

Como todo amante de la lectura, estoy seguro de que mi vida no sería la misma sin los libros, y sé qué libros llevaría conmigo a la mítica isla desierta de la “viral” pregunta ociosa de: “¿Qué libros te llevarías a una isla desierta en caso de...?” etcétera.

Y ante el cuestionamiento sobre qué libro exactamente fue el que cambió mi vida, no creo que haya sido algún tratado de Filosofía o de “superación personal”; ni siquiera algún título exitoso de Rulfo, o de García Márquez, o de Borges o Cortázar o tantos otros respetables autores que han contribuido a aligerar y hacer más llevadera mi existencia, pero sé muy bien que lo que sí cambió mi vida fue mi temprana urgencia por integrarme al mundo de las letras, y el disparador responsable debió haber sido uno de esos cuentos de mi infancia. ¿*Los Supersabios*...? ¿*Rolando el Rabioso*...? ¿*Tarzán*...? ¿*La Zorra y el Cuervo*...? ¡Quién sabe! Pero es seguro que fue alguno de aquellos, o todos juntos.

Aquiles y yo

Rogelio Villarreal

Cuentan que Ulises, harto de prodigios,
lloró de amor al divisar su Ítaca verde
y humilde. El arte es esa Ítaca de verde
eternidad, no de prodigios.

Jorge Luis Borges, “Arte poética”

Cuando era un adolescente mi papá me regaló dos libros, *La Ilíada* y *La Odisea*, en versiones juveniles. Fueron muy importantes para mí pues se trataba de las primeras lecturas no infantiles. De ahí en adelante leí otras novelas de aventuras, como las de Julio Verne o Emilio Salgari y los clásicos de la ciencia ficción.

Ya he hablado de mi padre en otros lugares, pero les cuento rápidamente que era editor. En los años sesenta trabajó en la legendaria Unión Tipográfica Editorial Hispanoamericana (la UTEHA), cuya imponente enciclopedia de gruesos tomos aún conservo. Lo corrieron por intentar la formación de un sindicato y encontró trabajo poco después en Ediciones Oasis, que dirigía el catalán José Virgili, editor del célebre *Canek*, de don Ermilo Abreu Gómez, a quien tuve el gusto de conocer, lo mismo que a su esposa y a su hija, Margarita y Lorena Paz Paredes.

Por eso siempre había libros en casa, muchísimos. Las dos obras de Homero causaron una honda impresión en el desgarbado jovenzuelo que era entonces, y me hacían imaginarme a los héroes y sus hazañas, las largas travesías

por el Mediterráneo, la hermosura de Helena y la desesperación de Casandra, el amor de Aquiles por Patroclo y, desde luego, los terribles dioses que manejaban los destinos de los mortales. Imágenes que después pude enriquecer con películas como *Helena de Troya*, *Jasón y los argonautas* y otras maravillosas producciones hollywoodenses

Sí, leí *La Ilíada* y *La Odisea* más adelante en las ediciones de Sepan cuantos... de Porrúa, y entre mis tantos pendientes está las de volver a leerlas con calma, frente a un mar apacible, acaso “El mar. El joven mar. El mar de Ulises” (Borges).

Creo, como muchos, que esas dos obras monumentales han influido profundamente en la cultura y la literatura occidental. Estas epopeyas no solamente narran historias épicas, aventuras, también exploran temas universales como la guerra, el heroísmo, la familia y el destino.

La Ilíada, como bien saben, narra los hechos ocurridos durante el último año de la guerra de Troya, el largo conflicto entre los aqueos y los troyanos. Hice una lista de los personajes principales de esta gesta.

Aquiles es el héroe más grande de los aqueos, conocido por su valentía y su habilidad en la batalla. Su ira y su sentido del honor son temas centrales en la epopeya.

Héctor es el príncipe de Troya y el más noble de los defensores troyanos. Representa el valor y la lealtad a su ciudad y familia.

Agamenón, rey de Micenas y líder de los aqueos, cuya disputa con Aquiles por la esclava Briseida desencadena gran parte de la trama.

Patroclo es el mejor amigo de Aquiles, cuya muerte a manos de Héctor impulsa a Aquiles a regresar a la batalla.

Paris, el príncipe troyano cuya decisión de llevarse a Helena, esposa de Menelao, desencadena la guerra.

La Odisea, también lo saben, cuenta las aventuras de Odiseo en su largo y arduo viaje de regreso a casa tras la caída de Troya. A lo largo de veinte años Odiseo enfrenta una serie de obstáculos, incluyendo monstruos, dioses y tentaciones —recuerden el canto de las sirenas—, mientras su esposa Penélope y su hijo Telémaco lidian con los pretendientes que intentan usurpar su hogar en Ítaca. Hice otra lista...

Odiseo (Ulises en la versión latina) es el astuto y gallardo rey de Ítaca, conocido por su inteligencia y su habilidad para superar desafíos.

Penélope es la fiel esposa de Odiseo, que espera su regreso mientras ingeniosamente evita a sus pretendientes —el sudario de Laertes que tejía y destejía cada noche...

Telémaco, hijo de Odiseo, que madura durante la ausencia de su padre e investiga sobre su paradero.

Atenea, diosa de la sabiduría, que apoya a Odiseo y a su familia.

Poseidón, dios del mar, que persigue a Odiseo con su ira por haber cegado a su hijo Polifemo, el cíclope.

La Ilíada y *La Odisea* han influido en innumerables autores a través de los siglos y han sido una fuente inagotable de inspiración para obras de teatro, poesía, arte y cine. Siempre les digo a mis alumnos que los temas de la literatura han sido los mismos a lo largo de la historia: el honor, el coraje, la astucia, el amor y la lealtad.

Estas obras, atribuidas a Homero, se siguen leyendo y estudiando por su riqueza narrativa y sus poderosos temas. Me encantaría que continuaran fascinando a lectores de todas las edades, desde jóvenes que las descubren por primera vez hasta académicos que las analizan con profundidad.

Gracias, papá.

Los libros como refugio

Ana Claudia Zamudio Aguiar

De vez en cuando, Platero deja de comer y me mira...
Yo, de vez en cuando, dejo de leer y miro a Platero...

Platero y yo

El hombre no esta hecho para la derrota.
Un hombre puede ser destruido, pero no derrotado.

El viejo y el mar

a Lilia Aguiar Jiménez

En la filosofía budista se dice que nada de lo que experimentamos es fortuito, cualquier circunstancia surge de nuestros pensamientos, palabras y actos, hábitos que repetimos una y otra vez, desde el tiempo sin principio, y que determinan el ambiente y lugar donde naceremos, vida tras vida. Desde esta perspectiva, no es azarosa mi inclinación hacia la literatura. Mi padre, ingeniero químico industrial, trabajador de Pemex durante toda su vida profesional, escribía poemas y pintaba cuadros al óleo en sus tiempos libres, acompañado siempre de los conciertos de Beethoven, los nocturnos de Chopin, el Réquiem de Mozart, las estaciones de Vivaldi... su disposición a la poesía, a la pintura, a la música y al arte en general, no tenía pretensión alguna, simplemente el placer y relajarse. Eran los años setenta, en el librero familiar prevalecían sus libros favoritos: Francisco de Quevedo, Amado Nervo,

Octavio Paz, José Emilio Pacheco, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, García Márquez, José Ingenieros, entre otros. Por su parte, mi madre, ardua lectora de literatura universal y filosofía: Tolstoi, Chejov, Dostoievski, Flaubert, Aristóteles, Platón, Homero, Víctor Hugo... ella escuchaba y cantaba al ritmo de Óscar Chávez, Tehua, Chavela Vargas, Joan Manuel Serrat, Chabuca Granda, Mercedes Sosa, entre otros. De manera especial captaban su interés los libros de biografías de personajes célebres, ya fuera por su trascendencia en la historia universal o en la historia del arte. Y aunque no puedo recordar que me leía cuentos infantiles al dormir, sí que le gustaba hacernos, a mis hermanas y a mí, un resumen puntual de sus lecturas diarias, cuando íbamos rumbo al colegio o mientras la acompañábamos a cocinar. Con sin igual entusiasmo nos compartía las situaciones o acontecimientos que más le impactaban de lo que había leído. Esa fue la tierra fértil de mis primeros años, pero, como suele ocurrir a quienes hemos tomado los libros como refugio, son ciertos ejemplares en específico los que nos plantan sus semillas, los que germinan y crecen en el campo literario personal. O al menos así fue en mi caso, considero que dos libros me marcaron. Y los dos fueron obsequios de la misma persona, y cada uno de ellos, en mi cumpleaños. El primero debió haber sido alrededor de los diez años, no lo recuerdo con exactitud, pero sí recuerdo quién: mi tía Lilia, la hermana menor de mi madre, fue quien puso en mis manos, en mis ojos y en mi corazón tales regalos.

***Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez**

Publicado por primera vez en 1914, *Platero y yo* es una prosa poética en la que Juan Ramón nos muestra la vida cam-

pirana de su natal Moguer, Huelva, en Andalucía, España. En secuencias o viñetas breves y exactas, describe principalmente la relación entrañable con su compañero y amigo, el burro blanco Platero, mediante la descripción de su experiencia sensorial durante las distintas horas del día y su convivencia al relacionarse con los distintos personajes y animales del pueblo, siempre al lado de Platero. El uso magistral del lenguaje subjetivo y la riqueza puntual al adjetivar para mostrarnos los paisajes rurales y las situaciones del pueblo son los recursos perfectos que Juan Ramón sabe emplear para descubrirnos su mundo interior, casi con la mirada inocente de un niño, en un tierno diálogo del poeta adulto con Platero, que transforma en confesiones para el lector, a quienes delicadamente nos sumerge en su íntima conciencia emocional. *Platero y yo* pertenece al movimiento literario del Modernismo; como sabemos, los modernistas buscaban la belleza y su expresión subjetiva, ponderando la originalidad poética y estilística para romper con lo anteriormente establecido. La obra no solo cumple con las características del modernismo, además es considerada una pieza representativa de la literatura española. Y aunque no es la obra de Juan Ramón preferida o más apreciada de los críticos literarios, si es acaso la más popular.

Recuerdo esa primera lectura, lo fui leyendo despacio, varias veces, deteniéndome viñeta por viñeta, recreando en mi imaginación la blancura de Platero, lo veía saltar por los prados, perseguir las mariposas, a las niñas y los niños, o herido por las espinas, beber agua en el arroyo, sangrando por las sanguijuelas, y jugando con la perrita Bianca. Los colores diferentes en el cielo del amanecer, al atardecer, en la noche o durante la tormenta, las flores, y los detalles de sus colores y aromas, aves, insectos y sus cantos. Debo confesar que despertó en mí un gran asombro el que un señor

mayor, de cara tan delgada, algo demacrada, sin cabello y de barba blanca (imagen que me mostraba la contraportada y a la que volvía una y otra vez) describiera de una manera tan tierna y respetuosa a su burrito: en lugar de patas, Platero tiene manos y en vez de hocico, boca. Aunque en la misma contraportada detalla que es un relato para niños, no me parecía que el narrador personaje lo fuese. Y no lo es. Después, en mi adultez, he leído análisis literarios donde afirman que la voz poética, el narrador es el mismo poeta: autor, narrador y personaje: Juan Ramón Jiménez, es decir, *Platero y yo* es un relato autobiográfico escrito entre 1905 y 1912, cuando regresa a Moguer, después de pasar algunos años en Madrid y Francia.

Con *Platero y yo*, Juan Ramón me enseñó el amor hacia los animales y hacia la naturaleza, por medio de la contemplación sublime y un respeto casi reverencial hacia todo lo que le rodea, sean niños, mujeres, hombres, aves, flores, frutas, viento, cielo, nubes, estrellas, sol, luna, tormenta, arroyo, lluvia, en especial hacia su amigo, el burro Platero, y hacia el dolor inevitable de la separación ante la inevitable muerte, destino común que a todos nos aguarda sin remedio. Juan Ramón Jiménez me mostró en *Platero y yo* que la bondad es una parte profunda de la naturaleza humana, con un estilo pulcro y recursos poéticos cuidadosos, características que cultiva en toda su creación literaria. No es fortuito que en 1956 le hayan otorgado el Premio Nobel de Literatura.

***El viejo y el mar*, de Ernest Hemingway**

Como comenté anteriormente, también fue un obsequio de mi tía Lilia, y en este caso sí puedo precisar el momento exacto ya que escribí la fecha del regalo en la por-

tadilla: 24 de mayo de 1980, es decir, recién había cumplido 14 años.

La historia de *El viejo y el mar* se desarrolla en La Habana, Cuba. Es una novela breve, de 127 páginas, su edición original en inglés se publicó en septiembre de 1952, por la revista *Life*, en una sola entrega; en ella Hemingway emplea un lenguaje claro, directo, con una estructura lineal en las que prevalecen los párrafos cortos, de palabras concretas y exactas: la historia acontece en el lapso de cinco días, aunque la travesía marítima del viejo pescador tiene varios momentos en los que el narrador omnisciente nos remonta a otra época de su vida por medio de los recuerdos de Santiago. Como mencioné antes, fue escrita con un lenguaje directo y hasta podría decirse que uno especializado de pescadores, la obra completa en sí misma se presta a una profunda interpretación ya que en ella abundan los simbolismos, además de que emplea a la perfección su tan famosa teoría del iceberg, como sabemos, el relato solamente nos muestra la “punta”, la superficie de lo que en realidad nos quiere decir el escritor, el resto permanece oculto precisamente en la simbología de los elementos que componen la obra literaria. La novela *El viejo y el mar* es una metáfora en sí misma de las diferentes batallas, tanto internas como externas a las que el ser humano se enfrenta: el mar representa la vida, el gran pez casi imposible de capturar, los anhelos y metas personales que en ocasiones suelen ser tan difíciles de conseguir; los depredadores, cada uno de los obstáculos y vicisitudes que hay que desafiar. Ernest nos pone frente a la ineludible soledad humana, esa que debemos enfrentar sin remedio en diferentes momentos de la vida, pero, sobre todo y principalmente, a la hora final de la vejez, y en su consecuencia inevitable: la muerte. Er-

nest Hemingway pertenece a la generación de escritores estadounidenses llamada “Generación perdida” en la que se incluyen a los escritores que participaron activamente, como voluntarios o corresponsales, en la Primera Guerra Mundial, ya sea que hubieran regresado o decidieran permanecer en Europa, se vieron afectados por tan cruel experiencia, las matanzas descarnadas, el dolor y crueldad de la guerra les condujo a una pérdida del sentido de la vida y a un profundo desánimo de la moralidad y la sexualidad, no solo a nivel personal, también a nivel social, cuestionando el comportamiento convencional de los grupos representativos. Además de Hemingway, entre los representantes de dicha generación también se incluyen a Ezra Pound, F. Scott Fitzgerald, Cummings, Steinbeck y McLeish, entre otros.

Descubrí que después de 44 años de haber leído *El viejo y el mar*, recordaba muy poco; lo entrañable de la experiencia, eso sí. Tuve que volver a leerlo, no sin antes hacer un ejercicio para obligarme a evocar esa primera lectura a los 14 años. La imagen que vino a mi memoria fue la del muchacho Manolín, entre peñascos, bajando y subiendo a la choza para atender al viejo Santiago, quien había sido su aprendiz de pescador desde los cinco años y ahora sus padres le habían prohibido salir de pesca con el viejo pues llevaba cuarenta días de no pescar nada. En el inicio del relato, la cuenta asciende ya a ochenta y cuatro días, muy mala la suerte del viejo, decían... pero ¿se muere el viejo al final?, ¿por qué lloraba el muchacho? ¿por qué lo evoco tan triste y preocupado, cuidando al pescador en su lecho? Con tales preguntas, inicié mi segunda lectura. No cabe duda de que el punto de vista, subjetivo como simple lector, al margen de análisis o interpretación literaria y académica, al menos en mi caso, se ha visto afectado por

los tan diferentes aspectos y estadios por lo que atravieso hoy día. A mis actuales 58 años, me veo completamente identificada con el viejo y su implacable travesía de cinco días distanciado de la costa, su ancla, en pleno mar abierto sin más compañía ni recursos posibles para sobrevivir más que todo lo que él ha sido y es, en ese preciso momento, en su vejez. A los catorce años, *El viejo y el mar* me enseñó el respeto hacia las personas mayores, sobre todo hacia quienes han sido nuestros maestros, nuestras guías en este insólito acontecimiento al que llamamos vida. Así fue como Manolín permaneció en mi memoria durante tanto tiempo, siendo que solo aparece en las primeras veinticuatro páginas y en las últimas seis de todo el relato.

Contrariamente a *Platero y yo*, puesto que fue uno de los primeros libros publicados por Juan Ramón Jiménez en su juventud, *El viejo y el mar* fue el último libro que publicó Hemingway en vida, con el cual obtuvo el premio Pulitzer en 1953. Un año después y dos antes que Juan Ramón Jiménez, Hemingway recibió el Premio Nobel de Literatura, en 1954. Las dos obras coinciden en que son consideradas las más populares de ambos escritores.

De las pocas cosas que sustraje de la casa materna al partir, fueron precisamente estos dos ejemplares: *Platero y yo* y *El viejo y el mar* que celosamente aún conservo. *Platero y yo* es una edición de 1977, la vigésima sexta publicación de la colección *Biblioteca Auriga* de Fernández Editores, muy famosa en aquella época; ofrecía obras como *El principito*, *Mujercitas*, *Marcelino pan y vino*, *Corazón*, *Flor de leyendas...* (algunas más que ahora no recuerdo) y ponía al alcance de los niños verdaderas joyas, libros clásicos de la literatura universal, también presentes en el librero de mi familia. Mi libro de *El viejo y el mar* es una publicación de 1978, en su séptima edición de la todavía existente Edi-

torial Época de la Ciudad de México. En la página de cortesía tiene adherida una pequeña etiqueta que dice: “Librería ‘Madero’ junto al Templo Las Monjas Tel. 2-19-93 Morelia, Mich.” En ese tiempo, mi tía Lilia era una joven-cita que estudiaba Economía en la Universidad Michoacana de San Nicolás, con toda certeza adquirió la novela en ese lugar. El ejemplar es de pasta dura en color rojo con el título en letras doradas, lo cubre, a manera de forro, una portada blanca con la imagen a color de un anciano en un bote en medio de un infinito mar azul. Lo abro y cierro a medias, muy cuidadosamente, porque sus páginas están punto de desmoronarse en mis manos.

Yo quería ser psicóloga

Patricia Velasco

Nací el 2 de enero de 1973. Soy Patricia Adriana Velasco Medina, Patricia desde que nació, Adriana producto de una lista de nombres que hice cuando mis padres (Patricia Medina Gómez y Germán Velasco Anguiano) estaban entrando en su proceso de divorcio y me cambiaron de escuela. Por alguna extraña razón mi acta de nacimiento no aparecía y “aprovechamos” para “cambiarme” el nombre. Afortunadamente el secretario del registro civil se percató de la “sugerencia” de mi papá, y en su enorme máquina de escribir (era el año 1981) tecleó “Patricia” y me preguntó: Patricia... ¿qué? y yo completé con el otro nombre. Qué bueno que rescaté mi nombre porque es el de mi madre, Patricia Medina, aunque en mi edad adolescente lo lamenté, precisamente por el tema que hoy me atañe: contar mi historia de cómo llegué y permanezco en el mundo de la literatura.

A lo largo de mi camino, cuya sinuosidad he aprendido a convertir en tersura, llego a la conclusión de que soy, primero, persona; estudié la licenciatura en comunicación, escribo, principalmente poesía, pero también ensayo y guion. Gracias a la formación que me dio mi madre, comulgo con el pensamiento feminista; también hago locución y gestión cultural. Pero no soy lo que hago; ni siquiera soy Patricia. Me representa mi nombre y a lo que me dedico, pero no soy eso. Trazo mi ruta trabajando en despersonalizar mi vida mediante la meditación filosó-

fica sobre lo que significa ser y estar en este mundo que amo y que me duele, para poder servir y aportar lo que me toca aquí y ahora, pensando también en las siguientes generaciones.

Entre los susurros de mis pensamientos y los versos que se extendían delante de mí, desde el pulso de mi madre, crecí navegando entre las corrientes de su palabra, forjada en su corazón lastimado y arrojada en tempestad a su hoja en blanco, y a nuestra vida, la de sus tres hijas.

Vengo de una mujer para quien la poesía es más que un arte; era, y es, su modo de vida. Mi madre, una mujer que se rehízo varias veces (y lo sigue haciendo), muy aparte de los cánones familiares y sociales: mujer y poeta de carácter y versos imponentes, que tal como irradiaba vida, ha irradiado muerte. Negociando sus batallas internas, vive por su fuerza inquebrantable y su asidero más fiel: la poesía. Su influencia y su ejemplo son indelebles en mi vida.

Mi primer encuentro con la hoja en blanco fue a los ocho años, cuando la noticia del divorcio de mis padres resonó tan fuerte, que fui a sentarme al escritorio donde mi madre pasaba las horas tecleando su pequeña máquina de escribir azul, marca Olivetti, y, como si ya dominara el proceso, inserté una hoja y teclee mi primer verso: sus palabras son flechas en mi corazón.

Si mi madre no estaba leyendo, estaba escribiendo. Si intentaba distraerla me señalaba el librero; así que los libros se convirtieron en mi forma de diversión, en mi refugio, y en ocasiones en mi desconcierto, porque hubo lecturas no idóneas para mi edad que no entendía. También en esos años descubrí la radio, porque mi mamá me llevaba a la JB, cuando se ubicaba por avenida Alcalde, a grabar voces para cuentos infantiles que se transmitían

los fines de semana. Creo que ahí nació mi encantamiento con este maravilloso medio de comunicación.

Durante mi adolescencia temprana me preocupaba más mi calificación en la clase de español que en todas las demás, me sentía mucho más capaz en esos menesteres que el resto de mis compañeras (estudiaba solo con niñas, en colegio de monjas) y los recreos los pasaba hablando sobre libros con mi maestra de esa materia. Mis compañeras me consideraban aburrida, pero yo me divertía.

Con las tribulaciones que acarrearán los cambios cuando se cumple quince años, la sensibilidad apresurada y la enorme necesidad de mentar madres (literalmente), pasaba mis clases de preparatoria escribiendo poemas al final de mis cuadernos, y reprobando matemáticas, lo que causaba gran indignación en mi tío Alejandro, ingeniero y genio matemático, hermano de mi madre y con quien vivíamos (habitábamos esa casa, él, mi tío Hugo, mi tía Carolina, mi madre, mis hermanas Ileana y Gabriela y mi abuela Carolina) porque casi casi deshonoraba a la familia, (pues su padre, mi abuelo, Arturo Medina Altamirano, había sido también un gran ingeniero, quien en su tiempo hizo los cálculos para saber a qué distancia deberían colocarse los gatos hidráulicos debajo del edificio, que hicieron posible mover la telefónica en el centro de Guadalajara). Así que, con mi lápiz como bastón y mis cuadernos como cómplices, daba salida a todo aquello que traía cargando.

Un día, al regresar de la preparatoria, encontré encima de mi cama esas hojas arrancadas que yo guardaba celosamente debajo de mi colchón (porque mi madre les decía a sus alumnos en sus talleres que los poemas que no le servían a la literatura eran para el colchón). Ese día —también— ardió Troya; me sentí invadida, descubierta, evidenciada. Yo no quería que mi mamá supiera que

escribía. Yo no quería que pensara, siquiera, que la imitaba. Pero mientras yo le reclamaba su invasión, ella me reclamaba el que yo no le hubiera contado que estaba escribiendo. De todo lo que dijimos en esa discusión, recuerdo muy bien su frase matadora: tienes con qué, ven a mis talleres. Y comencé a asistir a los talleres literarios de Patricia Medina, que impartía en un salón, de lo que entonces era la Casa de la Cultura Jalisciense, en donde el área de estudios de Litteralia tenía asignado un espacio.

Fueron pocos años los que quise estar bajo la tutela de Patricia Medina como maestra; me sentía una intrusa en un mundo dominado por su inteligencia y su talento. Era muy difícil disociar su rol de maestra del de madre: cuando me corregía (con ese rigor que la caracterizaba) yo sentía que era personal, que era más ruda conmigo que con los demás alumnos, y cuando me decía que estaba bien, ya fuera un verso o un poema, sentía que no estaba siendo objetiva; y por eso me fui. Mi reflexión era que, si mi madre era autodidacta, yo también lo sería, por lo menos en el terreno de la literatura. Y así ha sido, porque tampoco estudié Letras, aunque en últimos tiempos he pensado en estudiar esta carrera, solo por gusto.

Estudiando la preparatoria estaba convencida de que quería ser psicóloga; dicen que las personas que quieren entenderse a sí mismas quieren ser psicólogas. Pero estando en los tiempos para elegir mi carrera profesional caí en cuenta de que la poesía me había transformado, de alguna mágica manera había desatado el nudo de mi garganta y, con ello, modificado mis aspiraciones; lo que me llevó a recordar la emoción que sentía de pequeña cuando asistía a las cabinas de la JB y tenía un micrófono delante de mí: imaginaba que mi voz era una estela blanca que se metía en los oídos de las personas, subía

hasta su cabeza, y luego bajaba y envolvía su corazón y su estómago. Entonces me decidí a estudiar ciencias de la comunicación; además de todo, porque las herramientas fundamentales para un comunicólogo, son las palabras (no solo para ellos, pero ese es otro tema) y yo me consideraba apta en ellas. A lo largo de esos años, en la lucha por comprender el mundo que me rodeaba y la vida que yo había elegido cósmicamente, las palabras hechas verso o prosa poética siguieron siendo mis compañeras. Esto, aunado al pensamiento crítico que se fomentaba en el aula, gracias a los grandes maestros que tuve como guías, y a mis vivencias familiares y personales, mis cuadernos de la carrera también terminaron llenos de poemas, de atrás para adelante.

La poesía no flota en el vacío, se entreteje con la realidad, con la experiencia humana; y mi carrera como comunicóloga terminó de cerrar la pinza de lo que creo hasta ahora: la poesía debe comunicarse con el otro, debe resonar en lo profundo del ser que la lee o la escucha, porque la poesía desentraña misterios y da voz a los silencios que no han podido ser nombrados.

En el año 2001, sintiendo todo el miedo del mundo, Literalia Editores publica mi primer libro *Inscripciones de abril*, testimonio, en su mayor parte, de la catarsis de mi relación con mi madre; es un libro que aún me pesa, por todo lo que significa, pero gracias a él entré en un proceso reflexivo en el que me planteaba qué era lo que anhelaba comunicar con mi poesía; entonces me puse de tarea buscar la luz, lo que resultó en un libro bilingüe francés-español publicado en 2005 por Ecrit des Forges y Literalia Editores, titulado *Viene la luz*; verso que sigo considerando una guía para lo que sigo persiguiendo: la luz, sea cual sea la definición que cada quien tenga de ella, es decir, todo lo

opuesto a la oscuridad, sea cual sea la representación que cada quien tenga de ella.

Un querido maestro de la universidad, Francisco Aceves González (quien, dicho sea de paso, presentó mi primer libro en mi alma mater, la Universidad del Valle de Atemajac, iniciando con la frase: esta muchacha nunca tomaba notas de la clase, se la pasaba escribiendo poemas), me preguntó un día: ¿y el amor? ¿dónde está el amor en tu poesía? Caí en cuenta de que este tema no me había motivado para la poesía, lo que resulta algo extraño, pues la mayoría de quienes llegamos a ella nos iniciamos en este estadio, porque los detonantes son muchos; pero creo que influyó, en gran medida, la formación que tuve de mi madre, y la poesía de las autoras y autores que leí, en donde las mujeres éramos consideradas objetos de la poesía y no sujetos de ella. La cosa es que nunca tuve la inquietud de escribir poesía con este tema; a mis novios les escribía cartas, pero no poemas. Así que, como reto, me di a la tarea de hacerlo, lo que resultó en mi tercer libro, publicado en 2010, también por Literalia Editores, *Mientras se acaba el mundo*, título derivado del verso: dos miedosos asoman la nariz / mientras se acaba el mundo; o sea que ese libro, de amor, amor, lo que se dice amor, tampoco lo fue.

Luego entré en una crisis (¡otra!) sobre si quería, o no, seguir escribiendo poesía (pero seguía escribiéndola) para publicarla. Leía (y leo) mucho sobre poética y ensayos filosóficos, me apasionan. También escribía ensayos sobre mis reflexiones en torno a la propia poesía, la poesía de quienes me invitaban a presentar sus libros, y sobre otros temas y guiones para otras vías (por mi carrera profesional y por el programa *Al pie de la letra*, que se transmite en Sistema jalisciense de radio y televisión). También reunía antologías por encargo, entre otros proyectos, gracias a

mi querido Jorge Souza (quien me invitó en dos ocasiones a colaborar en la colección Hugo Gutiérrez Vega con dos antologías temáticas de poesía) lo que me permitía leer y leer, que es lo que más disfruto, incluso más que escribir. Leer a las y los poetas maravillosos, me embelesaba, y también contribuía a esa crisis en la que me planteaba no volver a publicar poesía.

En la combinación de mi vida como comunicóloga y poeta, un hilo vital que se entrelaza con la pasión por la palabra hablada es, precisamente, *Al pie de la letra* el programa radiofónico que fundó Patricia Medina, y que produzco y conduzco desde su nacimiento en octubre el año 2004. Este programa se ha convertido en una opción literaria para aquellos que, erróneamente, creen que la poesía y la literatura son mundos reservados exclusivamente para eruditos y letrados. En cada emisión del programa, mi misión es clara: derribar las barreras que separan a la poesía del público en general, llevando las palabras de las y los poetas a los oídos de todos aquellos dispuestos a escuchar. A través de la magia de la radio, transformo la lectura de poesía en un acto vivo, accesible para todos. Porque la poesía, para mí, es comunicación en su forma más pura, un puente que une realidades, corazones y mentes, mediante ondas sonoras.

Mi formación como locutora y mi tránsito por el teatro universitario han sido pilares fundamentales en la re-dimensión de lo que significa leer poesía en voz alta. Cada palabra, cada pausa, cada inflexión de voz, se convierten en herramientas para transmitir la esencia de los versos, para capturar la atención y despertar la imaginación de quienes nos acompañan en ese instante del viaje.

Dentro de mi labor como divulgadora de la palabra escrita he organizado una serie de eventos culturales, prin-

principalmente enfocados en la literatura. Desde encuentros de lecturas hasta subastas de arte, cada evento es una celebración a la creatividad.

Uno de los proyectos más queridos para mí es el festival ¡LiberFilia!, que desde su primera edición en 2021 ha crecido, coincidiendo su realización con la Feria Internacional del Libro. ¡LiberFilia! (que sucede en la terraza de Patán Ale House) se ha convertido en un espacio de encuentro para autores y editoriales independientes, quienes con pasión y entusiasmo son los grandes hacedores de la literatura de Jalisco. Mediante estas iniciativas, mi quehacer como comunicóloga, gestora cultural y poeta, se nutre y encuentra puntos de convergencia: la palabra escrita y hablada se entrelazan en mi misión de seguir compartiendo con el mundo, una palabra a la vez, una emisión a la vez, una fiesta de la palabra a la vez.

Durante esos años de búsqueda y crecimiento, participé en lecturas públicas y encuentros de escritores, en donde el universo literario se presentaba ante mí en toda su diversidad. Conocí y conviví con las y los poetas videntes, algunos herencia viva también de mi madre, y con otros grandes que ya se han ido y que tuve el honor de conocer, como Alí Chumacero, Juan Gelman y Juan Bañuelos, quienes, con gran generosidad, dedicaron su valioso tiempo a responder mis preguntas, cada uno en algún momento significativo y específico, porque yo seguía indagando qué había en mí que importara, como para sumarse al enorme valor de la poesía.

Pero la poesía no es solo creación personal, para mí es, también, enseñanza (ocioso es decir que mi madre, en su quehacer en los talleres de poesía, intuitivamente encaminó a sus alumnos para convertirse en talleristas), lo que me entusiasma mucho: compartir con aquellos que anhe-

lan escribir. Por eso en 2010 comencé a dedicar parte de mi tiempo a impartir talleres de poesía y escritura creativa, tratando de guiar a otros en el camino de descubrir su propia voz, compartiendo con mis talleristas mi pasión y visión sobre la poesía, la filosofía, la estética; desmenuzando libros, provocando lecturas para ellos, y asistiendo a lecturas y encuentros con ellos. Este grupo de escritura creativa, en ocasiones de muchos integrantes y otras veces de pocos, se llama Puente Poesía, porque considero que la poesía es el puente más firme para llegar a cualquier otro género.

Hace un tiempo, asumí la responsabilidad de encargarme de los trabajos operativos de Literalia Editores, la editorial que fundó mi madre hace ya casi treinta años. Ha sido un honor y una gran responsabilidad continuar su legado, llevar adelante su visión. Sin embargo, recientemente decidí emprender mi propio camino, fundando Puente Poesía Editores; un puente entre las dos Patricias, un puente entre los escritores y el texto publicado, un puente entre la herencia y el presente.

En 2020 y 2021 tomé talleres de poesía con Luis Armenta Malpica, y entre las lecturas que nos proporcionó, las reflexiones en grupo y mis propias demandas creativas, se me encendió la llama: comencé a generar poemas con registros que me traducían y al mismo tiempo comunicaban ese “algo” que andaba buscando.

Y llegó la pandemia (ya sabemos a lo que se nos obligó: el encierro); y un día de tantos, estando sentada en el sillón de mi pequeño patio, un acto de observación me llevó al hallazgo para canalizar todo un libro que terminó llamándose como ese insecto que vi volar hacia un foco encendido y caer muerto: *Efímeras*. Lo terminé y se lo envié a Luis Armenta Malpica, con la firme convicción de que,

si no era aceptado, no volvería a intentar publicar, por lo menos poesía (la dejaría “para el colchón”), porque ya hay muchos poetas, y muchos que son excelsos.

Además de considerarlo mi hermano (por ser alumno de mi madre, amoroso y cercano a mí), respeto mucho el trabajo poético de Luis Armenta Malpica, y por supuesto su visión y trabajo como editor de una editorial que se ha consolidado publicando solamente poesía, lo que considero una hazaña (creo que publicar poesía, sobre todo en estos momentos del mundo, se considera una hazaña, y hacerlo de manera independiente, pues doble hazaña). Pero para mi sorpresa, el libro fue aceptado y publicado en 2022 por Mantis Editores, en coedición con Guadalajara, Capital Mundial del Libro. Que este libro haya sido aceptado para ser publicado es muy significativo para mí, porque me regresó la confianza en mi poesía; representa el valor a todo lo que he trabajado para forjar mi propia voz, considerando quién es mi madre.

Habían pasado doce años para volver a publicar un libro. No, no tengo prisa por publicar, he respondido. No, no temo perder vigencia, he respondido también (valga decir que la poesía no pierde vigencia, y claro que a ella aspiro). Porque considero que la poesía no es un acto de visibilización personal, es un acto de congruencia conmigo misma, dentro de procesos creativos que involucran no solo recursos poéticos, lingüísticos, ideas y temas vigentes; sino también una visión del mundo que se alimenta cada día con lecturas, con la vida misma y con una postura estética sobre el mundo y sus cosas.

Cuatro libros publicados hasta el día de hoy, y cada uno ha sido un peldaño más en la escalera hacia mí misma y hacia la resonancia que deseo que provoquen en quienes me lean, incluso cuando me haya ido.

En el vasto y diverso horizonte de la poesía, mi corazón siempre ha latido al ritmo de las voces femeninas. Desde las épocas más antiguas hasta los tiempos contemporáneos, las mujeres poetas han sido guardianas de la esencia del lenguaje, tejiendo la historia del feminismo en el entramado inmortal de la palabra hecha poesía. Mi amor por las mujeres poetas es más que un simple acto de apreciación estética; es un compromiso, una defensa de su voz y su legado.

A lo largo de la historia, las mujeres han enfrentado innumerables obstáculos para alzar sus voces en un mundo dominado por la masculinidad; pero su resiliencia, su creatividad y su valentía han tatuado la historia de la literatura. Desde las musas inspiradoras de la antigüedad hasta las visionarias vanguardistas del siglo XXI, cada mujer poeta ha aportado una perspectiva única, una mirada íntima al mundo que la rodea. Sus versos han sido un reflejo de sus luchas y esperanzas. En cada página de la historia de la poesía hecha por mujeres, veo los rostros y escucho las voces de las ellas, quienes han retado las convenciones, han desafiado las expectativas y han trascendido los límites impuestos por una sociedad patriarcal. Desde Safo hasta Sor Juana Inés de la Cruz, desde Emily Dickinson hasta Sylvia Plath, desde mi querida Rosario hasta las que hoy escriben, su legado perdura y se prolonga, alumbrando el camino para las generaciones venideras de mujeres poetas.

El feminismo que heredé de mi madre es un legado por la igualdad y la justicia. Su lucha por los derechos de las mujeres, su compromiso con la liberación de las voces silenciadas, también han sido inspiración en mi propio viaje como poeta y como mujer. En mi propia obra busco honrar y celebrar la rica herencia de las mujeres poetas,

apostando a que las palabras tienen el poder de transformar realidades. Por eso me uno al coro de mujeres que claman por la igualdad, la justicia y la libertad. Porque en la poesía de las mujeres encuentro el eco de mi propia voz, la fuerza de ser mujer y el infinito poder de la palabra. Gracias a ellas estoy aquí.

Hoy, a mis cincuenta y un años de edad, miro hacia atrás y veo todo el recorrido, un camino marcado principalmente por mi madre, con su fuerza, sensibilidad e inteligencia; su enorme estatura como poeta, contundente y multipremiada, que mucho influyó para cuestionarme en varios momentos si quería seguir sobre esta vía, y si algún día dejaría de ser “la hija de”.

Pero como ella misma dice: Ser poeta no se quita, no es gripe. Así que, entre la sombra de su grandeza y la luz de mis propias búsquedas, continuó mi camino. Aprendí a abrazar a la poesía con humildad y gratitud, reconociendo que cada verso que logro es un regalo. Y aunque los desafíos personales son permanentes, sé que mientras tenga a la poesía, siempre tendré el camino encendido.

Pues yo quería ser psicóloga, pero la poesía me vino en la sangre y sigue resolviendo los enigmas de mi existencia, con alcances superiores, a responder mis preguntas: Ella sabe bien cuándo y cómo responderme, o qué preguntas necesito cambiar; y al tiempo, leyendo y escribiendo, dilucida mis búsquedas, en versos.

Bomarzo

Mario Heredia

Y aun así, en ese júbilo tristísimo algo canta:
es el alma, pequeña luz que sueña en medio
de los grandes monstruos, cada vez más igual
a sí misma, más sedienta de palabras blancas.

María Negroni

Tú que entras acá pon tu mente/ aparte/ y dime
después si tantas/ maravillas/ son hechas por
engaño/ o por arte

**Inscripción bajo una esfinge
a la entrada del Bosque Sagrado
de Bomarzo**

Para Alfredo Cano

¿Era el nombre del protagonista?, ¿el de una ciudad? En la tapa blanca un perfil estilizado, color vino, de un obispo o de alguien de la iglesia, nada más. Al autor tampoco lo conocía, la verdad es que a esa edad conocía pocos autores. Si hubiera sido en esta época podría haber buscado el nombre en Google y enterarme que era un escritor argentino y el título del libro un pequeño pueblo de Italia donde hay un castillo, y donde está el famoso jardín de los monstruos que mandó construir el atormentado duque Pier Francesco Orsini.

Pero abrí el libro sin saber nada y esperando todo, como hacíamos entonces los adolescentes. Una puerta que al abrirla no sabíamos a dónde nos arrojaría. A los jóvenes nos gustaban los misterios y soportábamos mejor la lentitud de la vida, la lentitud en el saber, la lentitud de los acontecimientos. Así que comencé con la novela. No había leído más de tres páginas y la realidad ya se esfumaba un castillo, un duque, su horóscopo, la magia. Voz cálida y a la vez orgullosa, con un dejo de dolor y de luz. “Sandro Benedetto, físico y astrólogo de mi pariente el ilustre Nicolás Orsini, condottiero a quien, después de su muerte, compararan con los héroes de la *Iliada*, trazó mi horóscopo el 6 de marzo de 1512, día en que nací a las dos de la mañana, en Roma. A las mismas dos de la mañana había visto la inquieta luz del mundo, en una aldea etrusca, Miguel Ángel Buonarroti. La concordancia no fue más allá de un fortuito coincidir de horas y de fechas. En verdad los astros que presidieron nuestras respectivas apariciones en el ajedrez de la vida dispusieron sus piezas en el tablero para muy distintas jugadas...”. Era una sola respuesta a esa melancolía que entonces oscurecía el tiempo. No saber ni entender, ni siquiera un poco, el por qué en este mundo. Así que mis ojos empezaron a seguir obsesivamente esas letras, y las letras a dialogar con ese noble jorobado. Hoy que trato de entender de dónde nació mi obsesión por él, encuentro varias respuestas. La primera la soledad, la segunda la incomprensión, la tercera la injusticia. Un noble del siglo dieciséis y un ciudadano común. Yo no tenía la espalda contrahecha, pero sí el alma.

Mientras caminaba junto al duque por los oscuros corredores del castillo, por las lúgubres tumbas etruscas, las sucias calles de Roma, seguidos siempre por las sombras de los venerables osos de su escudo, fui tomando consciencia

de que al lograr atravesar esas páginas podía luchar contra la realidad y, al final, vencerla. Porque en los signos de la tinta no había límites, todo se podía lograr. Pier Francesco, niño deforme y afeminado, llega a ser duque de Bommarzo, ¿cómo? porque los astros dictan su futuro desde su nacimiento, como el del genial Miguel Ángel, como el mío: los osos, su abuela Diana y la magia, logran que aquel débil ser se convierta en el gran duque. Algunos dioses y astros similares convirtieron a Miguel Ángel en el genio del Renacimiento ¿y yo? Eso no lo supe entonces, pero pude imaginarlo, y eso me dio la fuerza para seguir adelante. Aún sigo tratando de descubrirlo, es lo que me mantiene vivo, porque puedo seguir creando otros mundos donde yo dicte quien será quien. En la novela es la Italia del Renacimiento, la de los grandes hombres: *El fin justifica los medios*, dijo entonces Maquiavelo. Ese pasado tan real como uno quisiera leerlo fue la solución para un presente tan irreal como el mío. Esa necesidad que confundí con tantas aberraciones no era otra cosa que la necesidad de escribir. Y así comenzó todo, gracias a un duque jorobado y a un extraño escritor que poco a poco fui reconociendo.

En 1958, Mujica Laynez visita por primera vez la propiedad de la familia Bettini. En ese entonces El parque de los Monstruos comenzaba a salir de su abandono gracias a la visita de Dalí y de Cocteau. El escritor camina entre la hierba y el silencio, entre aquellas ruinas descubre una vida. ¿Quién puede haber mandado a construir un lugar así? Pier Francesco Orsini, un duque jorobado, dicen. Bibliotecas, registros y un retrato en la Galerías de la Academia de Venecia. Maravillado por ese retrato de Lorenzo Lotto que esconde, con gran maestría, la joroba, se sienta a escribir y, el 24 de noviembre de 1962, un año exacto después de mi nacimiento, se presenta la novela en Buenos

Aires. Doce años después la leo. No estaban tan alejados los nobles renacentistas de los grandes escritores argentinos. Toda esa sensibilidad se podía canalizar, después de todo, hacia algo tan hermoso como la palabra.

Existió Bomarzo o el escritor lo había inventado. Mi tía me aseguró que era un lugar ficticio: *La Negra Parlato acaba de regresar de Italia y estuvo preguntando y nadie conoce ese lugar*. Vivíamos en Orizaba, muy lejos del mundo y muy cerca de los sueños. Lo creíamos todo y no sabíamos mucho. Pasaron años, leí cuatro veces la novela. Bomarzo era tan real como Comala, como Macondo, Yoknapatawpha o Uqbar. Y la voz del duque me seguía, conmovedora, igual que cuando tenía catorce años. Hasta que supe la verdad.

A las ocho de la mañana del miércoles 2 de diciembre del 2009, descendimos del tren. Hacía mucho frío y la humedad calaba los huesos. Tomamos un café en la estación: ¿Cómo llegamos? *Caminando*. Y caminamos por un camino solitario, con un sol tristón y la niebla que, a ratos se dispersaba y nos dejaba ver unas torres en la lejanía. ¿Será Bomarzo? Ascendimos por un bosque, el frío arreciaba. Pregunté a Alfredo si quería descansar. *Si me siento ya no camino*. Mi corazón latía demasiado rápido. El paisaje, como cualquier paisaje de Italia, era demasiado hermoso, ideal como las lunas de Roma o los atardeceres de Siracusa. A lo lejos aparecían castillos, cúpulas entre los pinos añosos. De pronto un cielo añil, de invierno, un cielo de cristal. Por fin la cima y entre curvas el descenso. Cuando ya las fuerzas se nos terminaban, vimos a un viejo campesino junto a un tractor y a un burro. ¿Bomarzo?, pregunté *Sono arrivato a Bomarzo*, nos gritó, levantando los brazos, como si hubiera estado esperándonos. Y al acercarnos percibí que el sonriente rostro del viejo era el de Manuel Mujica Lainez.

Saturno, Giano, Fauno... Proteo grita con su gran boca abierta, allí la tumba etrusca que descubrió el duque y donde se pervirtió la juventud y mi inocencia. Luego Pegaso, el elefante que carga un obelisco, el ninfeo, la casa que pende, Plutón dormido y el Orco, esa entrada al infierno donde sigue viviendo la voz del jorobado. Me siento sobre el silencio, frente al pasado, cierro los ojos y escribo la misma historia que escribiré una y otra vez. Acostado, sobre la banca etrusca, muero. Es un minuto infinito. Los osos me despiertan con sus varoniles lenguas, su vaho apestoso y sensual, sus dolorosas garras. Pier Francesco y todos sus monstruos son el vacío que he ido llenando tantos años: el negro Abdul, Pantasilea, los Medicis, los hermosos pajes, una mezcla de cuerpos y rostros. Me pierdo en el tiempo. Existe el Sagrado Bosque, existe el castillo, existe Pier Francesco Orsini, existe Manuel Mujica Lainez, existo yo. Estoy ahí, en el castillo de un duque perdido en la inmensidad del renacimiento y que la palabra logró reunir conmigo. Este peldaño que toca mi pie derecho, la balaustrada en que se detiene mi mano izquierda, la vidriera sucia por donde alcanzo a ver el valle, la luz extraña, el olor a humedad, mi infancia. Todo se conjuga en un punto. Escucho los pasos renqueando, los pesados vestidos arrastran su decadencia, los pesados cuerpos osunos. Ahora queda claro, la pluma rasga la tela que separa ambos mundos y nos redime.

El Bomarzo editado por Círculo de Lectores se perdió en alguna de esas mudanzas. Compré otra edición en un puesto de revistas: dos tomos color crema, muy feos, me acompañaron muchos años hasta que también desaparecieron. Hoy tengo un ejemplar de la editorial Sudamericana, donde se editó por primera vez. Una edición de 1999, de pasta dura, muy sobria. Elegante, hubiera dicho

con un dejo de ironía Mujica Lainez “antes de que la noche implacable los cegara y me arrastrara, pobre monstruo de Bomarzo, pobre monstruo pequeño, ansioso de amor y de gloria, pobre hombre triste, hacia el bosque de los verdaderos monstruos y de la postrera, invencible, apaciguadora luz.” Cuando un libro se cierra, al igual que una puerta, siempre está la esperanza de volverlo a abrir y que nos sorprenda con algo nuevo. Al escribir pasa lo mismo, leer y escribir, después de todo, son lo mismo. La misma historia que nos sorprende como si fuera la primera vez que la leemos, o que la escribimos. Una y otra vez, el único centro donde convergen los mismos recuerdos, los mismos anhelos, culpas y gozos.

Los libros donde nos leemos

Carolina Aranda Araiza

Hace poco leí una novela de Delphine de Vigan llamada *Las gratitudes*. Novela breve, sencilla, sin mayores pretensiones que la de contarnos la historia de un personaje que al final de su vida conserva entre las manos un agradecimiento que necesita soltar: Michka anhela encontrarse con el matrimonio que durante los años de la ocupación alemana y la persecución de los judíos la salvó de morir en un campo de exterminio, acogiéndola y ocultándola en su casa. Para salvarle la vida, su madre la dejó con ellos prometiendo que volvería por ella. Sus padres fueron asesinados en Dancy y tres años después una prima de la madre que había huido a Suiza regresó por la chica. Hoy anciana, Michka, que nunca les dio las gracias, no querría morir sin mostrarles su gratitud.

Siempre he pensado que nos leemos en los libros; cada uno de ellos trae en el corazón de su historia un rasgo de nuestro propio rostro. La lectura de este libro me condujo a la reflexión sobre la gratitud. De esas gracias profundas que es mejor decir en voz alta antes de que mueran apagadas en nuestro interior. El agradecimiento hacia aquellos con los que estamos en deuda, porque nos criaron, nos cuidaron, nos protegieron en la infancia; el agradecimiento hacia quienes nos brindaron su amistad, nos escucharon con paciencia, nos confirmaron la existencia con su mirada. Las gracias hacia quienes sin saberlo, cambiaron nuestro destino.

Mi destino parecía escrito en las paredes del largo pasillo de mi casa paterna que se llenaba con las voces de las niñas y niños que iban ocupando las habitaciones. Nací en Ocotlán, Jalisco; mis padres se conocieron en la fábrica Celanese donde ambos laboraban y cada año o año y medio les nacía otra criatura que yo, siendo la primogénita, observaba con asombro y curiosidad. Con estas dos emociones que nunca me han abandonado acudí a la escuela, contemplé el paso del ferrocarril por una vía que dividía nuestro pueblo, participé en los rituales religiosos, recibí mis primeros besos adolescentes, abrí los primeros libros que no fueran textos escolares. Ellos habitaban la casa y acompañaban muchas tardes en las que inicié ese proceso de interiorización que abre puertas en el ánimo de una.

Agradecimiento por haber tenido la oportunidad de pertenecer a una familia que pagó por mi educación y me acercó a los libros.

Agradecimiento porque en las historias de nuestro libro de lectura de sexto año, *Corazón, diario de un niño* aprendí a vivir en otras pieles: recuperé la angustia del pequeño escribiente florentino dado a la tarea de escribir secretamente, durante la noche, las fichas con las que el padre se ganaba el pan de la familia; o los meses de viaje del joven adolescente que se lanzó desde Italia hacia Argentina en busca de la madre.

Agradecimiento porque en la secundaria tuve a la maestra de literatura que me miró mirar en los libros y visitó a mis padres para hablarles de esa mirada y les conminó a que no me dejaran en el pueblo y me enviaran a Guadalajara a que ampliara un horizonte que se habría reducido al estudio de una carrera comercial, la búsqueda de un trabajo en las fábricas locales, la conquista de un no-

vio, luego marido, pronto hijitos y la repetición, la reproducción de las estructuras en las que nacimos.

Agradecimiento a esa maestra por cuya mirada me acerqué a la literatura que ha sido mi vida y mi sostén por ya casi cuarenta años.

Agradecimiento a las instituciones que me acogieron en sus aulas para ser ahora yo quien acompaña a decenas de estudiantes con los que he compartido libros, asombros, sorpresas, llantos, indignación; todo lo que un texto literario deja a su paso en nosotros.

Agradecimiento a quienes han confiado en mis ojos para acompañar la escritura de sus propios textos.

Agradecimiento a mi pareja, Alejandra, quien puso en mis manos dos de los libros que han dejado esa marca de agua en mi corazón y en mi mente: uno de ellos *El maestro* y *Margarita* del escritor ruso Mijail Bulgákov y el otro, *Claus* y *Lucas* de la autora húngara Agota Kristof.

La primera es una hermosa novela que tiene dentro otra novela escrita por el Maestro y se trata de una revisión del mito de Fausto y una revisión del *Nuevo Testamento*. Es la personaje, precisamente Margarita, quien pactará con Volland-Mefistófeles para liberar al Maestro mediante el amor; y quien nos permitirá conocer al culpable de la muerte de Cristo en la novela que escribió el Maestro. En ella asistimos a la liberación de una figura central: Pilatos, el quinto procurador de Judea que luego de dolerse en sus arrepentimientos por haber sellado el destino de Cristo, camina al lado del propio Jesús hacia la luna. “Junto a él va un joven vestido con una túnica rota y con la cara desfigurada...” *Ga-nozri*, convencido de que la ejecución que vivió no fue sino un sueño.

Dos imágenes me acompañaron mucho tiempo después de terminada la lectura de *El Maestro* y *Margarita*: la

primera, Margarita Nikolayévna transmutada en una bruja que desnuda y feliz sobrevuela Moscú; ha sobrevivido al aquelarre de *La noche de Walpurgis* sin destruirse, sostenida por su inquebrantable amor al Maestro y su inmutable aceptación de la oscuridad como parte de la vida humana.

La segunda imagen es la esposa del autor, Eléna Sergéevna Bulgákova, acompañando al escritor durante su agonía y corrigiendo la cuarta y última versión de la novela sobre una almohada, versión que finalmente sería publicada.

Todavía no me recupero de haber leído *Claus y Lucas*, la trilogía escrita por Agota Kristof, en la que la autora trabajó por seis años y está formada por las novelas *El gran cuaderno*, *La prueba* y *La tercera mentira*, las tres conforman un retrato múltiple de la complejidad humana. Estos libros marcaron un antes y un después en mi biografía lectora. Nunca antes había leído ni he vuelto a leer algo similar. He intentado ubicar qué es eso tan especial que me sucedió con esta historia que refiere como muchas otras novelas a un país en guerra ocupado por un ejército extranjero. En ella dos gemelos, Claus y Lucas han sido abandonados por su familia y puestos al cuidado de su abuela a la que sus vecinos llaman La Bruja. La barbarie del agitado mundo en el que habitan lleva a los hermanos a imitar la crueldad que ven en él. La lectura en sí no me presentaba dificultad alguna, ha sido narrada con un estilo muy sencillo casi minimalista, sin adornos, con objetividad absoluta y prosa despersonalizada. Lo que me agobiaba durante todo el tiempo fue que en la historia no hay lugar para los sentimientos. Esto provocaba la extraña sensación de que tanto los actos buenos como los malvados cometidos por los hermanos, se igualaban; no había diferencias ni distinciones entre el bien y

el mal, se trataba de acciones amorales llenas de autenticidad. Me llenaba de inquietud atestiguar escenas donde los niños mienten, chantajea e incluso matan dentro de un aura de autenticidad e inocencia en lo que Slajov Sizek ha llamado “una ética sin moral”.

Al final de la primera de las tres historias, como lectora quedé conforme. El suceso se cerró: *uno de nosotros se va al otro país... el que queda se vuelve a casa de la abuela*. Sin embargo en la siguiente, *La prueba*, comenzaron mis dudas; me vi obligada a replantear lo que ya había leído y capté un juego de ficción dentro de la ficción que cambiaría por completo la percepción que tuve de la primera historia. El hecho cierra con un comunicado de las autoridades de la ciudad de K, donde Claus T. ha sido encarcelado. Parece que el manuscrito que configuraba la primera novela ha sido escrito recientemente, lo que modifica la historia inicial. La intriga crecía y las dudas se multiplicaban. ¿Quiénes eran los personajes? ¿Existían en realidad? ¿Se trataba de uno solo o de dos? En *La tercera mentira* se resuelve el final de una triste e inesperada historia que si bien me condujo a comprobar que leí un libro extraordinario sobre los horrores de la guerra y los totalitarismos, fue lo absolutamente impredecible, el giro doble en la historia de Claus y Lucas, de sus identidades, de su fantasmagórica presencia, lo que me llevó a arrojar el libro, a pensar que nunca le perdonaría a Agota Kristof que le diera a la historia esas vueltas inconcebibles.

Han pasado años y he regresado varias veces a mis dos novelas favoritas. La libertad de Margarita para asumir el lado oscuro de la vida me sigue cautivando y la exploración impecable de Kristof sobre cómo reacciona el ser humano ante una situación tan límite, ante la deses-

peración, el hambre, la pobreza, la soledad, la pérdida, me llevan a reafirmar que no he leído nada igual.

Mi agradecimiento final para mi amigo Godofredo Olivares que me invitó a escribir este texto y de quien mucho aprecio su paciencia y suavidad.

Camino

Blanca Bátiz

Camino a la derecha, luego a la izquierda, observo un blanco entre los recovecos de mi historia: libros de pasta dura, de pasta blanda, a colores, blanco y negro, con imágenes, sin ellas, letra grande, mediana, pequeña, de complexión delgada o gruesa. Es mi memoria indecisa que dice: el cuento que repetía papá, la poesía en la memoria, las revistas de la tía abuela, el librero familiar, la entrevista al padrino. Un vaivén de recuerdos, donde la lectura, de un modo u otro, aparece.

El cuento que repetía papá

En aquel tiempo yo tenía cinco, cuando mucho seis años; con trabajos hablaba, pero pedía que me leyeran *Blanca Nieves y los siete enanos*; era mi cuento favorito. Clarito recuerdo que le decía a papá: cuéntame un cuento, seguro que por zafarse pronto, aplicaba la misma con mi hermana y conmigo, que compartíamos cuarto:

—Érase una vez un gato, con los pies de trapo y los ojos al revés. ¿Quieres que te lo cuente otra vez?

Nuestra respuesta siempre era que sí, y lo volvía a contar, le iba aumentando cosas de trapo, para hacerlo más largo, hasta que decía que ya no lo volvería a contar. Entonces le pedíamos que nos hiciera cosquillas con sus pestañas. No recuerdo que nos haya leído nunca un libro y poco convivimos con él, pero fueron hechos que con su muerte, se fijaron aún más en la memoria.

La poesía en la memoria

Eran principios de los noventas. Aún vivíamos en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Yo estaba por terminar segundo año de primaria, mis padres llevaban un año separados y habíamos visto muy poco a papá; para mi mamá, para mis hermanos y para mí sería un cierre de ciclo escolar muy diferente, tan pronto como acabaran las clases, nos mudaríamos de ciudad, sería todo nuevo: casa, escuela, vida. Recuerdo la voz infantil de mi hermana menor, que repetía y repetía, con tal de memorizar: “Chiapas es en el cosmos/ lo que una flor al viento./ Es célula infinita que sufre, llora y sangra...” Su maestra de tercero de preescolar los ponía a ensayar en la escuela y les pedía que en casa también lo hicieran, debo haber leído varias veces aquellos versos, pero lo que se situó en mi memoria fue la voz de mi hermana, a quien pedía que me lo recitara, de tal manera que aquel “Canto a Chiapas”, declamado por niños de tercero de preescolar en su acto académico, aún permanece en mi memoria.

Algunos años después tenía diez años y estaba en quinto de primaria; a mi maestra se le ocurrió que, en el festival del Día de las Madres, representáramos el poema “El brindis del bohemio” y nos repartió copias del texto. Yo me disfrazaría de alguno de los bohemios, pero memoricé el poema completo, de tal manera, que decidió que una compañera dijera la mitad y yo la otra mitad. Después lo recité para el cumpleaños de mi bisabuela, luego en un fin de año, y me parece que también otro Día de las Madres. Un poco después mi mamá y yo íbamos en un camión y se subió un vendedor de libros —cosa rara, siempre eran pseudo cantantes o vendedores de pomadas los que se subían. Le hice cara de por favor a mi mamá, le pedí

que me lo comprara, lo hojeé, revisé el índice y vi que tenía “El brindis del bohemio” —ya se me andaba olvidando— debe haberse quedado sin monedas, pero finalmente me lo compró y yo fui feliz con el libro de pasta amarilla, hojas de papel imprenta, un cuarto de hoja, pero eso sí: *100 poesías de amor*. Ahí recuerdo que venía el “Nocturno a Rosario” de Manuel Acuña, “Pues bien, yo necesito/ decirte que te adoro,/ decirte que te quiero/ con todo el corazón/...” A esa edad soñaba con el amor, con aquel que me dijera palabras lindas que me parecieran realmente un poema de amor. Ahora lo veo diferente y no ahondaré en ese detalle; pero, como haya sido, fue el segundo poema que me aprendí, y con él tuve la osadía, en primer año de secundaria, de participar en el concurso de declamación. No gané, pero fue una experiencia en la que siempre recordaré a mi compañera Erika, que fue la ganadora, con su declamación del poema “Fusiles y muñecas”. Obvio que, ante esa actuación, lo mío era nada.

Por aquellos años comencé a escribir mis primeros poemas, muchos se perdieron con los cambios de casa, nunca los publiqué; pero, una maestra que me vio mucho tiempo después me dijo que le llegué a mostrar un cuaderno lleno de poemas escritos por mí.

Tiempo después, cuando mi hermana empezaba a noviar con un chico, le presté a él un libro de poemas, no recuerdo cuál, y él me prestó la antología *Poesía en movimiento*, que incluía textos de poetas nacidos entre 1915 y 1966, con selecciones y notas de Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis. Disfruté de leer poemas de Jaime Sabines, Alí Chumacero y otros; fue mi favorito Tomás Segovia, poeta español que llegó a nuestro país en 1940 y de quien escribieron en la página 143: “Su obra poética es la historia de un crecimiento es-

piritual que parte de las tinieblas y busca la luz encarnada en la alabanza de las cosas terrestres para afirmarse en ellas...” su poema “Dime mujer dónde escondes” habla de un sujeto lírico enamorado, arrepentido, que en versos desnuda su alma ante la mujer amada, el poema fue publicado en el número 11-12 de noviembre-diciembre de 1962, en la *Revista Mexicana de Literatura*. En aquel tiempo, el chico que me lo prestó, me lo pidió, pero le dije: “Todavía no lo termino de leer”. Me respondió “está bien, sigue leyéndolo”. No recuerdo qué pasaría entre ellos, lo que sí sé es que terminaron y jamás volví a verlo y tampoco recuperaré mi libro; así que, como quien dice, me heredó su libro editado por Siglo XXI editores en 1986; es una de mis joyas literarias, se cae de viejo, sus hojas están amarillas y lo tuve que pegar con cinta para que no se despegara totalmente. Hoy lo he vuelto a hojear y me encontré con un poema del tabasqueño Carlos Pellicer titulado “Semana holandesa” y dice en el “Lunes”: *Hoy se venden recuerdos y se compran olvidos*, publicado en *Hora y 20*. Es la magia de la poesía y por ende mi género favorito. Un verso puede decir poco, pero dice tanto... y brinda el resplandor de la reflexión.

Las revistas de mi tía abuela

Por diferentes cuestiones mi abuelita vivía en casa de mi tía abuela, juntas cuidaban a mi bisabuela. En aquel tiempo las visitábamos los fines de semana. En su casa teníamos que cuidar no hacer ruido, no hablar fuerte, no correr, porque había cosas que se podían romper o alguno de los mayores se podría molestar y hacer el terrible shhhhhhh que, a veces, nos ganábamos mi hermana y yo, que solíamos acompañar a mi mamá.

Debajo de las escaleras mi tía abuela acumulaba una amplia colección de revistas de *Selecciones*; mi tía tenía suscripción, así que había muchísimas. También guardaba *Tele Guía* y *Vanidades*. Yo disfrutaba al leer en ellas toda clase de chismes; fue el único lugar donde las llegué a leer; aunque, ocasionalmente, hojeo alguna similar. De aquellas revistas, mi favorita era la de *Selecciones*; me fascinaban las secciones de “Vocabulario” y “Citas citables”, y leer historias poco comunes, llenas de drama o suspenso. Me habría encantado llevarme alguna a mi casa, pero siempre las tenía que regresar. Lo mejor de todo es que leerlas me ayudaba a estar en silencio y mantener la paz con mi tía abuela, mi abuelita, mi bisabuela y, obvio, con mi mamá. Por si fuera poco, cuando entrábamos al baño de mi tía siempre había letreros que leer: “Deposita la basura en su lugar”, “cierra bien la llave”, “jálale despacio...”.

El librero familiar

Llegó el tiempo de la prepa. El pesado y metálico librero de casa guardaba varios libros, sobre todo de inglés —en aquellos años mi mamá era *teacher*—, álbumes fotográficos de diferentes etapas, y algunas novelas; alguna vez que me tocó limpiarlo me encontré con que había al menos cuatro libros que pertenecían a una colección de *best seller* que publicó la editorial Planeta: *El reflejo de tus ojos dorados*, *Ben-Hur*, *Love story* y *Sin novedad en el frente*. Leí casi todos, el de *Ben Hur* nunca lo pude leer completo. Mi preferida fue *Love story*, de Erich Wolf Segal, en sus páginas conocí la historia de amor de Oliver Barret, que pertenecía a una familia pudiente, gustaba de jugar deportes y estudiaba en Harvard, y Jennifer Cavilleri, una chica italiana que trabajaba como bibliotecaria. Se conocieron en

la biblioteca y él la invitó a salir; la escritura era muy sencilla y la narración muy ágil. Me mantuvo en la lectura de principio a fin. Cuando una pareja deja todo por amor, si bien es una historia común, se convierte en una historia recomendable para cualquiera que inicie en los terrenos del amor. Si no la han leído, vale la pena hacerlo. Yo aún recuerdo una frase que dijo uno de los personajes: “Amar es nunca tener que pedir perdón”. Lamentablemente, ya no tengo este libro en mis manos, porque se me ocurrió prestarlo a alguien que creía mi amiga y el libro nunca regresó. Muchos años después logré conseguir otra edición, y ahí entendí que las traducciones son muy diferentes, porque la frase aquella ya no aparecía. Sigo buscando en las librerías de usados la edición que yo leí.

La entrevista al padrino

Federico Munguía Cárdenas, historiador, periodista y, por muchos años, cronista de Sayula, fue mi padrino de bautizo y, cuando era adolescente, supe que le publicaron *La provincia de Ávalos*, un libro que narra la historia de lo que hoy conocemos como Sayula, Jalisco, pueblo mágico. Conocí aquella edición porque se la regaló a mi mamá; lo que más recuerdo es que me fascinó que mencionaba datos de mis bisabuelos. Cuando estaba en la Licenciatura en Letras, en una de las materias que tenían que ver con periodismo, me dejaron hacer una entrevista; así que me fui a Sayula con la finalidad de entrevistar a mi padrino. La temática giró en torno a los problemas del suministro de agua, a las personalidades de Sayula y al futuro del pueblo. Con la generosidad que lo caracterizaba, cuando terminamos la entrevista me regaló un libro titulado *Nos dejaste la noche*, de Germán Pintor. Cuando me lo entre-

gó, me contó sobre la adicción del autor, su trastorno bipolar y cómo se sacó los ojos. Bastó eso para que quisiera leerlo, su narrativa era prometedora, el libro hasta la fecha lo tengo entre mis favoritos; tiene tintes rulfianos y es ampliamente recomendable.

La forma en que llegan a nuestras manos los libros es importante para que se sitúen en la memoria. Hay muchos más libros y encuentros con la lectura de los que podría hablar, porque en su momento fueron significativos. Pero éstos que mencioné han marcado mi historia y por eso en este breve recuento he querido destacarlos. Por aquí seguiré caminando y recordando; y escribiendo, porque creo que al escribir creamos recuerdos en los lectores y abonamos a que la costumbre de leer no se olvide. Elijamos bien el camino.

Como el viento a las nubes

Rossana Camarena

Hay libros que me hicieron entrar sin esfuerzo a un laberinto de tinta y aún, de alguna manera, gobiernan mi vida.

Vislumbé entre ventanas empañadas mi casa de infancia. Lo primero que apareció con claridad fue la estantería de piso a techo donde mi padre coleccionaba todo tipo de enciclopedias, desde *Mis primeros conocimientos* hasta escalar a *Los clásicos*, la más consultada durante el tiempo de mis estudios.

Conservo aún, con recelo, tres tomos de un diccionario que mi madre tuvo que forrar con tela y pegamento para seguir conservando sus amarillentas páginas, cosidas en el lomo con valiosa información, y que acrecentó de manera peculiar el acervo cultural de la familia. Lo más suculento de esos manjares de pasta dura fueron las imágenes que absorbía con avidez para traducirlas en mis propias historias, haciendo caso omiso a las palabras escritas por el autor.

Dante Aligheri ocupó con su *Divina comedia* un lugar especial. Llamaba mi atención el volumen de hojas compiladas. Fueron las ilustraciones de Yan D'Argent las que tejieron la red que me incitó a buscar en repetidas ocasiones ese libro que revelaba grabados elaborados con notable maestría, donde yo podía deducir con certeza lo sucedido al sólo echar un vistazo a las ilustraciones de aquella primera edición. El morbo me empujó a leer sus 322 páginas completas, como una suculenta golosina interminable. Co-

mencé a tomar interés, a interactuar, remontándome a ese lugar. Entré de fondo en los personajes, me introduje en las cuevas oscuras, intenté convencer a Caronte para subir a su barca sin pagar las dos monedas obligatorias estando viva, pude escabullirme de los seis ojos de Cancerbero y darme cuenta que su maldad provenía tan solo de cumplir con su papel de guardián responsable. El sufrimiento de la gente purgando sus penas me conmovió al grado de que comencé a confesarme para poder comulgar y lograr el perdón de Dios cada domingo en misa. La sabiduría de Virgilio la paladeé como si estuviera frente a mí en un aula, y en algún momento comencé a anhelar convertirme en Beatriz, para guiar a Dante, del horror al Paraíso.

Conocí el sarcasmo cayendo en cuenta que la llamada *Comedia*, no era tal, sino una desesperada historia de amor que marcó al drama como mi género disfrutable favorito. Como era de esperarse dejé de lado el romanticismo clavándome en el dolor existencialista del ser humano como un buzo en el fondo del mar.

Cada vez que la *Divina comedia* volvía a mis manos, una nueva nota surgía en mi cuaderno. Entonces conocí a Sócrates, piqué el anzuelo con su “sólo sé que no sé nada” y me colgué de su brazo para hurgar en la filosofía durante algunos años sin entenderla a fondo (lo confieso). Releía con grandes lengüetazos sus *Diálogos* escritos por Platón, donde la piedad, la mentira, la amistad, la virtud son profundos conceptos que aún no se define si pueden enseñarse. En ese tiempo me faltó la fibra para ahondar en aquella complejidad que nos sigue cuestionando.

La mitología me pareció fantástica y reveladora, conocer las aventuras de los dioses cargando sus privilegios y particularidades fantásticas, aumentó mis deseos de seguir escarbando en cada libro.

Un día, ya por los años noventa, llegó a mis oídos por puro azar el programa de Radio Red XERED-AM 1110 kHz, donde entrevistaban a la antropóloga y escritora siria, inmigrada a México, Ikram Antaki. Escuchar a una mujer hablar con tanta elocuencia de ética, libertad, derechos humanos, religión, ciencia y todo aquello que nos llevara por el camino del debate fue una gran inspiración, sobre todo porque provengo de generaciones altamente religiosas de parte de mi familia materna, donde a las mujeres nunca les dieron la oportunidad de estudiar más allá de la preparatoria que incluía el título de Secretaria Mecnógrafa.

Antaki me empujó a cuestionarlo todo, lo que significó entrar en escándalos y un cierto tipo de caos que me arrastró a encontrar más secretos en la historia de la humanidad, cosa que agradezco sobremanera, pues me ayudó a romper paradigmas, a descubrir culturas y a alimentar mis ganas de viajar para mirar de cerca dónde nacieron algunas de éstas ideas.

Fueron los libros naves que abordé para “conocer” otros países y continentes. Mi padre exigía que antes de viajar a cualquier lugar había que saber su ubicación geográfica y una parte importante de su historia; de esa manera, estar frente a un monumento o una obra de arte se volvía una experiencia única que debía ser escrita para no olvidar. Llegó el día en el que armé mi mochila con dos cambios de ropa, un sleeping bag, un termo y una libreta que serviría como bitácora de viaje.

Sin darme cuenta, a la vuelta de unos meses había escrito lo que se puede considerar mi primer libro. La magia de redactar un sentimiento sirvió de pasaporte para recorrer el mundo de una manera más sensible. En España conocí la poesía de Lorca; sus palabras atacaban sin piedad mi psique y mi corazón. El *Romancero gitano* me conquistó

y abrió mi apetito para descubrir más poetas en cualquier lugar: Giacomo Leopardi en Italia me llevó a *L'infinito*, en Inglaterra fui *Prometeo* con Lord Byron, en Francia pude oler el peligro de *Las flores del mal* de Baudelaire y anduve de la mano de Goethe en *La hermosa noche*. La lista se convirtió en algo infinito e inefable. A mis veinte años me faltaba mucho léxico por lo que decidí comprar un diccionario. La revelación del significado de nuevas palabras hacía que se me erizara la piel. Comencé la costumbre de leer en voz alta y descubrí que somos seres hechos en un setenta por ciento de agua y que la vibración de nuestra voz hace que al emocionarnos el corazón acelere sus latidos y por dentro nos llenemos de ondas que nos hagan temblar.

No puedo nombrar solo un libro que cambió mi vida, no puedo recomendar una lista de diez poetas importantes, todos los que voy descubriendo aportan una frase, una situación, un tema que me suben en el aeroplano en el que me encuentro desde hace veinte años, y que no pienso soltar hasta que la palabra se extinga.

Para ti, este relato que quizá lleve implícito el nombre de algún autor que influya en la curiosidad o en las ganas de abrir un libro o, mejor aun, que provoque el deseo de adentrarte en sus páginas, de tal manera que puedas desplazarte de un lugar a otro, como hacen las nubes con el viento.

De libros, padres y caminos propios

Ulises Zarazúa

Un libro que marcó mis pasos, curiosamente no fue uno de literatura y otros mundos inasibles, sino uno de consejos prácticos y enfocado en intervenir la realidad. Me refiero a *La vida en el campo*, del inglés John Seymour. Mi padre lo compró en los años ochenta, y era un manual de auto-suficiencia para llevar adelante una vida rural y que buscaba un objetivo supremo: obtener la mayor cantidad de alimentos y productos diversos para sostener una familia. Editado por la catalana Blume, contaba con las atractivas y realistas ilustraciones del equipo de Roger Bristow.

La vida en el campo era un extenso compendio de lo que debe hacer alguien que busca huir de la selva de asfalto, comprarse un terrenito, que puede ir desde la media hasta las cinco hectáreas. Sin embargo, cualquier urbanista con un poco de iniciativa y algunas macetas en el balcón, también podía practicar, aunque fuera en muy pequeña escala, la autarquía, o el afanoso arte de hacer uno mismo las cosas y sentirse orgulloso por ello: paladear un jitomate o unas lechugas que uno sembró, es un placer indescriptible. Seymour, cuyo retrato haciendo diferentes cosas, aparecía en varias ilustraciones del libro como un calvo de pelo desgredado, con unos lentes de aumento y un rostro bonachón, vivió varios años en países africanos, practicando la agricultura y ganadería en pequeña escala, y aprendiendo un montón de cosas de los locales. Esos conocimientos, sumados a los de la vieja Europa,

confluyeron en el inspirador texto que ha sido traducido a múltiples lenguas.

Los innumerables tips y consejos del tipo “A mí me ha funcionado esto, pero tengo amigos que prefieren hacerlo de este otro modo”, inundaban todo el texto, haciendo la lectura realmente memorable y cercana. Como los buenos manuales, uno tenía la sensación de tener al maestro a un lado, dispuesto a compartir sus saberes y ayudar ante cualquier contratiempo. Un tutor comprensivo que alentaba a sus discípulos a intentarlo una vez más. Por otra parte, en su libro, una especie de retorno *rousseauniano* a la naturaleza animaba todas sus páginas. Desde la introducción dejaba en claro que la vida en el campo era dura, llena de fracasos y algunos triunfos, pero también plena de satisfacciones y retos, y una oportunidad para vincularse a otros seres humanos, los pequeños agricultores de la vecindad. La búsqueda de una vida más auténtica, más satisfactoria y más feliz, parecía ser el verdadero motivo de la escritura de ese volumen, más que el aprendizaje meticuloso de las mil y un técnicas de la vida campirana.

Y, al lado de las letras de Seymour, estaba mi padre... Mi padre, cuya infancia y adolescencia habían transcurrido como campesino pobre en la Sierra Gorda de Querétaro, primero, y en el norte de Veracruz, después, compró el librito, paradójicamente, para aprender más cosas del campo. Él, un hijo de agricultores que creció labrando el coamil con un arado arrastrado por mulas y sembrando la milpa; mi padre, que también había sido pastor de vacas y borregos y, por tanto, era dueño de un vasto conocimiento empírico del que yo, un adolescente urbano y proclive a las ensoñaciones, carecía por completo. Mi padre, aquel rancherito que se quitaba a palazos los borregos machos que lo querían topar y que, a la postre, se convertiría en

Ingeniero Químico, flamante profesor de la Facultad de Agronomía y férreo defensor de los agroquímicos, quiso consultar lo que un inglés africanizado sabía sobre la vida rural. Quizá por eso —y por la devoción edípica que le profesaba a mi padre— me acerqué con deferencia a repasar aquellas hojas que trataban temas tan diversos como la siembra de hortalizas en bancales profundos, la poda de frutales, el cómo construir una cerca, la manera de derribar un viejo roble, los métodos para elaborar vino casero, composta, mantequilla, embutidos, así como el manejo de colmenas de abejas, la ordeña y el sagrado arte de ayudar a una vaca a bien parir.

Repasaba aquellas páginas llenas de explicaciones e instrucciones, salpimentadas con sus experiencias y aventuras con agricultores de África, Francia y Reino Unido, así como las detalladas ilustraciones, con una delectación cuasi religiosa y la boca abierta. Por años, *La vida en el campo* alimentó mis deseos y fantasías rurales: verme sembrando una milpa, cuidando mis hortalizas y ordeñando una pequeña y hermosa vaca Herford, me llenaba la cabeza de un humo perfumado y de imágenes deliciosas. Pero ahora lo sé. Ahora, y sólo después de varios años de un auto examen concienzudo y accidentado en el diván de un discípulo del *doctor Freud*, he llegado a comprender que ese libro me atraía y seducía, pues representaba el espacio en el que podía re-encontrarme con mi padre; el lugar donde yo podía ser él: el muchacho campesino que hacía cosas con las manos y no sólo las pensaba. El joven que manejaba un arado, que sembraba granos de maíz y frijol desde un morral, que sabía lazar becerros y vacas con la sogá y que hasta era capaz de polinizar manualmente las flores de la vainilla.

Encontrar mi camino me costó muchos años. En el trayecto, descubrí que yo prefería la agricultura orgánica,

en vez del cultivo dependiente de fertilizantes químicos y de herbicidas tóxicos. Ni blandiendo el librito de Seymour en la mano, ni con los conocimientos que fui adquiriendo por mi cuenta, pude jamás convencer a mi padre de utilizar composta en vez de su querido NPK, su fertilizante en gránulos y derivado del petróleo. Tampoco lo pude convencer de recurrir al control biológico de plagas en vez de a los cancerígenos Dieldrin y Aldrin. En ese territorio yo estaba más cerca de Seymour y de la agroecología y mi progenitor, en cambio, era un hijo aplicado de la Revolución Verde y de sus paquetes tecnológicos.

Me casé y experimenté con milpas orgánicas. Me apoyé en Seymour, pero también en otros manuales y hasta en tutoriales de YouTube y, sobre todo, en mi propia experiencia. Mi compostero se convirtió en mi generosa olla al final del arcoiris. En mi primera casa, obtuve elotes, frijol, ejotes, calabaza y berenjenas. Mi mujer preparó como treinta tortas de elote que congelamos y que fuimos comiendo a lo largo del año. En mi última casa he seguido experimentando: le perdí el miedo a nuevos cultivos y cosechamos jitomates, calabazas, zanahorias —pequeñas, pero comibles—, acelgas, rábanos, espinacas, berenjenas, elotes, pápaloquelite, ejotes y unos pocos chícharos. Un arrayán, un guayabo fresa, un limonero, un guanábano y varias matas de plátano han sido generosos y nos obsequian varias decenas de kilos de fruta cada temporada. Alguna vez crié conejos y chivos: no lo vuelvo a hacer. Con las gallinas y sus huevos, en cambio, sí tuvimos suerte. Este año dejé descansar la tierra, un tanto por flojera y otro tanto por estar ocupado sembrando surcos de letras. En 2024, si los planetas se alinean y el deseo de ver surgir la vida de entre la tierra y mis manos se hace fuerte, regresaré a los bancales de mi huerta urbana de siete por diez metros.

Finalmente, mi padre murió y, bíblicamente, se reintegró al polvo de la madre tierra. A Seymour, aunque sigue en mi biblioteca, durmiendo junto a otros volúmenes de agricultura orgánica, ya casi no lo consulto, no por soberbia ni por creerme un sabelotodo, sino porque ahora confío en mi experiencia y mi criterio. Sé que habrá cultivos en los que tendré éxito y otros en los que sólo cosecharé fracasos. Esa es una definición de la vida que me gusta. En cualquier caso, le agradezco a ese inglés de rostro bonachón y lentes de fondo de botella por escribir un libro en el que pude re-encontrarme con mi padre y, pasado algún tiempo, despedirme de él.

Mi primer libro, la biografía de Dante

Silvia Quezada

La primera lectura placentera marca nuestras preferencias literarias. Si el libro inicial llega durante la infancia, el gusto por las imágenes es definitivo. Las páginas que dieron comienzo a mi afición lectora fueron las de *Dante*, volumen perteneciente a la colección Los grandes de todos los tiempos. El volumen de pasta dura llegó hasta la puerta de mi casa ofrecido por un vendedor sabatino, quien tuvo la suerte de encontrarse con mi madre detrás de la puerta. Ella había agotado las historias de hadas narradas cada noche, por tanto, decidió que, a mis diez años, yo estaba lista para conocer las biografías de los personajes centrales del pensamiento occidental.

El primer libro de pasta dura que el hombre mostraba tenía un acercamiento al perfil de Dante, extraído del momento en el cual, según el pintor Bertini, el poeta entrega a Fray Hilario el manuscrito del *Infierno*. En el óleo, la cabeza de Dante está cubierta con un gorro rojo de largas orejeras triangulares. ¿Quién era ese hombre de tan singular nariz y con los labios apenas entreabiertos, como para decir algún mensaje secreto? Cuando mi madre aceptó la venta de una serie de diez biografías, yo tomé a *Dante* y me fui a mi cuarto para leerlo. Debo confesar que primero hojeé todas las páginas, porque las ilustraciones eran tan bellas, que semejaban a las de los cuentos maravillosos.

Me adentré en la historia ilustrada. Muy pronto supe que “la musa” de Dante se llamaba Beatriz y que nadie

tenía la certeza de si ella era rubia o morena. Leía los párrafos que me iban interesando, en una especie de lectura selectiva, para completar la imagen de ese italiano famoso que había llegado a la puerta de mi casa justo en la víspera de mi cumpleaños. ¿Dónde quedaba Florencia? ¿Es verdad que su casa era tan pequeña y oscura como se mencionaba en la historia escrita? ¿De dónde había sacado ese escritor esas descripciones tan impresionantes con demonios, ángeles caídos y cuerpos al desnudo? Estuve revisando las imágenes una a una, por varios días, con muda impresión.

Luego de algunas tardes me animé a leer la historia ornada con tan fascinantes reproducciones. Vi un mapa de la pequeña ciudad de Florencia, semejante a un laberinto en su traza. Dante Alighieri había nacido allí en 1265. Las casas tenían dobles o triples pisos, eran angostas construcciones de piedra, oscuras, sombrías. Estaban rodeadas de murallas y conventos. Traté de imaginarme las calles estrechas, los olores fuertes que se mencionaban, porque en las callejuelas convivían cerdos, gallinas y aguas negras. La juventud de Dante transcurrió entre las acciones de dos grupos contrariados, enemigos: Los güelfos y los gibelinos. A mí en ese entonces esos nombres me sonaban parecidos a los de duendes, y no a partidistas políticos.

La redacción de la biografía de Dante era medianamente sencilla. Yo sentía que era un sube y baja: Florencia era oscura de día y de noche/la casa de Dante fue destruida hasta los cimientos. Según el texto, para conocer a Dante había que leer la *Comedia*, escrita por él, y adjetivada por otros como la *Divina comedia*. Yo pensé que era probable encontrar ese libro en la biblioteca del abuelo, resguardada con celo infinito en su propia habitación. Mientras me contentaba imaginando cómo era que las bodas florenti-

nas se arreglaban cuando Dante tenía once años y su prometida, Gema Donati, diez. La instrucción de él era básica: latín, aritmética, geometría, astronomía, astrología y música. Si cambiaba el latín por el español yo llevaba algunas de esas clases en mi escuela.

Lo cierto es que me obsesioné por leer la *Divina comedia*. Una tarde que el abuelo salió, entré a hurtadillas a su cuarto y busqué el libro. Lo encontré en una estantería alta, así que brinqué para alcanzarlo, con tan mala suerte que el tomo me golpeó la frente, sangrándola. Hice caso omiso y me senté en su cama a revisar el grueso volumen. Las imágenes de Gustave Doré, tremendas y bellísimas me conmovieron. Las ilustraciones se grababan en mi mente con total claridad, para repensarlas cuando el libro ya había regresado a su lugar cada vez que podía consultarlo. Leía algunos párrafos, no del todo comprensibles para mi edad.

En mi libro, lleno de colores, yo podía ver el rostro moreno de Dante y los rojos y amarillos de los brocados, la suavidad de las sedas y de los paños como el terciopelo. En Doré todo eran líneas, ilustraciones a blanco y negro majestuosas. Me surgió el deseo por ser dibujante y a la par el anhelo por conocer Florencia. Me entristeció saber que la morada del poeta no existía más, pero sí los sitios de su costumbre, palacios y baldosas que algún día podría pisar. Todo era cuestión de tiempo.

Una tarde de esas, de lectura concentrada en la *Divina Comedia* apareció mi abuelo a la mitad de la habitación. La reprimenda fue apoteósica. Ante los gritos, la abuela acudió de prisa, espantada de verme con ese libro lleno de demonios entre las manos. Ella, de carácter dulce y sosegado, estaba fuera de sí. Me llevó hasta el lavadero del patio y me restregó los párpados, las orejas, la nariz, la boca y

las manos con agua y detergente abundante, quería “sacarme de los sentidos a todos los demonios”.

Me compré mi propia *Comedia* ilustrada por Doré a los dieciséis. La volví a leer para impartir un curso acerca de El Infierno de Dante mucho tiempo después. Conocí Florencia y su claustro de Santa María Novella, el Bautisterio de San Juan, el Palacio medieval de los güelfos, entre otros lugares largo tiempo imaginados.

Disfruté la ciudad en cada uno de sus rincones. Cada vez junto al río Arno, recordaba las aguas jabonosas de mi abuela, sin importar que estuviera en Florencia, Arezzo o Pisa.

Mi propia marca de agua

Alfredo T. Ortega

Nací en Cosamaloapan, Veracruz, a la vera del caudaloso Papaloapan, el río de las mariposas, donde también nació Manuel Carpio, el poeta, quien gracias a su obra y fama heredó su apellido a la población. Pero antes de cumplir mi primer año me llevaron a vivir a la Ciudad de México, iniciando muy tempranamente mi condición de desterrado, digamos que soy jarocho de nación y chilango por adopción. Mi muy primera infancia transcurrió en la porfiriana colonia Santa María la Ribera, en la antigua calle del Ciprés, hoy Jaime Torres Bodet, en honor a ese otro poeta y Secretario de Educación, y que de manera curiosa hace esquina con la calle Manuel Carpio. En esa calle mi abuela paterna, doña Laura López Duarte, y después viuda de Ortega, mandó construir un edificio al que puso el nombre de Alicia, en honor a su hija, mi tía Licha. Al frente y en el primer piso, estaba el amplio departamento de la abuela, que se comunicaba mediante una escalera de mármol negro con el segundo piso, donde se ubicaba la academia, Mi Corte Universal, que fundó después de enviudar muy joven y le dio para comer, vestir y vivir bien a los cinco hijos que le dejó mi abuelo, el excapitán José Ortega Ojeda. De esa época guardo memoria cuando más de un par de escenas aisladas, pero he continuado viviendo allí y visitando el edificio durante toda mi existencia. A tal grado que lo convertí en el escenario de las travesuras de una pandilla de chiquillos en algunos de mis cuentos infantiles, de

manera que el edificio Alicia también forma parte, desde muy temprano, del universo de mis fantasías.

Antes de ingresar al jardín de infantes, nos mudamos a una casa de dos plantas en la pequeña colonia Verónica Anzures, que todos conocían como “Las Bahías”, por los nombres de sus calles. Enclavada entre dos avenidas muy nacionalistas, Ejército Nacional, que la separaba de la colonia Anzures, más grande y pretenciosa, que colindaba con el suntuoso barrio de Polanco, y por el lado opuesto su límite era la avenida Marina Nacional, que la separaba de la colonia Anáhuac, mejor conocida por el nombre de su parroquia como el barrio bravo de Santa Julia, popular desde los tiempos del famoso “Tigre de Santa Julia”, y que en los años de mi infancia era temida por sus pandillas, a tal grado que se rumoraba que por las noches ni las patrullas se animaban a recorrer sus calles. En esa frontera entre dos mundos comienzan verdaderamente mis recuerdos de la infancia. La casa era grande, de dos plantas, cuatro recámaras y cuarto de servicio en la azotea, y además tenía un espacio central de doble altura con una maravillosa chimenea, de modo que algunos compañeros de la primaria decían que éramos ricos porque teníamos casa propia, cosa que yo no entendía, cuando veía que en los recreos a ellos les llevaban sus mamás viandas maravillosas, mientras a mi me daban un veinte al día para gastar. Y sí, la casa era bastante grande, pero éramos ocho hijos, más mi padre, médico homeópata y profesor del Instituto Politécnico Nacional, nacido por casualidad en Aguascalientes, mi madre, hija del primer o segundo, pero no último, matrimonio de un general agrarista originario de la Costa Chica de Guerrero, y cuando venían de visita de Cosamaloapan, en estancias que duraban meses, mi abuela Lupe, la tía Mary, su hermana, que enviudó muy joven

y vivía casada con sus achaques, y la tía Rosita, hermana menor de mi madre, que no se casó, y durante cincuenta años fue maestra de primer grado en la Escuela Primaria “Manuel Carpio”, allá en el pueblo. En una casa tan poblada no abundaban los rincones de quietud y silencio, como los que reclamaba un ánimo contemplativo y solitario, que desde los años tempranos ya se manifestaba en mí.

Cursé la primaria en la Escuela “Prof. Sabino Rodríguez”, que curiosamente estaba en la calle Bahía de Descanso, a sólo tres cuerdas de nuestra casa, por lo que siempre nos fuimos y venimos caminando los hermanos. Siendo escuela de barrio fronterizo, asistíamos a ella niños de todas las condiciones sociales, desde algún pretencioso desbaldado de Anzures o Polanco, hasta los del temido y respetado barrio de Santa Julia, pasando por los clasemedieros que quedábamos en medio. De los muchos recuerdos acumulados, rescato aquí el del maestro Mario, que impartía el tercer año y estaba estudiando para dentista, por lo que tenía su escritorio lleno de quijadas de yeso. Pero había un rasgo aún más singular en el maestro Mario, que lo convirtió en el más temido de la escuela, y era su sadismo, pues disfrutaba en corregir las faltas de sus alumnos con castigos corporales, y para ello tenía un terrible palito que chicoteaba como látigo, de manera que era un espectáculo cotidiano ver pasar a un compañero al frente cerrando los ojos y apretando los dientes, para recibir su tanda de palos y regresar lloroso a su mesabanco. En estos tiempos posmodernos aquel proceder pedagógico hubiera llevado a la cárcel al maestro Mario, pero en aquellos años sesentas del siglo pasado la mayoría de las mamás aplaudían e incluso agradecían que les corrigiera con tanta severidad a sus insufribles vástagos. Debo aclarar que a mí nunca me pegó, pero mi ánimo fantasioso sufría en carne propia las cotidianas

torturas infligidas a mis compañeros. Será por eso, o por haber comido un alimento contaminado, pero a mitad del tercer año me enfermé de hepatitis y tuve que guardar cama por varias semanas, que a mí se me hicieron meses. Y de esta curiosa manera aparece el temido maestro Mario como un causante indirecto de mi temprana e inagotable afición por la lectura y los libros.

Doña Zythella, mi madre, era una lectora voraz de novelas románticas e históricas, en las que se refugiaba de sus ocho embarazos y su naufragio matrimonial, y lo fue hasta que sus ojos cansados le impidieron seguir leyendo, a sus casi noventa años. En cambio, mi padre, el doctor Fernando, no era de muchas lecturas, pero tenía de vez en cuando la iluminada ocurrencia de comprar libros para sus hijos, además de las enciclopedias, regalo de su madre, que por entonces estaban de moda. Encerrado sin remedio, y medio aislado para evitar que contagiara a los hermanos, me contentaba con verlos desfilar, por las mañanas a la escuela, recién bañados y peinados, y por la tarde a la calle, a jugar con los demás chiquillos de la cuadra. Interminables jornadas de soledad, por las mañanas escuchando los ruidos del quehacer doméstico, y por las tardes imaginando los gritos y carreras de todos allá en la calle, jugando al yoyo, trompo, balero, el béisbol, “tochito”, o la eterna “cascarita” de fútbol, “las trais”, los “encantados” o el “avión”, ese que en Guadalajara llaman “bebeleche” y Cortázar nombró “rayuela”.

Largas horas de postración y debilidad del cuerpo, que ponían a prueba mi imaginación, tenía que aplicar toda mi fantasía para extraerle jugo a un par de juguetes, para crear universos alternativos a partir de los diseños geométricos de la cobija, y construir mundos fantásticos más allá de la barda de ladrillos que el vecino levantara,

tapando la vista a través de la ventana. A veces podía hacer pequeñas correrías por las habitaciones y el pasillo superior. En una de ellas me topé, en un estante que más que librero tenía vocación de juguetero, con una maravillosa colección de libros escritos e impresos para niños. Aquello fue abrir la puerta de una distinta realidad, como montar en un cohete espacial como los que empezaban por entonces a surcar los cielos y traspasar la estratósfera. Eran unos volúmenes enormes, de tamaño oficio, sólidamente encuadernados en pasta dura, con bellísimas y melancólicas ilustraciones, y lo mejor, contenían un número importante de cuentos clásicos infantiles, allí estaban, completamente desconocidos para mí; los hermanos Grimm, Perrault, Andersen, y también *Alicia en el país de las maravillas*, *Pinocho*, *Peter Pan*, *Las mil y una noches*, las curiosas fábulas de Lafontaine, y el que más cautivó a mi espíritu bisoño e ignorante, *El cascanueces*. La mayoría de ellos eran traducciones españolas de las compilaciones francesas de Ernest Flammarion, en versiones muy cercanas a los cuentos originales, y para mi buena fortuna anteriores a la censura de Walt Disney, siempre empeñado en pintar de color rosa a Blancanieves, la Cenicienta, la bella durmiente y tantas otras heroínas de la vieja Europa y la más antigua y lejana Asia.

Abrir sobre mi cama solitaria aquellos enormes y pesados volúmenes, con aquella tipografía de gran tamaño, y las bellísimas y misteriosas ilustraciones de Adrienne Segur, eran para mi solitario e imaginativo espíritu infantil como transportarse a una nueva dimensión, entrar a una distinta realidad sin abandonar del todo la de mi cuerpo enfermo. Las doncellas de mirada lánguida, de rostros finos y cuerpos esbeltos, siempre acompañadas de animales pintados al natural, pero en posiciones absurdas, y las

plantas y flores que adornaban cada ilustración, sin saberlo yo me producían una muy particular sensación del alma, a la que con los años pude ponerle nombre: melancolía. Pero fueron aquellas historias de doncellas y princesas encantadas, de huérfanos perdidos en tenebrosos bosques, tan distintos de nuestros bosques mexicanos a los que nos llevaban de día de campo, de madrastras malvadas y reyes de espíritu débil, de terribles batallas contra hechiceros, brujas, gigantes y dragones, las que lograron transportar mis fiebres de siete años, de una infección del hígado al universo interminable de la fantasía.

Ya nunca me recuperé. Descubrí a esa corta edad que las letras impresas, que sin pena ni gloria había aprendido en los primeros años de escuela, podían albergar mundos maravillosos, aventuras estremecedoras, heroínas entrañables, seres terribles que se podían aparecer en mitad de la noche sin despertar a nuestros hermanos dormidos. Aquello era mil veces más entretenido que la vida familiar de clase media en la que me tocó crecer, así que pronto me aficioné a la lectura, y por mi cuenta buscaba cuanto libro anduviese por la casa, que no eran muchos, y mientras tanto me ejercitaba con cualquier cosa que se dejara leer. Algo importante en esa primera etapa eran los ejemplares de la revista americana *Selecciones del Reader's Digest*, maravillosos compendios de misceláneos temas, que nos iban educando en el *american way of life*. Todavía en la escuela primaria, encontré en el buró de mi madre una novela rosa titulada *El árabe*, que no era lectura apropiada para niños, pues contenía algunos pasajes eróticos que seguramente hacían suspirar a las señoras entre embarazo y embarazo, pero en estos tiempos posmodernos harían bostezar a una chiquilla de secundaria. Para suerte mía, encontré un libro voluminoso, la novela *David Copperfield*

de Dickens, que contaba las desventuras de un huérfano social inglés del siglo diecinueve. No registré con detalle las muchas adversidades que tuvo que enfrentar el pequeño David, que andaba cercano a mi propia edad, pero no olvidaré la tarde en que cerré el libro en su página final, la setecientos cincuenta y uno. Mi padre nos compró la enciclopedia BARSA, versión popular de la Británica, de la que jamás abrió un volumen. Para nosotros era un material de consulta para las tareas escolares, así que pocas veces divagué por sus páginas hermosamente editadas. Pero mi ánimo lector, ya desatado, se vio recompensado con la llegada de los veinte volúmenes de *El tesoro de la juventud*, en la edición argentina de 1915, regalo de Doña Laura, nuestra abuela paterna. En pasta dura, color negro, con letras doradas en sus lomos, cada uno de sus volúmenes contenía un auténtico retablo de maravillas: Obras clásicas, desde *la Iliada* y *la Odisea*, en versiones accesibles a los niños, pasando por la mitología grecolatina, los clásicos infantiles que yo ya conocía, pero también espléndidas monografías de países y de lugares emblemáticos de la civilización humana, retazos de historia universal, ejemplos de poesía hispanoamericana, descubrimientos científicos de principios del siglo veinte, cautivadores en su ingenuidad. Y además trucos de magia e instructivos para fabricar sus propios juguetes. Por donde se abriera ese cofre en veinte volúmenes aparecían maravillas sabiamente pensadas para una generación anterior a la de mis padres. Y esa antigüedad de los textos, de sus grabados y fotografías en blanco y negro, era quizá uno de sus mayores encantos. La vestimenta de las gentes, igual a la de los retratos de los bisabuelos que colgaban en la pared del comedor.

Aquel largo paseo por el mundo anterior a mí fue moldeando mi espíritu introvertido y fantasioso,

sumergiéndolo en un ejercicio solitario y autodidacta, sin una guía que le orientara e indujera hacia un orden determinado. Parodiando a Shaw, diríamos que las jornadas escolares eran una pausa en la formación de mi alma lectora. Hacia el inicio de la adolescencia llegaron las novelas de aventuras: Salgari, Verne, Stevenson, Víctor Hugo, etc., las intensas emociones de navegar en la galera del bajá, la búsqueda de la esmeralda de Ceylán, el viaje al centro de la tierra, las veinte mil leguas en submarino, la isla del tesoro, el terrible Dr. Jekyll, preludio de las intensas narraciones de Poe, la sed de venganza del Conde de Montecristo, lugares comunes de aquellas tardes de lectura solitaria, mientras afuera en la calle se pateaba la pelota, como el Bastián de Michael Ende. Y siguiendo mi caótico sendero, me fui adentrando en las muchas literaturas, desarrollando aficiones particulares por ciertos autores, entre los que recuerdo temporadas de Steinbeck, Hemingway, Faulkner un poco menos, pero de allí a García Márquez como objeto de culto, Borges, Cortázar en sus cuentos, Rulfo, Fuentes, y ya avanzada la vida y con devoción a Saramago.

Temprano aprendí que en este mundo se podían habitar dos realidades, la cotidiana, de comer, dormir y cumplir los deberes, la vida misma decía Bioy Cazares, y la de las historias que se cuentan a la luz de la vela, la vida de otros que hacemos nuestra mientras leemos sus renglones. Por ello me hice narrador, para que además de adquirir una profesión, hacer una familia y una carrera de profesor universitario, seguir alimentando al alma en el interminable ejercicio de la lectura, y de allí crear historias propias que compartir con los lectores del mundo. En muchas ocasiones he afirmado que cuando me jubile de la realidad me dedicaré a dos tareas esenciales, a leer y a escribir. Ojalá lo logre, comenzando por jubilarme.

Reminiscencias lectoras

Jesús Cruz Flores

Debo reconocer que como alumno de preescolar le di mucho trabajo a la religiosa que se encargaba de poner al día a los estudiantes del Colegio Cervantes Colonias, donde por azahares del destino tuve en suerte cursar. Mi dispersión, mi exceso de imaginación y mi empeño por querer escribir con la izquierda y no con la derecha fueron problemas que de algún modo se tuvieron que resolver. Por si fuera poco, en aquel tiempo sufría, además, serias dificultades de lenguaje, que a veces, todavía, salen a relucir en mi dicción.

Recuerdo que, cuando mis compañeros de clase se retiraban, la religiosa trabajaba conmigo y con otro compañero, a manera de monitora o impartiendo una clase extra. Su intención era hacernos leer, lo que parecía una misión casi imposible. Entre las muchas veces que esto ocurrió, recuerdo una ocasión en que trabajamos en el pasillo y no me dejó mover hasta que le entregué lo que pidió que copiara con la diestra, no con la siniestra. Tras la sesión tuve que secar mis pantalones caminando hacia mi casa, tras dejar, como huella, una mancha transparente y olorosa sobre el ladrillo oscuro de aquel sitio. Debo reconocer que aquella monja delgada y de pelo recortado casi a lo militar consiguió hacerme leer conforme a los estándares institucionales de egreso del preescolar y a los requerimientos de acceso a la primaria.

Ya alfabetizado por la férrea disciplina de aquella instructora y tras comprender el sentido de las grafías, me dio por leer cuanto libro se cruzaba en mi camino. Así que, luego de negarme a ser lector me fui al extremo de convertirme en un lector apasionado. Mucho me ayudó esta afición a sanar ciertas actitudes, medio autistas, que yo mantenía. Hoy, quizá, dirían las psicólogas, que padecía el TDAH, que está en boga.

Siendo desde niño muy introvertido, solía disfrutar perderme en cualquier rincón del patio, o esconderme en el clóset, o en otro espacio similar. Al lado de mi casa se encontraba la de mis tíos, los hermanos de mi padre, —que eran todo un caso para el psiquiátrico o para el ministerio público, según se mire. Tocó en suerte que, por la facilidad de acceso a sus casas, solía cruzar aquella frontera y pasar el día entero en un cuarto con libros, restos de uno de los múltiples negocios que uno de ellos había tenido. El mayor de mis tíos había sido director de una escuela edificada sobre un terreno, en la calle siete y la calle veinte de la colonia Lomas de Polanco. Tras años de “paracaidismo” bien desarrollado y de técnicas de despojo bien afinadas, mi tío se había apropiado de aquel predio.

La historia de aquellos libros tenía que ver con la biblioteca de la escuela Vanguardia del Sur, el proyecto de mi tío, en el que involucró a sus compañeros normalistas, para legitimar el terreno que nunca pagó; de la misma manera que jamás pagó el predio donde construyó su casa en la Colonia del Fresno. Sobre la biblioteca el caso era simple. Creó esa escuela y con ello justificó la posesión de un solar. Había visto la necesidad escolar de la zona y las ganas de sus compañeros normalistas por tener un empleo, así que los hizo pensar que obtendrían plazas de maestros y lanzó su proyecto. Cobró las colegiaturas

pertinentes y para dar documentos, al principio, falsificó la firma del Secretario de Educación. Después, cuando logró su cometido, tuvo la suerte de conocer a ese funcionario y contarle sus argucias; en respuesta, el Secretario se rio y, acto seguido, le facilitó la operación de aquel plantel. No obstante, aquella escuela duró poco. Mi tío, al ver que sus compañeros gestionaban sus plazas oficiales con base en esa escuela, fruto de sus tranzas, cerró el proyecto pues temía que lo despojaran del plantel improvisado y de aquel terreno adquirido con sus argucias. De esa manera, el hermano de mi padre, que después ejerció de médico, sin título alguno, se quedó con un acervo bibliográfico con el que yo tuve contacto y donde disfruté una amplia variedad de libros.

Entre aquellos volúmenes disfruté enciclopedias como *El tesoro del saber*, y muchos otros títulos como aquellos que obtuvo en el Seminario Diocesano, del que orgullosamente fue alumno y casi cura. Este dato es importante porque, tras descubrir el alfabeto griego, me dio por escribir en esa lengua en un cuaderno que era una mezcla de diario y donde agregaba pequeños textos con matices de poesía.

Ya en la primaria, después de que me hicieron repetir el preescolar, mi espacio de cordura fue solo aquella biblioteca. Podría al lector actual parecerle una exageración mía; sin embargo, como diría Vicente Leñero —a quien guardo un entrañable cariño—: “la realidad a veces aporta mejores historias que las que uno imagina”.

Mi niñez, pues, transcurrió entre una cotidiana fuga mental y los mundos paralelos e historias que generaba mi mente para sustituir lo vivido. Los recuerdos están marcados por violencia y caos. En los recreos en el colegio Cervantes Colonias, solía ser perseguido por

tres compañeros que buscaban golpearme. Mi habilidad consistía en ocultarme en el baño o en cualquier otro lugar, como el sótano de aquel edificio que hoy es la Universidad Lamar.

Tras salir de la escuela, buscaba llegar a la biblioteca de mis tíos, donde tomaba el primer libro a mi alcance y me sumergía en sus páginas, o bosquejaba en mi cuaderno alguno de mis primeros textos. Ésa fue una constante aquellos años. Dicho sea de paso, estuve en esa escuela por una beca que gestionó uno de los hermanos de mi padre que tenía una relación histérica —obsesiva, de dependencia— con el otro que hizo la escuela. Ambos desarrollaron un perfil manipulador que les dio la inteligencia “para que nadie los superara” en sus trafiques de cuello blanco. Mi forma de sobrevivir fue, en gran medida, hundirme en la lectura, la práctica del dibujo y una inocente práctica de la escritura.

Al paso del tiempo, mi situación no mejoró. Al cuadro patológico descrito se sumaba mi madre con una marcada pretensión de lograr mi santidad. Hoy se hablaría en el diván de un “narcisismo mesiánico” que me obligó a convivir hasta la secundaria con la Sociedad de Exalumnos del Seminario (SES), que sesionaban en un terreno que había pertenecido a mi abuelo. Además, uno de los hermanos de mi padre era Caballero de Santa Inés y sustentaba un extremado fanatismo; y mi madre, a su vez, golpeaba mientras rezaba; mi padre, muy noble, no podía ponerlos en su lugar. Tenía a mi lado personas amorales, y que no eran ni ideológica ni psicológicamente sanas.

La literatura en esta etapa y la lectura en general fueron muy importantes para dar sentido a aquel mundo asfixiante y tóxico. Me permitían evadirme y me daban herramientas conceptuales para sobrevivir.

Logré dejar el Cervantes e ingresar a una escuela pública, la Vicente Lombardo Toledano, donde cursé los dos últimos años de la primaria. Ahí me dieron el mote de “El Dicci”, como una abreviatura de la palabra “diccionario”. Ahí encontré un sistema más humano, menos ideologizado y nada de violento. Atrás quedaban las competencias deportivas entre los rojos y los azules, donde elegían para la camiseta roja a los menos agraciados para el deporte y para los azules a los mejores. Atrás quedaban los gritos histéricos de una madre de familia que nos reclamó a un compañero y a mí diciendo que por nuestra culpa habían perdido los rojos.

Nunca fui afecto al deporte, pero sí a la lectura. Por ende, fue fácil el desarrollo de la escritura. Una vez fuera del Colegio Cervantes, mis notas comenzaron a sobresalir. No estaba ya tan en contacto con los hermanos de mi papá, que buscaban desbaratar toda estima hacia mi padre, lo que me permitió acercarme más a él. Lo acompañé en viajes que realizaba como camionero y cambié mi perspectiva de vida. No digo que fuera del todo sana esa etapa. Los tíos, en alianza con mi madre hasta su muerte, insistían en socavar el afecto hacia mi padre. En esos tiempos, a los once años, comencé a escribir de manera más organizada, copiando poemas de Amado Nervo, de Urbina, pero sobre todo de Francisco de Quevedo y Villegas; de ahí que, años después, José Ruiz Mercado hiciera énfasis en que mi literatura era muy barroca. Entre mis lecturas de niño se contaban las obras del Arcipreste de Hita, de Cervantes e incluso algunos libros de fascismo, a los que se inclinaban los hermanos de mi padre.

Cuando ya era un niño mayor, sin la madurez ni la edad para ser adulto, comencé a escribir sonetos y exploré letrillas; también comenzó mi interés por la música. En-

tre el sexto grado de primaria y la secundaria me despegué de la influencia de los familiares de mi padre y pasé a estar con mi abuelo materno, un campesino que aprendió a leer ya adulto. Yo, lector empedernido, viajaba con libros a donde iba y trabajaba, simultáneamente, en labores del campo. En el poblado de Tequila, mi abuelo era el referente de la zona, como el último campesino que labró la tierra con yunta de bueyes. En ese espacio aprendí y reconocí textos de Quevedo en el pensamiento de anciano de mi abuelo; nada que ver con su hija que era mi madre. En una ocasión me dijo: “Mire, miijo, tiene usted tres amigos en la vida: Un perro, un peso en la bolsa y un libro en la mano”.

En otra ocasión me aconsejó: “Haga lo que haga, pero hágalo bien”. Mi abuelo fungió como un factor decisivo en mis procesos de lecto-escritura; y me ayudó a establecer un distanciamiento de la esfera de influencia negativa de los hermanos de mi padre. Como en el TAO, la vida presentaba la parte oscura de un lado y la clara del otro, en contrapeso. Dentro de mi literatura dramática, la frase “las piedras caen, las piedras ruedan” refleja la figura de mi abuelo y sus historias, incluso su herencia sefardita, tan negada y atacada en la otra parte familiar.

Durante la secundaria, las vacaciones con mi abuelo se volvieron tiempos de trabajo y de aprendizajes. Fue también cuando comencé a desarrollarme musicalmente, y escribí el cuento “Fabián y el duende” con el que gané un segundo lugar en un concurso inter-secundarias. Así, comencé a definir mi intención de ser escritor. Leer seguía siendo una pasión y todo libro que caía en mis manos era leído, así fuera de filosofía, de sociología e incluso de metafísica.

Durante la preparatoria caí en una especie de rebote. Como muchos adolescentes, medio perdí el rumbo, y hu-

bo un factor más grave, la toxicidad parental que permeaba aún e incrementaba mis crisis, si bien mis compañeros de esa etapa afirmaban que era evidente mi atracción por la escritura. Fue gracias a la Universidad de Guadalajara que publiqué mi primer poema en el periódico *Voz de la Escuela Vocacional*. Muy inocente el texto y muy rimado.

Tras terminar la preparatoria, en gran parte por complacer a los familiares de mi padre y tener una “carrera reductible”, intenté entrar a medicina. Tras ese intento frustrado, con sus dos años de trámites, finalmente decidí estudiar Ciencias de la Comunicación, lo que marcó un periodo de crecimiento intelectual: Coincidí con buenos maestros, entre ellos el filósofo Fernando Ariel y el dramaturgo José Ruiz Mercado, lo que me permitió desarrollar tanto la lectura como la escritura. Fui parte del grupo de teatro *Pepecuicats*, además de haber sido invitado a participar en la Asociación Mexicana de Investigación Teatral. Todo ello, me llevó a centrarme en la literatura dramática y en la convivencia con el medio teatral nacional e internacional.

Tras concluir la primera licenciatura, me dediqué a la docencia y entré en contacto con alumnos de Psicología de la Universidad de Guadalajara, compañeros docentes y de otras ocupaciones. Con ellos ingresaba como oyente, en ocasiones, a congresos y a varias clases. De manera autodidacta y con la guía de ellos entré de lleno a estudiar los textos de los psicoanalistas, leí sobre sistémica y otras corrientes; eso me llevó a otro tipo de lecturas, análisis de diferentes teorías y a mi enriquecimiento personal.

En ese tiempo, mi intención era aplicar esos saberes al teatro. Entre ellos, los que eran fruto de mi lectura de textos teóricos sobre antropología. En el ámbito de la poesía también continué con las lecturas y la creación.

Fue entonces cuando la literatura se convirtió más en un oficio que en un punto de anclaje. Otra etapa fue la de los continuos viajes a Nayarit para estudiar la licenciatura en Desarrollo Cultural, cuando se gestaron en mí otros proyectos literarios y de creación que aún perviven.

En conclusión, hubo una etapa inicial cuando la lectura se constituyó como un mecanismo de supervivencia y una forma de dar sentido a lo que acontecía. Luego, vino otra etapa, en que los libros se volvieron instrumentos de búsqueda y resolución. Y finalmente, vino la plena consciencia de los textos, su relación con lo que construyen y lo que comunican.

¿Los autores leídos? La lista es larga. Desde los que me gustan y son eje central, en lo que hago y escribo, hasta los que no me gustan o no concuerdo con ellos, pero que hay que leer.

Cómo convertirte en sirena o en lo que quieras ser

Patricia Carrillo

Cuando alguien me pregunta cuál es mi libro favorito o me pide que mencione un libro que me ha marcado, me siento incómoda. ¿Cómo escojo un solo libro cuando he disfrutado de tantos? ¿Cómo selecciono al responsable de *una* huella, en el entramado que los libros han construido en mí? La lectura es lo que ha marcado mi vida y las historias que he leído me han acompañado a lo largo de los años.

Mi madre cuenta (yo no lo recuerdo) que en mis primeros años tomaba alguna revista, probablemente *Selecciones de Reader's Digest*, que siempre había en casa, y sosteniéndolo de cabeza, aparentaba leer. Siempre le llamó la atención que me atrajeran las letras, los textos sin imágenes. Fue por eso que, cuando cursaba el kínder y mi maestra no sabía cómo ocuparme porque era rápida para terminar los trabajos, mi madre le ofreció como solución que me enseñara a leer.

De mi niñez recuerdo esas colecciones de libros de pasta dura que mis padres compraban por correo, muchas de ellas basadas en personajes de Walt Disney: *Un cuento para cada día*, con un tomo para cada una de las estaciones del año; y la colección *¿Cómo funciona? En el hogar, la ciudad, el campo y la industria*, con la que mis padres pretendían aplacar mis inagotables preguntas. Teníamos también *El mundo de los niños* de Salvat, una serie de 15

tomos con tapas beige y un color distinto para cada tema. Fue ahí donde conocí las siete maravillas del mundo antiguo e imaginé cómo sería haber visto en persona el Coloso de Rodas o los Jardines Colgantes de Babilonia; donde aprendí sobre los lapones, que hace siglos domesticaron a los renos.

En Mazatlán, Sinaloa, donde nací y crecí, no había librerías cuando yo era niña. Tampoco existía entonces en México lo que hoy conocemos como literatura infantil y juvenil. Recuerdo haber leído *El pequeño lord*, de Frances Hodgson Burnett. Me impresionó la historia de ese niño pequeño que tuvo que viajar al otro lado del mundo para vivir con un abuelo colérico. Fue mi primer encuentro con una tienda de *ultramarcos* y con la enfermedad que padecía el abuelo, la *gota*. Viajé también con *Los hijos del Capitán Grant*, en una de esas incómodas ediciones a dos columnas de la colección Sepan Cuántos, de Porrúa. Y leí los *cómics* de *Los pitufos* cuando eran una especie desconocida para mis compañeras de la escuela.

La lectura ha estado siempre conmigo. Me gusta leer donde sea y como sea: parada, sentada, acostada, en una sala de espera, mientras como, mientras hago fila. Leo en el comedor, en la sala, en la cocina, en los restaurantes, en el transporte, en la playa. Escoger el siguiente libro que leeré es una aventura que me emociona, sobre todo si me acompañará en un viaje largo, como ir de Guadalajara a Mazatlán en camión. No tengo una fórmula precisa para seleccionarlo: a veces escojo un volumen y cambio varias veces de opinión; otras sé exactamente cuál libro quiero que me acompañe; algunas termino llevándome dos o tres, en caso de que mi primera opción resulte inoportuna.

Aquello de que los libros “nos encuentran” siempre me ha sonado raro, pero confieso que hay veces en las que me

ha sucedido así. Ese fue el caso de *Sirena y punto*, una historia escrita por Sergio Andricaín y Diego Josué Gontorr e ilustrada por Manuel Monroy, con la que me topé en el stand de Ediciones El Naranjo durante la FIL del 2019. En ese entonces yo tenía un hijo de 14 años que hacía un año había empezado a explorar su identidad de género. Aunque lo habíamos criado para que fuera el tipo de niño que quisiera ser y apoyábamos sus intereses, que solían ser contrarios a los de otros niños de su entorno, ni su padre ni yo estábamos listos para saber que él quería usar vestidos. La manera como se identificaba y como quería vestirse había volteado nuestro mundo de cabeza y vivíamos como padres una etapa de desasosiego. Nuestro hijo, entretanto, diseñaba y cosía su siguiente creación.

Leer la historia de Andrés, que sueña con ser una sirena y que a los ocho años les dice a su madre y a su padre que se vestirá como sirena para su fiesta de cumpleaños, me confrontó de manera inesperada con algo parecido a lo que estábamos viviendo en casa. Mientras sostenía el libro entre las manos, parpadeé varias veces para que no se me escaparan las lágrimas y respiré hondo, porque el corazón me latía muy fuerte. Compré un ejemplar en ese momento.

Andrés no quiere disfrazarse de pirata, sino de sirena. ¿Por qué no podría hacerlo?

No sé cuántas veces leí la historia. Me maravilló la sencillez con la que trata un tema que suscita tanta polémica, tantas sospechas. Reparé en la madre, que intenta alinear a su hijo con el género que se espera de él (*le dijo que él no podía ser una sirena, que si acaso un tritón*) y en la reacción del padre, quien de inmediato exige que Andrés se adecúe a los estándares aceptables: que sea masculino y feroz (*más le valía convertirse en un tiburón ¡y bien rápido!*).

La primera vez que terminé de leer la historia, me di cuenta de que los autores y el ilustrador jugaban conmigo: yo había supuesto que quien narraba era un amigo de Andrés, pero justo antes de llegar al final descubrí que era yo quien había leído al personaje como niño, cuando en realidad se trataba de una niña. ¿Habían hecho esto a propósito o había sido sólo una interpretación equivocada de mi parte? Regresé al inicio y analicé las imágenes. Tal vez yo había supuesto que era un niño por su apariencia o por algunas de las actividades que realiza con Andrés.

¿Sería que los autores y el ilustrador querían hacer notar lo fácil que es suponer cosas erróneas sobre las demás personas? La niña se viste de pirata y acompaña a la sirena Andrés. Con dos palabras estratégicamente ubicadas hacia el final de la historia se nos revela ella, su identidad apenas sugerida en algunas de las últimas ilustraciones del libro.

Sirena y punto es un excelente ejemplo de la fuerza de la literatura. Decir tanto con tan pocas palabras, en un lenguaje tan sencillo y cotidiano, y capturar una experiencia tan profunda, parece casi una obra de magia. Pero no lo es. Es el resultado de un magnífico trabajo literario y de ilustración, de un concepto editorial de calidad y bien cuidado que logra que ese texto y esas ilustraciones, juntos, nos digan mucho más, nos hagan ver más allá, nos lleven a preguntarnos, en efecto, ¿qué hay de malo con que Andrés quiera ser sirena? ¿Por qué no podría mi hijo ponerse un vestido?

¿Será que las personas adultas damos demasiada importancia a las formas? ¿Será que encasillamos? ¿Será que limitamos la libertad de otras personas con base en nuestros prejuicios? Yo también, como la madre y el padre de Andrés, necesitaba abrirme a nuevas posibilidades.

Todas las personas tenemos el derecho de convertirnos en quienes queremos ser. Pero, ¿cómo descubrimos esto último cuando no vemos opciones, cuando los modelos que se nos presentan no son lo que buscamos? Descubrir otros mundos, otras realidades, otras formas de ver, de ser y pensar, son algunas de las marcas que me han dejado los libros.

El Capitán Blood

Laura Solórzano

Mi padre tenía un enorme cuarto lleno de libros. Tenía también piedras, conchas, fósiles, armas antiguas, animales disecados y muebles viejos, entre muchas otras cosas. Yo recuerdo que desde muy pequeña me paseaba entre sus objetos y entre sus libreros, tocando y mirando.

La primera vez que sentí la importancia de lo que podía guardar un libro, la maravilla de lo que un libro contenía, fue un día que mi padre decidió sentarnos a sus cuatro hijos frente a él y contarnos la historia de *Tarzán de los Monos*, de Edgar Rice Burroughs. Tenía yo alrededor de 8 o 10 años, recuerdo cómo todos quedamos impresionados y silenciosos siguiendo atentamente el relato. Fue una delicia escucharlo contar con detalles y con emoción, cómo John Clayton nace en la jungla después de que sus padres son abandonados por el barco en el que viajaban cerca de África. Sus padres mueren, y John Clayton queda solo siendo un bebé y es adoptado por un grupo de simios. La historia contada por mi padre resultó tan emocionante que después le pedí que me mostrara su libro de Tarzán. Lo seguí entre sus repisas y tenía 20 pequeños libros que componían la historia completa. Él había comprado la edición antigua, pero el tiempo y el desgaste hizo que mi tía Ana María se ofreciera a empastarlos y repararlos. Guardó siempre con un cariño enorme este conjunto de ejemplares.

(Yo, por mi parte, en esa época, leía novelas de niños detectives, los que encontré en la biblioteca de la escuela.

la. Los libros de *Los Cinco* que escribió la escritora inglesa Enid Blyton, eran para mí la máxima diversión, y consumí todos los que encontré. Más adelante, casi para terminar la primaria, empecé a comprarlos cada domingo y llegué a tener una colección significativa.)

Hubo un libro que definitivamente me convenció de que si yo quería tener una relación con mi papá, tenía que hacerlo a través de los libros. Y no sólo a través de los libros en general sino a través de aquellos que él había disfrutado de joven. Un día, cuando yo estaba ya en la secundaria, se acercó y me dijo, “quiero que leas esta historia maravillosa”, y puso en mis manos un libro muy viejo, la portada estaba muy desgastada y rota en las orillas, y las páginas eran de color amarillo oscuro. Lo cogí de inmediato y le dije, “creo que lo voy a forrar, está muy lastimado”. En la portada se veía la imagen de un pirata vestido con elegancia y sofisticación, y el título era *El Capitán Blood* de Rafael Sabatini.

Antes de darme este libro, mi padre ya me había recomendado leer a Salgari, y había leído algunos de su amplia colección. Lo interesante de las recomendaciones de mi padre era que relataba los sucesos de la narración, como si los hubiera visto. Parecía que su cabeza hubiera conservado con mucha precisión lo que había leído. (Él guardaba todas las cosas con la certeza de que eran un tesoro, algo valiosísimo y secreto, enterrado en sus cajones, en sus papeles y en sus vitrinas).

Cuando leí *El Capitán Blood*, me sentí fascinada por la travesía del capitán y me conmovió su dilema y su osadía, hasta las lágrimas. De cómo un médico se convierte en pirata, y su lucha por la reivindicación de su injusto destino. Sufrí con este personaje todas las vicisitudes que tuvo que enfrentar en su recorrido por los mares del

Caribe. Creo que por primera vez comprendí a profundidad el drama del héroe.

Cuando hablé con mi padre sobre el libro, y cuando le dije cuánto había disfrutado la lectura, vi que le brillaron los ojos. Creo que ese día me gané su respeto. De pronto, *El capitán Blood* nos igualaba, ya no era yo su hija pequeña sino una compañera en esa aventura de contarnos y revivir las batallas del barco, el valor y la entrega del capitán a su tripulación. De inmediato me habló de la película que sobre este libro había visto, con Errol Flynn como protagonista.

A partir de entonces, seguí su consejo. Además de aventuras en lejanas tierras, me recomendó leer a Edgar Allan Poe. Sus *Narraciones extraordinarias* que aún conservo, me llevó a conversar con él sobre el miedo o terror al leer *El gato negro*. Más adelante me dio algunos libros de ciencia ficción. Recuerdo a Arthur C. Clark, con sus libros de 2001: *Una odisea espacial*, *Cita con Rama* y *El fin de la infancia* y a Ray Bradbury con sus *Crónicas marcianas*. Además mi padre tenía una colección de revistas sobre ciencia ficción, *Nueva dimensión*, donde había algunos cuentos maravillosos, de diversos autores.

Con mi padre encontré los viajes, el espacio, la ciencia, el terror, la imaginación, la racionalidad, la naturaleza y el amor a los cuentos y a la ficción en general.

Mi madre en cambio, me dejó la música.

Mi mamá era una lectora apasionada, caprichosa e insaciable. Ella me decía que leyera historias de amor, novelas rosa. Sobre todo las de la española Luisa María Linares. Para ella esto era lo que yo debía leer (una joven de bien) en mi pubertad y adolescencia. Sin embargo, ella leía de todo, leía clásicos, y *best sellers*, leía todos los periódicos que podía encontrar y leía mucho de política. Sus gustos en la lectura los fui descubriendo con el tiempo.

Cuando yo era niña, mi mamá nos leía cuentos. Nos reunía a todos sus hijos, y hasta a los vecinos y entonces empezaba la función. Había un libro de relatos que le gustaba tanto que le puso música a cada narración. Leía y cantaba. Creo que su personalidad teatral disfrutaba con esta cantata nocturna. Después de un tiempo, nos aprendíamos las canciones y cantábamos con ella.

Su amor a la música le venía de su vida en Mérida, de su familia yucateca y sus tíos trovadores, que cantaban y lloraban con sus guitarras. Eso decía ella.

Creo que este fue el motivo por el que empecé a escribir poemas en esa etapa de mi vida, en mi infancia. Tendría ocho años cuando empecé a escribirlos y luego a mostrárselos a mi madre. Ella se quedaba muy emocionada frente al papel y guardó durante años los textos que yo le daba. No puedo decir que yo leía poesía, en realidad no (yo leía novelas de detectives). Pero sí la escribía y creo que esto tenía que ver con el hecho de que mi madre contaba cuentos cantando y que a mi abuela materna, le gustaba recitar versos que había aprendido de niña. Estos dos hechos me llevaron a escribir poesía.

Cuando yo tenía catorce años en la Universidad de Guadalajara se publicó mi libro de poemas *Evolución*. Se trata de los poemas que mi madre había reunido en esos años, y que Raúl Padilla publicó. También conocí al maestro Rivas Sáinz que escribió el prólogo. Un personaje que recuerdo con mucha ternura.

Años después, cuando estaba ya en la universidad conocí al poeta Raúl Bañuelos, que por azares del destino había encontrado ese librito. A partir de ese momento Raúl se decidió a recomendarme lecturas, regalarme libros de distintos poetas y a conversar conmigo de este tema. Yo me había alejado lo más posible de la poesía, la publica-

ción del libro me había llevado a comprender que escribir poesía también significaba mostrarla y esto a su vez significaba revelar una trozo de intimidad que yo no estaba preparada para revelar. Tardé mucho tiempo en comprender a fondo, lo que en ese entonces solo intuía.

Seguí leyendo poesía, seguí leyendo novelas de detectives y ciencia ficción. La poesía me ha dado la posibilidad de explorar mi pensamiento, la posibilidad de adentrarme a descubrir la belleza. Un vistazo que recorre las esencias. Le debo muchas horas de satisfacción quieta.

El Capitán Blood me conectó con el gusto que se aventura, y con el espíritu de mi padre. La poesía sin embargo, me acercó a mi madre y al canto.

Cuautla Morelos y aquel plagio con buenas intenciones

Gabriel Martín

Escribir significaba un lebel bostezando sobre la alfombra de una lujosa habitación, al fondo, después de mi precaria inteligencia; las llamas de un hogar calentaban al tipo de bata chinesca que debía ser yo en aquella imagen. Una chimenea en Zapopan ¡Vaya ideas que la sobrada ensañación nos permite! La cosa es que un lector tarde que temprano toma la pluma porque aquello no debe ser tan difícil. Por fortuna es muy difícil, porque esto de juntar palabras duele, y mucho, porque cuando se terquea en el oficio y medianamente se adquiere, las heridas por reconocerse ante la hoja no las cura tan fácilmente el ego. Sí, en algo ayuda eso del amor propio por nuestra frase perfecta, por el cuento chingón y la novela que siempre pudo ser perfectible pero que ya había que ponerle punto final. Pero el ego, ese ego en nuestras páginas, resulta que sólo es pomadita de mariguana para el cáncer terminal que ya admitimos cuando logramos olvidar la imagen del escritor de la bata chinesca y los diez libros de consulta en su escritorio de caoba finísima y acabados churriguerescos. Llegar a ser autor de mediana o sobrada valía, viene con más libros de consulta, o debería ser así, ante cualquier traducción, ante las dudas históricas o la física cuántica de nuestro relato. Y luego se pone aún más difícil... se le encuentra la lógica a eso del contrato de realidad entre el autor y el lector, y entonces más libros de consulta, y mucho más caramba cuando te dices que si tus maestros ha-

cían cosas mucho mejores y no se daban por ya victoriosos por esos trabajos que nunca llegarás a superar, pues elevas la vara, tus aspiraciones. Aquí llega lo bueno, porque en ese momento ya vas dejando de lado las comparaciones y la vara es el límite de tu alcance, pero te gusta subirla, aún si tal vez adelantas el punto final. Ya, al saberte parte de la hierba necesaria puedes detenerte a mirar las nubes. Tu talento escuálido o enorme alcanza para no sacrificar árboles gratuitamente...

Comencé a escribir por la imagen de ser el escritor relamido de las líneas anteriores, sin saber a lo que me metía. Eso de escribir por necesidad siempre me pareció un poco tonto, nadie hace nada que duela por simple gusto (dejemos las perversiones de lado), porque al intentarse comprender es probable que algo ayude a esto de juntar las ideas de nuestra cabeza ¿Pero y luego... cuando las pérdidas reales y las culpas frente al azogue real se acumulan? Ya no es tan bonito decirse escritor, o hay que serlo porque llegamos a ello sin otro respaldo. Ese escritor de código de barras bajo la palmera ya quedó muy atrás, sobre todo si escribes desde nuestras latitudes y así, la hamaca editorial es de apenas un par de semanas en playa de interés social.

Mi primer relato, con mil faltas de sintaxis, pero con la intención de que fuera leído por la güerita de mi salón, pudo haber sido una buena venta para los estándares actuales de Televisa, probablemente sin los recursos técnicos para las batallas aéreas, pero con la suficiente sensiblería para que el héroe escribiera el nombre de su amor imposible en la arena después de haber sido derribado sobre los acantilados de Dover. Sí, relato de aventura y amor juvenil durante la batalla de Inglaterra. Obviamente sí hay quien en nuestras letras me gane en la cursilería, pero en aquel entonces puse la vara alta.

Tuve la suerte de vivir mis últimos años de la infancia en el campo y a campo abierto, al menos así le parecía a mi poca experiencia. Cuautla Morelos, mucho antes de la llegada de las embotelladoras, era un paraíso en el que agua buena manaba a borbotones en cualquier rincón. El rincón al que mis padres me llevaron se llamaba Volcanes de Cuautla, y sorteando riachuelos y las improbables “trocas” que muy rara vez encontraban camino a la escuela primaria, caminaba a la vera de la carretera reconociendo insectos imposibles. Una cicindela, un mayate sin hilito en la pata, caballitos del diablo y de Dios... tras veinte minutos llegaba a mi escuela en la que era uno de los dos estudiantes de tez blanca de todo el plantel; el otro era un gringuito que vivía en una quinta aldeaña a la de Cantinflas y tenía dinero. Ambos sufríamos la segregación racial por desayunar Cal-c-toce o Chocomilk; pero, aquí lo importante: éramos parias sociales ¿Y qué hace un paria social a la hora del recreo cuando no lo invitan al partido de foot, aunque fuéramos los más altos de la clase? Pues esconderse atrás de un libro. Lo anterior fue una de las tantas causas que me orillaron a convertirme en un juntapalabras.

Uno de los más bellos recuerdos que atesoro lo encontré en el rostro de mi madre, precisamente por los mismos tiempos de Cuautla, regresaré a ello en unas cuantas líneas, intentaré dar contexto antes. Aún no llegaba la luz eléctrica a esa novísima colonia pensada para ser descanso de fin de semana para habitantes con posibilidades económicas de la capirucha, deseosos de conocer las bondades de la cecina de Yecapixtla (tierra de Emiliano Zapata) y los balnearios de agua hermosamente tibia y sulfurosa. Nuestra casa aún tenía piezas por terminar, la mía era una de esas, y aunque durante las mañanas era iluminada por

un radiante sol que se colaba desde las alturas del Popocatepetl, por las noches se veía sombría y sin enjarrar, así que mi madre, después de verificar si me había cepillado los dientes y de sus otras obligaciones para conmigo, revisaba con una linterna de gas entre las líneas de los ladrillos que no hubiera un maldito alacrán. Después de dos o tres vueltas por los resquicios, me obligaba a las consabidas plegarias y agregaba la de San Jorge bendito, amarra tu animalito con tu cordón bendito... Luego me cantaba a capela alguna canción de Chabuca Granda, ahora sé que su color de voz era muy parecido al de aquella diva... Me iba gustando la música. Para uno de mis primeros cumpleaños, a meses aún de que tuviéramos electricidad en la casa, me regaló una grabadora que se alimentaba con seis pilas de las gordas, y me aclaró con voz fuerte, pero con un dejo de perdonavidas, que debía administrar las horas de vida de las baterías, que debía elegir con cuidado qué escuchar... y me dio recomendaciones de la música que a ella le gustaba, pero yo sin tanto amor por sus gustos románticos buscaba el fútbol los domingos; pero, caray, que caigo en la hora nacional para los niños un domingo y escuché Picolo, Saxo y Compañía; la semana siguiente fue Pedro y el Lobo, y algo iba despertando, y en la estación de al ladito Glenn Miller y los grandes del Swing, y una lucecilla en el fondo oscuro de mi mente turbia tintineó. Ya me gustó la música.

Mi madre, unos años después, con su hijo ya en la escuela secundaria, quiso que su mal o regular retoño o lo que vengo resultando, aprendiera a administrar sus pobreza: lo de un camión de ida y otro de regreso de la escuela y los gastos de recreos estaban cubiertos por mi semana-da, lo que sobraba era para que en mil años me comprara un automóvil, pero como en aquel entonces ni tenía

edad para soñar con un *porche*, y aunque ya había luz en casa, y tele, aún cabía mucho tiempo muerto después de las tareas, así que esos pesitos alcanzaban para dos libros de “Sepan Cuantos” al mes o uno de Tolkien si había un extra por mi cumpleaños o por la Navidad. Había ya otro lector en nuestro país; y Salgari, Dickens, Dumas, Conan Doyle y toda la maravilla de la aventura decimonónica llegaron a mis ojos y la bicicleta sólo acortó el recorrido de la escuela a la lectura.

Un par de años después llegué a nuestra querida Guadalajara, ya para aborrecer el aroma del aceite rancio de las donitas del centro y para sacrificar un poco de mi presupuesto para libros visitando Diversiones Maravillosas, pero poquito, que ya traía la sed por la letra muy adentro.

La novela de aventuras me seguía gustando, pero ya se me iba desgastando y Wilde, Dickens, Poe y otros ganaban mi entusiasmo. Más adelante llegaron otras lecturas: Malcom Lowry, Joseph Conrad, Camus, Chejov, Cortázar y muchos más me susurraron algo más acorde a mi realidad. Por aquel entonces firmé mi primer texto, un plagio con buenas intenciones, para ganarme la atención de Beatriz H., una linda francesita que si bien no respondió con interés a mi plagio, sí me encaminó a la cultura francesa, a la Biblioteca de la Alianza Francesa de Guadalajara y a un universo en el que vivían Balzac, Maupassant, Daudet, Proust, Prévert... y pasemos que la lista es interminable. Escribía ya no para querer impresionar a aquella chica de ojos claros, pero supongo que aquello sólo era literatura ante mis ojos.

Fue enfrentarme a la crítica lo que clarificó lo que ya para entonces, me daba cuenta, debía salir de mi propia piel y vivencias. “La letra con sangre entra” y vaya que Patricia Medina me sangró bien y bonito, no solamente ella,

pero sí fueron sus críticas, despiadadas y crueles, así las sentía entonces, las que me soltaron la tinta y desenmarañaron mis ideas. Ahora me doy cuenta que esa crítica feroz, era amorosa. Cuánto le agradezco haber sido dura con el cabezota que yo era entonces y muy seguido sigo siendo. Junto a Patricia conocí a muchos otros grandes maestros, pero sobre todo fueron mis ahora amigos como Luis Armenta, quienes me ayudaron a depurar lo que ahora se ha traducido en algunos Libros. La idea del taller, la visión de muchos metidos a reparar tu extraordinario texto que nació chocado, me parece extraordinaria, y mucho mejor que la charla en cantinas para reparar las ideas propias, claro que eso depende mucho de los compañeros de taller.

He aprendido a cerrar la boca cuando habla gente como Patricia Medina, Fernando del Paso o Yves Bonnefoy y abrir más los oídos. Para escribir hay que vivirse bien en las propias experiencias, sudarlas en tinta; sin olvidar que somos también parte de la experiencia de los otros, de las otras páginas. Para escribir hay que hacerlo siempre que nos alcance algo de vida, y nunca dejar de escribirse, porque sólo aprenderemos a hacerlo bien el día de mañana. Siempre hasta mañana.

Coordinación editorial
Iliana Ávalos González

Cuidado editorial
Jorge Souza Jauffred
Godofredo Olivares

Diagramación
Paola Murillo

Marca de agua.
Experiencias de escritores en torno a la lectura
se terminó de editar en el mes de noviembre de 2024
en las oficinas de la Editorial Universidad de Guadalajara,
Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39, interior 32-33,
Industrial los Belenes, 45150, Zapopan, Jalisco.